

STAR WARS - DAÑOS COLATERALES

Capitulo XXI

Alce regresó a su asiento y se dejó caer pesadamente sobre él. Ya estaba hecho. Había dicho exactamente lo que la capitán de navío Gen'yaa y el capitán Bel'aan le habían pedido que dijera. No había mentido, pero tampoco había contado toda la verdad, que era lo que hubiera deseado. ¿Por qué les era tan difícil de entender a todos? Había apretado el gatillo porque estaba convencido de que eso era lo que debía hacer. El piloto coreliano ya les había mentado al decir que le perseguían TIEs seibergios, así que lo más lógico era pensar que seguía intentando engañarles al decir que llevaba refugiados a bordo. Habían detectado la presencia de minas espaciales en cuatro de cinco naves, y una de ellas había estado a punto de acabar con la vida de un compañero. Le hubiera encantado poder ver qué hubieran hecho los miembros del tribunal de haberse encontrado en su lugar. Por supuesto, las grabaciones que Solo y Raiven habían conseguido en Nurtina, unidas a la confirmación de la identidad del piloto lo explicaban todo. Un maldito contrabandista que había preferido jugarse su vida y la de sus pasajeros antes de exponerse a ser detenido. Había intentado explicarles esto a la capitana de navío Gen'yaa y al capitán Bel'aan, pero no estaban interesados en escucharle, como tampoco lo estaba el tribunal. Si quería salir de ésta debía ceñirse a los datos de identificación amigo/enemigo erróneos que le había proporcionado su ordenador de vuelo. Sí, el ordenador le había fallado, a saber por qué, pero eso no tenía nada que ver con el hecho de que él hubiera abierto fuego. Lo había repetido un millar de veces, la mayor parte de ellas a sí mismo. Sí, había desobedecido una orden, pero sólo porque pensaba que al hacerlo estaba salvando vidas. Llamarada estaba de acuerdo con él y compartía la decisión que había tomado, y Alce sabía que no era la única. Ella le decía constantemente que no tenía por qué sentirse culpable de nada, y probablemente tenía razón. Realmente quería creerlo así.

Pero cada vez que pensaba en la gente a la que había matado, cada vez que recordaba el rostro de la pobre Sdermila cubierto de lágrimas, casi deseaba estar muerto.

Pero éste no era el momento de pensar en eso. La farsa continuaba, y lo peor de todo era que Llamarada iba a caer con él. Tal y como se habían formulado los cargos, la única posibilidad de que fuera absuelta pasaba porque antes le declararan inocente a él, y eso estaba muy claro que no iba a suceder. Alce apretó los labios. Ésa sería otra herida con la que tendría que vivir.

- La defensa puede llamar a su primer testigo - dijo Leia Organa.
- Gracias, consejera. Llamo a la teniente Mar Hanniuska.

Alce tardó algunos instantes en reconocer a la jefe mecánico vistiendo su uniforme formal del Cuerpo de Cazas, y con su abundante pelo negro recogido discretamente sobre su nuca. Estaba acostumbrado a verla embutida en arrugados monos de inciertos colores, en los que se mezclaban imperecederas manchas de grasa, lubricante y un centenar de sustancias diferentes, y llevando el pelo suelto o con una simple coleta. Alce cayó en la cuenta de que Llamarada y él tampoco vestían sus uniformes formales muy a menudo, pero en cualquier caso dudaba mucho que a ninguno de ellos le sentara tan bien como a Mar. Qué pena que no hubiera más que un varón humano entre los miembros del tribunal. A pesar de las circunstancias, Alce casi sonrió.

- La teniente Hanniuska trabajó en el proyecto Shantipole bajo la dirección del almirante Ackbar - dijo el capitán Bel'aan, presentando su testigo al tribunal. - Como consecuencia, es una de las personas que mejor conocen el cazabombardero ala-B. Actualmente ocupa el puesto de mecánico jefe a bordo del *Guarida del Lobo*. Desde el primer momento, tan pronto como se tuvo noticia del incidente, la capitán de navío Gen'yaa le asignó la tarea de revisar y analizar los cuatro aparatos que componían la patrulla del escuadrón Cabeza de Lobo. ¿Es esto correcto, teniente?

- Sí, señor, lo es.

- ¿Le pidió la capitán de navío Gen'yaa que buscara algo en particular?

- Sí, señor. Me explicó que el capitán Gregory le había dicho que la señal correspondiente al carguero derribado aparecía en color rojo sobre sus pantallas sensoras. En otras palabras, que su ordenador de vuelo lo identificaba como blanco hostil. La capitana quería que yo comprobara si esto era posible y en caso afirmativo que descubriera por qué.

- En beneficio de aquellos de nosotros que no sabemos gran cosa acerca de cazas estelares, ¿puede usted explicarnos cómo hace la computadora de vuelo para decidir si una nave es o no hostil?

- Sí, señor. Existen diferentes modos, dependiendo de cómo se programe. La opción por defecto en tiempo de guerra es marcar como hostil a cualquier nave cuyo transpondedor la identifique como perteneciente al otro bando. En todos los cazas de nuestra flota son las naves imperiales las que caen dentro de esta categoría, pero eso se puede cambiar. Por ejemplo, a nuestra llegada al cúmulo Viayak recibimos la directiva de reprogramar los ordenadores de vuelo de todos nuestros aparatos para que consideraran también como hostil a cualquier nave seibergia de tipo militar. En los últimos días tuvimos que incluir también a los corelianos en la lista, aunque asignándoles un color diferente, el violeta.

- Comprendo. ¿Cuáles son los otros modos, además de éste?

- El segundo se produce cuando los sensores detectan que otra nave está disparando contra nuestro caza. En este caso el agresor es designado automáticamente como hostil. El tercero es de aplicabilidad cuando hay una nave aliada en la zona, usualmente una nave capital, operando como centro de mando táctico. Los ordenadores de vuelo de los cazas están programados para aceptar las identificaciones amigo-enemigo que les envíe la nave de mando, desde la cual es posible designar blancos para todos los aparatos bajo su responsabilidad. El cuarto y último modo está en las manos del piloto. En cualquier momento, él o ella puede instruir al ordenador para considerar a una

determinada nave como hostil, directamente o bien a través del androide de navegación que suele equipar a los ala-Y y a los ala-X.

- Cuando la capitán de navío Gen'yaa le interrogó, el capitán Gregory declaró que no había instruido a su ordenador para que considerase a ese transporte como enemigo, sino que lo hizo el ordenador por sí mismo. ¿Cómo puede explicarse esta circunstancia?

- Sólo a causa de un error o avería en el propio ordenador de vuelo o en su software. El análisis detallado de los registros disponibles, obtenidos de tres de los cuatro cazas de la patrulla, confirmó que el carguero no disparó contra ninguno de ellos, aunque aparentemente estaba equipado con una torreta láser que no se activó en ningún momento. Su transpondedor lo identificaba como una nave civil coreliana, aunque la signatura estaba corrompida, probablemente de forma intencionada, para no revelar su nombre. Si los sistemas del ala-B del capitán Gregory estaban funcionando correctamente, no existe modo alguno en el que el ordenador pudiera haber considerado como enemiga a la nave derribada.

- ¿Inspeccionó usted los sistemas del ala-B del capitán Gregory?

- Sí, señor. Concienzudamente. Mi equipo y yo desmontamos hasta la última pieza de las baterías de sensores, el propio ordenador, la unidad de comunicaciones y cualquier otro sistema que pudiera haber tenido algo que ver con un posible mal funcionamiento, además de ejecutar diagnósticos de todo el software. No encontramos nada.

- ¿Resultó dañado el cazabombardero del capitán Gregory durante el combate?

- No, señor, no fue alcanzado.

- ¿Así que su conclusión es que o bien el capitán Gregory se equivoca, o bien que miente para encubrir su responsabilidad en la masacre de esos civiles?

- No necesariamente, señor. Existe una tercera posibilidad.

- Explíquese, por favor.

- Le he dicho a usted que los registros que utilizamos para analizar el incidente procedían de tres de los cuatro cazas. El cuarto era el del ala-B del capitán Steinberg, el cual estaba especialmente equipado para poder operar como centro de mando táctico.

- Ése era el aparato que fue alcanzado en los primeros instantes del incidente, ¿no es así?

- Sí, señor. Si su ordenador de vuelo hubiera identificado a la nave que ahora conocemos como *Mano del Idiota* como hostil, este dato podría haberle sido retransmitido al resto de los cazas que componían la patrulla.

- ¿Es eso lo que cree usted que sucedió?

- Sí, señor, aunque por desgracia es una teoría que no puedo demostrar. La nave quedó tan seriamente dañada que la información que he podido recuperar de ella ha sido escasa y de poca utilidad.

- En ese caso, ¿en qué se basa exactamente esa teoría suya?

- En el análisis de los registros del ordenador de vuelo del capitán Gregory. El hecho es que el ordenador comenzó a identificar al *Mano del Idiota* como enemigo prácticamente en el mismo instante en que el ala-B del capitán Steinberg resultó alcanzado. Esto me conduce a pensar que la avería que estábamos buscando podría no estar en el ordenador de vuelo del capitán Gregory, sino en el del capitán Steinberg. Esta hipótesis tiene mucho sentido,

considerando el alcance de los daños recibidos por el ala-B del capitán Steinberg. Su ordenador podría haber transmitido datos erróneos al caza del capitán Gregory inmediatamente antes de que sus circuitos primarios se quemaran y el ordenador quedara desactivado. El problema, como ya le he dicho, es que no puedo probarlo.

- Pero por lo que usted ha explicado, teniente, los ordenadores de los otros dos cazas, incluido el de la teniente coronel Schroeder, no marcaron al *Mano del Idiota* como hostil.

- La única explicación que tengo para ese hecho es que, cuando el ala-B del capitán Steinberg fue alcanzado, la nave del capitán Gregory estaba mucho más cerca que las de sus dos compañeros. Si la transmisión de datos por parte del ordenador de vuelo del capitán Steinberg se interrumpió de golpe, como todo apunta a que sucedió, es posible que la señal no alcanzara más allá de unos cientos de metros antes de cortarse del todo, por lo que sólo una nave que estuviera muy cerca podría haberla recibido con la intensidad suficiente como para que el ordenador de vuelo pudiera interpretarla.

- Muchas gracias, teniente. Incluso sin evidencias técnicas que la avalen, nos ha proporcionado usted una explicación perfectamente plausible de los hechos. No tengo más preguntas para usted.

- Capitán Drinin - dijo Leia Organa una vez que el defensor se hubo retirado a su sitio -, ¿quiere usted interrogar a la teniente Hanniuska?

- Por supuesto que sí, consejera - Antes de acercarse al estrado, el quarren terminó de introducir una anotación en el datapad que tenía permanentemente en sus manos. Cuando llegó junto a Mar Hanniuska, sostuvo el dispositivo a su espalda y miró fijamente a la mujer durante algunos segundos antes de comenzar a hablar, sus tentáculos faciales retorciéndose ligeramente sobre su boca. La mecánico jefe del *Guarida del Lobo* pestañeó involuntariamente. Probablemente nadie más en la sala se dio cuenta del detalle con la excepción del fiscal, a quien pareció satisfacerle.

- Teniente Hanniuska, mientras desarrollaba esa teoría suya tan interesante, usted y su equipo analizaron cada bit de información que pudiera ser extraído, dice usted, de tres de los cuatro cazas que participaron en el incidente.

- Eso no es exactamente lo que he dicho, señor. Investigamos los cuatro, pero los registros de transmisiones y de cámaras de vuelo con los que se ha compilado la grabación que hemos visto al principio proceden sólo de tres. Los dispositivos de almacenamiento de datos y la memoria del ordenador de vuelo del ala-B del capitán Steinberg estaban demasiado dañados como para proporcionarnos nada más que datos fragmentados.

- Gracias por la explicación. Lo que yo me pregunto ahora tiene que ver con cazas estelares en general y con el del capitán Gregory en particular. Nos ha ilustrado usted acerca de las cuatro formas en las que el ordenador de vuelo de un caza puede llegar a considerar a una determinada nave como blanco hostil, susceptible de ser atacado y destruido. Este dato en concreto, me refiero a cuál de estos cuatro puntos de entrada es el que se ha utilizado en cada caso, ¿quedó registrado en la memoria del ordenador o en cualquiera de esos dispositivos de almacenamiento que ha mencionado usted?

- No, señor. Desgraciadamente no es así.

- ¿Y por qué? Uno pensaría que una cosa así es lo suficientemente importante como para merecerse un registro o dos, ¿no está usted de acuerdo conmigo?

- Señor, cuando hablamos acerca de cazas estelares en misión de combate, hay demasiadas cosas que podrían resultar de vital importancia a la hora de realizar un análisis post-vuelo, pero el espacio de almacenamiento a disposición del ordenador de a bordo no es ilimitado. Como casi todos los sistemas de un caza el registro de vuelo puede ser también reprogramado, pero es el Mando del Cuerpo de Cazas quien decide qué datos concretos se guardan y cuáles no, y nosotros, los mecánicos y técnicos, nos limitamos a seguir sus instrucciones. Los datos de navegación completos de cada vuelo, cada comunicación transmitida o recibida por el caza, cada dato que los sensores puedan haber obtenido de naves enemigas o neutrales, y sobre todo la información de vídeo recogida por las cámaras de vuelo, que es lo que más espacio ocupa, tienen preferencia. Al menos así es como lo tiene establecido actualmente el Mando de Cazas.

- Entiendo. Así que no puede usted saber si el capitán Gregory pulsó o no una tecla para instruir a su ordenador para que considerase como hostil al *Mano del Idiota*, ¿es así?

- Sí, señor. Si pudiera confirmar ese dato es posible que no estuviésemos ahora aquí.

- O quizá sí, teniente, pero este consejo duraría mucho menos tiempo. Porque dígame usted, ¿no sería mucho más razonable suponer que el capitán Gregory tomó esa decisión él mismo, al igual que tomó luego la de disparar sus torpedos a pesar de no haber sido autorizado por su superior, y *pulsó* por tanto esa tecla, en lugar de decantarnos por creer en una hipotética y extremadamente apropiada avería en el caza del capitán Steinberg? ¿Una avería cuya existencia real no se puede demostrar porque el aparato ha sido dañado, y que habría causado que la nave enviara una señal que, oh, coincidencia, tan sólo fue recibida por el ordenador del capitán Gregory?

- Puede que fuera más razonable - admitió Hanniuska a regañadientes -, aunque de igual modo tampoco puedo probarlo. También existe la posibilidad de que fuera el capitán Steinberg quien decidiera asignar un código hostil a esa nave justo antes de que...

- ¡Pero es que cuando la capitán de Navío Gen'yaa se lo preguntó, el capitán Steinberg negó haber hecho tal cosa! ¡Tengo aquí, en mi datapad, una copia del informe, como también la tienen todos los miembros del tribunal! Quizá podríamos volver a preguntárselo, esta vez bajo juramento, ¿no? Pues claro que no, porque desgraciadamente el capitán Steinberg está internado en un hospital con daños irreversibles en su cerebro. Muy bien, pues culpémosle a él de todo, ya que no va a venir a quejarse.

- ¡Protesto! - exclamó el capitán Bel'aan.

- Rechazo su protesta, capitán - dijo Leia Organa sin levantar la voz. - Teniente Hanniuska, ¿quiere usted responder algo a eso?

La mecánico se removió incómoda en el asiento. - No era mi intención sugerir que fuera culpa del capitán Steinberg. Yo solamente...

El fiscal no le dejó continuar la frase, pues era obvio que Hanniuska no iba a hacer otra cosa que disculparse. - ¿La teniente coronel Schroeder y el capitán Gregory son amigos suyos, teniente?

- Me llevo bastante bien con todos los pilotos del escuadrón, señor.

- No tengo más preguntas para usted, teniente. Muchas gracias por su ayuda.

Mar Hanniuska abandonó la sala caminando deprisa y con el rostro enrojecido, furiosa con el fiscal y probablemente consigo misma. A la derecha de Alce, su abogado defensor hizo una mueca de disgusto que hablaba por sí misma.

- Capitán Bel'aan - dijo Leia Organa. - Puede usted llamar a su siguiente testigo.

El bothan convocó, consecutivamente, a un ingeniero moncalamari que, al igual que Mar Hanniuska, había participado también en el proyecto Shantipole, y a un veterano piloto humano con miles de horas de vuelo en ala-Y y ala-B. Sus preguntas fueron dirigidas a demostrar que la hipótesis de Mar Hanniuska no era una idea peregrina, sino una posibilidad cierta que debía ser tomada en cuenta. El capitán Drinin se limitó a seguir restándole credibilidad con los mismos argumentos que había utilizado para arrinconar a la mecánico. Alce se acarició el mentón con el pulgar mientras reflexionaba. Hasta el momento no podía decirse que su abogado estuviera haciendo grandes progresos, pero al menos le había dado a los miembros del tribunal una razón para dudar. Ahora Bel'aan llamaría a su testigo estrella: Rúster. Con el rabillo del ojo, Alce vio que Llamada cruzaba los dedos.

- Llamo a la capitán Lumi Rus'ti - El cabo de Infantería que hacía las funciones de alguacil salió de la sala para regresar pocos instantes después, acompañando a la piloto de búsqueda y rescate del escuadrón Cabeza de Lobo. El cabo condujo a la lumi hasta el estrado y después se retiró discretamente. Por los colores fríos que exhibían las extensiones neurales de Rúster, Llamada podía ver lo inquieta que se sentía su amiga.

- Capitán Rus'ti - dijo Bel'aan aproximándose a ella. - Antes de entrar a esta sala, le habrán recordado a usted como al resto de los testigos que se dispone a prestar su testimonio bajo juramento, y que cualquier intento de engañar u ocultar información a este tribunal será perseguido y castigado - Rúster asintió. - Pero me han asegurado que en su caso este aviso resulta completamente innecesario. ¿Puede usted explicarnos por qué?

- Por que soy una lumi. Somos físicamente incapaces de mentir. Nuestro cerebro está configurado de tal modo que no podemos pensar una cosa y decir otra diferente, es imposible. Pero incluso si pudiéramos mentir de palabra, nuestras extensiones neurales nos traicionarían al instante.

- Lo que usted ha llamado extensiones neurales, ¿son esos apéndices de colores que sobresalen de su cabeza?

- Sí. Su color va cambiando para reflejar nuestras emociones. Para los lumi éste es en realidad nuestro principal medio de comunicación.

- Es una pena que ninguno de nosotros sea capaz de interpretar esos cambios de color, pero los miembros del tribunal así como la acusación pueden comprobar en sus terminales la veracidad de lo que la capitán Rus'ti acaba de explicar. No puede mentir, no puede ni siquiera intentar deformar la realidad, ni siquiera para ayudar a sus amigos, así que diga lo que diga, podemos creer hasta la última palabra. La capitán Rus'ti conoce a la teniente coronel Schroeder y a el capitán Gregory desde hace años, y aunque no presenció el incidente que nos ocupa, su testimonio será crucial para demostrar que la personalidad de estos oficiales y su conducta antes y después de los hechos por los que están siendo juzgados son sencillamente *incompatibles* con las

acusaciones. La teniente coronel Schroeder y el capitán Gregory fueron víctimas de un cúmulo de circunstancias provocadas, no lo olvidemos, por los militares seibergios, y probablemente también por una avería técnica que hasta el momento desgraciadamente no se ha conseguido probar. Ni tampoco descartar, he de recordar, a pesar de los esfuerzos de la acusación en ese sentido.

Desde su posición en la tribuna, Leia recorrió con la mirada la información que aparecía sobre su pantalla en respuesta a su última consulta. Los datos que manejaba la Nueva República acerca de la especie lumi coincidían con lo que la propia piloto y el abogado defensor habían afirmado. Leia estaba casi segura de que Trespeó habría sido capaz de leer el silencioso y colorido lenguaje de la lumi, y eso le hizo lamentar un poco que el viejo androide de protocolo no le hubiera acompañado en este viaje. No obstante Leia se encontró con que no le hacía falta ningún intérprete para saber lo que las extensiones neurales de la lumi decían: descubrió que podía leerla a través de la Fuerza con muchísima mayor facilidad que con ningún otro ser con el que se hubiera cruzado hasta el momento.

- Hemos tomado buena nota de las particulares cualidades de la capitán Rus'ti como testigo, capitán Bel'aan - dijo Leia. - Ahora, por favor, comience con sus preguntas.

- Por supuesto, consejera – respondió el bothan con una inclinación de cabeza. - Discúlpeme por esta, quizá, innecesaria introducción. - Bel'aan se volvió hacia Rúster. - Capitán Rus'ti, es usted la piloto de búsqueda y rescate del escuadrón Cabeza de Lobo, ¿correcto?

- Correcto.

- Durante las operaciones en el cúmulo Viayak, uno de sus principales cometidos fue el de buscar a lo largo de las rutas que comúnmente seguían las naves que llevaban a los refugiados balanios hacia Balania y otros mundos, y proporcionar asistencia a todas aquellas que parecieran encontrarse en problemas. ¿Es así?

- Sí.

- En el curso de estas misiones, ¿se encontró usted alguna vez con naves, civiles o militares, dañadas o incluso destruidas por minas espaciales?

Rúster asintió gravemente. - Sí.

- Tres días antes del incidente que hoy juzgamos, se la envió a usted en ayuda de la corbeta de la Nueva República *Mashado*. Le sugiero a los miembros del tribunal que consulten en sus terminales el expediente Viayak-230100/2, el cual he incluido entre la documentación perteneciente a este caso. En este archivo podrán leer los detalles acerca de cómo la *Mashado* resultó gravemente afectada por la explosión de una mina espacial modelo imperial de las conocidas como Tipo B, cuando su tripulación atendía una llamada de socorro enviada por un transporte civil. Esta mina en cuestión formaba parte de un extenso campo de ellas desplegado en el vector de salida de una de las principales rutas a Balania. Comprobarán también que la petición de ayuda urgente transmitida por la *Mashado* fue delegada al *Guarida del Lobo* por la fragata médica *Redención*, y que a la capitán Rus'ti se le ordenó acudir a la zona del siniestro escoltada por un grupo de ala-B pertenecientes al escuadrón Cabeza de Lobo. ¿Es todo esto correcto, capitán?-

- Sí, lo es.

- ¿Formaba parte el capitán Gregory de su escolta?

Star Wars: Daños Colaterales

- Sí. Juzgando por las estimaciones que el capitán de la *Mashado* transmitió acerca de la extensión del campo de minas y el número de unidades activas, la teniente coronel Schroeder consideró que harían falta todos los ala-B disponibles para despejar el campo antes de que yo pudiera acercarme a la *Mashado*. Y tenía razón.

- Mientras se encontraban en la zona del siniestro, ¿pudieron encontrar a la nave cuya llamada de socorro había hecho acudir a la *Mashado*?

Rúster se estremeció. – Sí que la encontramos. Las minas la habían destruido por completo. No había supervivientes.

- ¿Se sintió usted particularmente conmovida por lo que vio?

- Sí, así es. Fue terrible.

- ¿Puede decirme si el capitán Gregory vio también lo mismo que usted?

- Sí, estoy segura.

- ¿Hablaron de ello después de regresar al *Guarida del Lobo*?

- No. Me encontraba demasiado afectada como para hablar con nadie, y de hecho estuve evitando a todo el mundo durante un par de días.

- Comprendo. Como apéndice al documento Viayak-230100/2, los miembros del tribunal encontrarán el informe de Inteligencia referente a este suceso, fechado dos días más tarde, que incluye un análisis de los restos de las minas explosionadas por la propia *Mashado* y por los ala-B del escuadrón Cabeza de Lobo. La conclusión del informe es que las minas pertenecían a los arsenales del ejército seibergio. La capitán de navío Gen'yaa le comunicó estos resultados a la teniente coronel Schroeder, y ésta los comentó ese mismo día durante una reunión preparatoria con aquellos pilotos de su escuadrón que debían salir en busca de naves seibergias que transportaran minas, minas como las que habían causado el desastre de la *Mashado* y la masacre de los refugiados a los que habían ido a auxiliar. Como pueden ver, los pilotos del escuadrón Cabeza de Lobo habían sido bien informados acerca de las terribles consecuencias que los campos de minas desplegados por los seibergios estaban causando, tanto entre nuestras propias naves como entre los transporte civiles utilizados por los balanios para escapar de Seibergia, y eran conscientes por tanto de la importancia de su misión en lo referente a salvar vidas. Entre otros, el capitán Gregory había podido contemplar con sus propios ojos lo que estaban haciendo las minas, así que su motivación para evitar que otra tragedia similar pudiera volver a producirse no podía ser más alta. Capitán Rus'ti, hablemos ahora acerca de su reciente viaje a la Región Balania. Iba usted acompañada por el teniente coronel Schroeder y el capitán Gregory.

- Sí, así es.

- Los miembros del tribunal pueden comprobar ahora los documentos ExCom-2345501 y ExCom-2345712. Se trata de las solicitudes enviadas a la capitán de navío Gen'yaa por la teniente coronel Schroeder y el capitán Gregory, respectivamente una semana y tres días *antes* del incidente, presentándose voluntarios para pasar un periodo de servicio en los campos de ayuda a refugiados de la Nueva República cuando sus deberes lo permitiesen. Quiero resaltar el hecho de que el capitán Gregory formuló su solicitud inmediatamente después de su participación en la misión de rescate de la *Mashado*, lo que demuestra hasta qué punto le había afectado lo que acababa de ver. Ahora, capitán Rus'ti, hablemos por favor de sus experiencias junto a la teniente coronel Schroeder y el capitán Gregory en la Región Balania, empezando con su azarosa llegada hasta el planeta.

Mientras la oficial lumi comenzaba a narrar como la lanzadera que pilotaba fue derribada sobre la Región Balania, Leia Organa trataba de decidir cuál era el significado de lo que había percibido hacía breves instantes, justo cuando el abogado defensor mencionaba lo de las solicitudes de los dos acusados para ir a alguno de los campos de refugiados, de cuya existencia ella estaba ya informada. Leia deseó tener un mayor dominio de la Fuerza que le permitiera distinguir más allá de toda duda qué eran percepciones reales y qué pura y simple intuición, cuando no su propia imaginación. El hecho era que, por segunda vez en el día, creía haber percibido sutiles desviaciones en el flujo de emociones procedentes de los dos pilotos, especialmente del capitán Gregory. La primera vez había sido cuando el fiscal le estaba interrogando. La sensación no era exactamente la misma que tenía cuando alguien intentaba mentirle, pero había algo ahí. Quizá no una mentira, pero sí una omisión, un intento consciente y difícil para él de ocultar algo que le hubiera gustado decir. Era difícil estar segura, pero recordó que Invierno había comentado al respecto que resultaba la mar de apropiado que los dos pilotos implicados en el famoso incidente se hubiesen presentado voluntarios para socorrer a los refugiados pocos días antes. ¿Y si realmente esas solicitudes habían sido formuladas *a posteriori*? Leia no veía nada extraño en los documentos, pero lo cierto era que si la fecha estaba amañada la capitán de navío Gen'yaa tenía por fuerza que estar enterada. Después de todo las propuestas estaban dirigidas a ella... Sin mirarla siquiera para no despertar sus sospechas, Leia intentó sondear a la capitana del *Guarida del Lobo*, pero no pudo sacar nada en claro. Los bothan estaban tan acostumbrados prácticamente desde la cuna a ocultar lo que sentían y lo que pensaban que era prácticamente imposible saber nada con certeza acerca de ellos, ni siquiera a través de la Fuerza, o al menos con sus limitados conocimientos acerca de cómo usarla. Esto lo sabía muy bien por sus experiencias con su colega consejero Borsk Fey'lya. Después de un año entero compartiendo mesa de conferencias con él, aún no era capaz de saber en ningún momento qué pensaba o qué era lo que realmente se proponía el astuto político bothan cada vez que abría la boca para hablar.

Si como intuía las solicitudes no eran legítimas, reflexionó Leia, entonces Gregory bien podría estar mintiendo también al decir que su ordenador identificaba el transporte como hostil. Pero cuidado, ése era exactamente el mismo error que había cometido Gregory durante el incidente, deducir que el piloto del *Mano del Idiota* mentía al decir que transportaba refugiados porque antes ya había mentido al decir que le perseguían TIEs seibergios. Leia no podía permitirse cometer la misma equivocación. *Si Gregory estuviera mintiendo descaradamente, creo que yo lo sabría.* Pero entonces, ¿por qué había percibido en él esa extraña sensación de incomodidad al salir el tema de lo de las solicitudes y lo de la errónea identificación suministrada por el ordenador? ¿Podrían ambas cosas no ser ni ciertas ni falsas, sino verdades a medias?

Leia decidió dejar esos pensamientos para un poco más tarde, cuando hubiera finalizado esta primera sesión del consejo de guerra, y se concentró en seguir las explicaciones de la piloto lumi y las sensaciones que con tanta claridad emanaban de ella. Por lo que había contado hasta el momento, sus dos compañeros tenían coraje. Uno tiene que ser muy idiota, muy valiente, o

ambas cosas a la vez para enfrentarse a un AT-ST sujetando un cañón arrancado de la lanzadera en la que uno que acababa de estrellarse, sin saber siquiera si iba a funcionar o no. Pero ninguno de los acusados podría haber sobrevivido a los años más difíciles de la Rebelión si fueran idiotas. Eso Leia lo sabía bien.

- Me acuerdo de un día - estaba diciendo la lumi, mientras las poderosas emociones que se dejaban sentir en su voz fluían hacia Leia a través de la Fuerza, haciéndole imposible dudar de la arrolladora sinceridad de la piloto -, en el que se pasó media mañana fabricando trineos para los niños balanios y jugando con ellos. Si hubiera visto cómo se reían todos con él... No, definitivamente no puedo imaginarme que el capitán Gregory hubiera llegado a disparar si hubiera tenido la más mínima duda acerca de si el piloto coreliano mentía o no. Estoy segura de que él estaba honestamente convencido de que el *Mano del Idiota* transportaba minas al igual que las otras cuatro naves, y que su piloto tan sólo pretendía engañarles.

- Muchas gracias, capitán. No tengo más preguntas para usted.

Alce pensó que Rúster lo había hecho realmente bien, pero lo más difícil vendría ahora, cuando fuera el fiscal quien la interrogara. Antes del juicio, el capitán Bel'aan le había explicado a Rúster cuáles iban a ser sus preguntas, y había ensayado con ella las respuestas - aunque llegado el momento Rúster se había dejado llevar por sus sentimientos hasta el punto, quizá, de llegar a conmover a alguno de los miembros del tribunal -. Pero el abogado defensor sólo podía conjeturar qué preguntas le haría su oponente a sus testigos, y cómo las haría.

El fiscal quarren se alzó a un metro del estrado. Antes de comenzar a hablar bebió un largo sorbo de su botellita, que un asistente se había encargado ya de reemplazar al menos una vez.

- Capitán Rus'ti - comenzó. - Es la primera vez que tengo el privilegio de conocer a una lumi. Permítame decirle que considero una verdadera pena el que muy pocas de las especies inteligentes que conocemos compartan su genético rechazo hacia las mentiras. Esta galaxia sería con seguridad un lugar mejor en el que vivir, y en el que yo me estaría dedicando a otra cosa.

En el tono empleado por el quarren no se percibía rastro alguno de sarcasmo, pero para Rúster era difícil estar segura. - Gracias, capitán - le respondió con una leve sonrisa.

- No hay de qué, lo he dicho completamente en serio. Bien, después de haberla escuchado durante un rato, uno pensaría que comparte usted de todo corazón la conclusión a la que ha llegado el capitán Bel'aan. Es decir, ¿piensa usted que la teniente coronel Schroeder y el capitán Gregory son meras víctimas de una desgraciada, o incluso preparada, conjunción de circunstancias?

Rúster frunció el ceño. Ahora sí que había notado un deje de ironía. - Sí, eso es lo que pienso.

- Pero no pensaba así cuando se enteró del incidente, ¿verdad? He recogido varios testimonios acerca de una reunión de su escuadrón que tuvo lugar ese mismo día a bordo del *Guarida del Lobo*. Teniendo en cuenta que no puede usted mentir ni intentar siquiera deformar la realidad, por usar las mismas palabras del capitán Bel'aan, estoy seguro de que no tengo necesidad

alguna de convocar a ninguno de sus compañeros que asistieron a esa misma reunión, ¿cierto?

- Ciertamente - Rúster se ruborizó. Sus extensiones neurales, que a medida que se había ido sintiendo más cómoda respondiendo a las preguntas del abogado defensor habían tomado colores cálidos cercanos al ámbar habitual en ella, se agitaron de forma involuntaria al tiempo que se apagaban en color, primero amarillo muy pálido, luego azul claro. El cambio no le pasó en absoluto desapercibido al capitán Drinin, que la observaba con atención.

- Cuando entró en aquella sala, usted era plenamente consciente de lo mucho que el incidente con la *Mashado* podía haber afectado al capitán Gregory, ¿no es así? De hecho, acaba de confesarnos que a usted la alteró tanto que se dedicó a evitar a sus amigos para no tener que hablar de ello. Pero en ese instante, usted no creía que la conmoción causada por el desastre que ambos habían presenciado pocos días antes pudiera servir de excusa o eximente para lo que el capitán Gregory acababa de hacer, ¿lo creía usted?

- No, no lo creía.

- No, no lo creía. Tanto era así, que usted, alguien que pertenece a una especie tan noble y pacífica como son los lumi, estaba tan furiosa que sus extensiones neurales se cargaron con tanta electricidad como para resultar peligrosas, obligándole a avisar a sus compañeros para que ninguno de ellos la tocara siquiera. Sí, esa es otra característica de los lumi que los miembros del tribunal pueden consultar en la base de datos xenobiológica de la Nueva República. Sus extensiones neurales pueden convertirse en una especie de arma defensiva cuando se sienten amenazados, y en muy raras ocasiones cuando se sienten muy, muy enfadados por algo. ¿Le había sucedido antes algo así, capitán Rus'ti?

- Como ha dicho usted, muy raramente.

- Así que estaba usted verdaderamente enfadada con sus dos compañeros y amigos, la teniente coronel Schroeder y el capitán Gregory. En su condición de piloto de búsqueda y rescate, usted había visto las mismas cosas terribles que habían visto ellos, peores incluso. Pero en lugar de ir por ahí disparándole torpedos de protones a cada nave más o menos sospechosa que se cruzara en su camino, usted calmaba su frustración saliendo una y otra vez con su lanzadera, aún estando fuera de servicio, intentando salvar todavía más gente como...

- ¡Protesto!- interrumpió el capitán Bel'aan.

- Se acepta la protesta de la defensa - dijo Leia con severidad. - Capitán Drinin, aquí no hay nadie que haya ido por ahí disparando torpedos de protones tan sólo para calmar frustraciones. Su comentario está completamente fuera de lugar.

El quarren inclinó la cabeza respetuosamente. - Le presento mis disculpas al tribunal y a los acusados. Capitán Rus'ti, lo que es innegable es que estaba usted muy enfadada, furiosa en realidad. Pero no fuera de sí, ¿verdad? Quiero decir que no se puso a decir cosas sin sentido a causa de un ataque de histeria. Sabía usted muy bien lo que decía, ¿verdad?

- Sí. Dije lo que pensaba, eso es todo.

- Eso es, dijo exactamente lo que pensaba, lo que sinceramente creía, como no podía ser de otro modo siendo usted una lumi. Si lo que me han contado es cierto, es una verdadera lástima que nadie grabase sus palabras de aquel día, porque algunas de las cosas que dijo merecerían haber sido

registradas para que todos los ciudadanos de la Nueva República tuvieran la ocasión de oírlos. Pero volviendo a nuestro caso, por favor, permítame echarle un vistazo a mis notas - el habilidoso quarren consultó su datapad, tomándose su tiempo para aumentar la expectación. - Sí, esto es lo que buscaba. Cuando el capitán Gregory intentaba excusarse diciendo que no sabía que había personas inocentes a bordo del transporte que acababa de derribar, usted le respondió algo más o menos como esto: "Exacto, no podías saberlo porque no lo habías inspeccionado antes como te habían ordenado que hicieras, así que no tenías ningún derecho a disparar." ¿Fueron éstas sus palabras, capitán Rus'ti?

- Algo parecido - admitió Rúster.

- ¿Y no pensaba también que la teniente coronel Schroeder debería haberle ordenado explícitamente al capitán Gregory que no disparase?

- Sí, también lo pensaba.

- ¿Y ha cambiado usted de opinión desde entonces, capitán?

Rúster negó con la cabeza. - No, no he cambiado, pero...

- ¿Pero qué, capitán?

- Es que desde entonces los dos me han demostrado más que de sobra que jamás hubieran hecho algo así a sabiendas. Fue un error, uno que muchos otros hubieran cometido en su lugar, y el no admitirlo así sería hipócrita. Les he visto hacer tantas cosas maravillosas en ese campo de refugiados que no puedo seguir enfadada con ellos. No se lo merecen, no se merecen lo que les están haciendo.

- ¿Quiere decir usted que les ha perdonado?

- Sí, pero no es sólo eso. Me he obligado a mí misma a pensar en lo que sucedió, a analizarlo bien, y he llegado a la conclusión de que fue un accidente, un horrible accidente.

- ¿Cree usted que el hecho de que la *Mashado*, o la nave en la que viajaban las personas a las que pretendía ayudar, se toparan con el campo de minas desplegado por los seibergios puede ser considerado como un accidente?

- ¡Por supuesto que no!

- ¿Cree en cambio que los militares seibergios deben ser considerados responsables por aquellas muertes?

- ¡Pues sí, claro que lo son! ¡Y también son responsables por los que murieron a bordo del carguero que Alce..., quiero decir, el capitán Gregory derribó. Ha escuchado usted la grabación de las transmisiones del piloto, y como le obligaron...

- ¿Cree usted que el teniente coronel Schroeder y el capitán Gregory no tienen responsabilidad alguna por la muerte de los pasajeros y el piloto del *Mano del Idiota*?

- No, bueno, quizá una parte...

- ¿Quizá una parte? ¿Qué se supone que significa eso? Creía que no era capaz usted ni siquiera de intentar deformar la realidad, capitán. Escúcheme bien, voy a hacerle una pregunta muy simple, y quiero que me dé una respuesta igual de simple. Sí o no, eso es todo. ¿Aún piensa usted que el capitán Gregory no debería haber disparado sus torpedos?

- Oh, maldita sea... Sí, lo pienso...

- ¿Está de acuerdo conmigo cuando digo que al disparar sin haber inspeccionado antes su objetivo con los sensores de su ala-B el capitán Gregory desobedeció una orden de un superior?

- Sí, pero es que...

- ¿Y está también de acuerdo conmigo cuando digo que el deber de la teniente coronel Schroeder era ordenarle que no disparase?

- Sí, lo estoy - Rúster apartó su mirada del despiadado fiscal para dirigirla hacia Lllamarada y Alce, casi sintiendo ganas de echarse a llorar. Lllamarada le guiñó un ojo para decirle que no se preocupara por ellos. Alce sonrió y se encogió de hombros.

- Antes de que se marche, capitán Rus'ti - continuó el capitán -, déjeme compartir con usted algo que mi padre me dijo a mí una vez cuando era un chiquillo. Tiene que ver con las buenas acciones de esos sus compañeros, esas cosas maravillosas de las que nos ha hablado usted. Lo que me dijo mi padre fue esto: "Muy a menudo, una conciencia intranquila le hace a uno convertirse en mejor persona, pero el pecado no es menos real por mucho y muy bien que uno trate de redimirse por haberlo cometido.

- ¡Protesto!

Leia resopló - Protesta aceptada. Capitán Drinin, si no tiene usted más preguntas que hacerle a la capitán Rus'ti, le daré permiso para abandonar la sala.

- No, consejera. No tengo más preguntas, y de nuevo le ofrezco mis disculpas.

- Muy bien. Capitán Rus'ti, puede usted marcharse. Muchas gracias por su colaboración.

Rúster se puso en pie y se dirigió hacia la salida escoltada por el cabo de Infantería que la había acompañado al entrar. Caminaba con la cabeza agachada y los hombros hundidos. Mientras que Mar Hanniuska se había marchado devorada por la ira, Rúster parecía triste y deprimida, casi avergonzada, como si hubiera hecho algo de lo que tuviera que arrepentirse. Alce se sintió mal por ella. Rúster no tenía nada de lo que avergonzarse, y menos que nada de su incapacidad para mentir. Alce hubiera querido poder levantarse, seguir a su amiga y decirle que lo que acababa de pasar no era en absoluto culpa suya. Se fijó en la mirada de Lllamarada, vuelta también hacia la puerta por la que ya salía la lumi, y supo que estaba pensando lo mismo que él. Resultaba curioso, aunque quizá no hubiera nada de lo que extrañarse, lo mucho que se había fortalecido el vínculo entre ellos tres durante los días que habían pasado juntos en la Región Balania. Alce observó al capitán Drinin mientras se sentaba y se ponía a beber con verdadera ansia. El quarren sólo estaba haciendo su trabajo, que obviamente dominaba a la perfección, pero Alce tenía que odiarle por el modo en el que había acosado a Rúster. No podía evitar preguntarse si el fiscal habría disfrutado con ello, pero enseguida decidió que lo mejor era no volver a pensar en ello. De otro modo empezaría a desear tener algún día la oportunidad de encontrarse con Drinin en otra parte, quizá en un callejón desierto. *Mierda, hay profesiones que dan asco.*

- Capitán Bel'aan - dijo la consejera Organa -, ¿desea usted presentar algún otro testigo?

El bothan se levantó para responder. - Por ahora no, consejera - Alce no se sintió sorprendido. Mientras Rúster prestaba aún declaración sobre el estrado, había visto como el abogado miraba discretamente hacia atrás por

encima del hombro y negaba con la cabeza en dirección a Víbora. Cuando habían estado preparando la defensa, Bel'aan le había dicho a Víbora que era posible que lo llamara para testificar, pero al parecer lo había reconsiderado. La idea era que Víbora le hablara al tribunal acerca de otras misiones que el escuadrón había llevado a cabo con éxito en el pasado, y como el criterio de Llamada y de Alce en situaciones de combate había sido siempre excelente. Pero después de lo que había sucedido con Mar Hanniuska y con Rúster, daba la impresión que el llamar a declarar a más amigos o compañeros suyos no les iba a reportar ningún bien. La única otra persona que podría hablar por ellos sería la propia capitán de navío Gen'yaa, pero eso estaba fuera de toda discusión. No requería demasiada inteligencia darse cuenta de que la bothan no podía intentar defenderles sin levantar una sombra de sospecha sobre sí misma. El capitán Bel'aan les había dicho, y Alce sabía que lo decía en serio, que si alguien llegaba a pedirle a la capitán de navío Gen'yaa que testificara, ese alguien sería el fiscal.

Ahora era el turno de la acusación para presentar testigos. El capitán Drinin comenzó presentando a sus propios expertos técnicos. Los primeros fueron dos ingenieros, uno humano y el otro duro, que habían formado parte del comité de investigación que la consejera Organa había reunido apresuradamente en sustitución del equipo cuya lanzadera destruyeron accidentalmente los corelianos. Ambos declararon que además de revisar hasta el último dato de los recogidos por la teniente Hanniuska y su equipo, habían llevado a cabo su propio y exhaustivo análisis. Cada uno desde el campo en el que eran expertos - uno en dispositivos sensores y de comunicaciones, el otro en el software de los ordenadores de vuelo de los cazas -, los dos coincidieron en expresar serias dudas acerca de la teoría formulada por la mecánico jefe del *Guarida del Lobo*. Ninguno de ellos cambió de opinión ni se contradijo en modo alguno bajo el interrogatorio al que los sometió posteriormente el capitán Bel'aan. De nuevo, nada de lo que sorprenderse.

A continuación ocupó el estrado una mujer humana de edad avanzada. El capitán Drinin explicó al tribunal que la doctora Gomar era una veterana y muy competente psiquiatra que había trabajado profusamente con supervivientes de Alderaan que eran miembros de la Alianza Rebelde primero, y de las Fuerzas Armadas de la Nueva República después. Alce reconoció el nombre de inmediato, si bien no la cara. En su tiempo libre acostumbraba a leer todo el material relacionado con Alderaan que caía en sus manos, y eso incluía algunos interesantes artículos que la doctora Gomar había publicado durante los últimos tres años.

- Doctora Gomar - comenzó el quarren -, ¿cuándo exactamente se le encomendó a usted la tarea de tratar a supervivientes alderaanos?

- Inmediatamente después de la destrucción de su planeta.

- ¿Puede decirnos quién le encargó esa misión?

- Fue el general Carlist Riekan.

- ¿Por qué requirió sus servicios el general Riekan?

- En aquellos días los agentes de reclutamiento de la Alianza recibían literalmente miles de peticiones de refugiados alderaanos que deseaban unirse a nosotros. Como todo el mundo sabe, Alderaan era un mundo pacifista por ley, cuya población había renunciado libremente al uso de las armas siglos atrás. Antes de la destrucción de su planeta natal había muy pocos alderaanos

entre nuestros combatientes, aunque nos beneficiábamos de los servicios de muchos de ellos como correos o como personal diplomático. Pero de pronto, y evidentemente como consecuencia de la atrocidad que el Imperio había cometido contra su mundo, nos encontramos con muchos alderaanos a los que la catástrofe había sorprendido en otros lugares que no deseaban otra cosa que empuñar las armas y luchar. El general Riekan, a quien todo el mundo conoce hoy como el artífice de la evacuación de Hoth, era uno de esos pocos alderaanos que militaba en la Alianza desde sus inicios. Cuando me encargó el proyecto me dijo que le preocupaba mucho la posibilidad de que compatriotas suyos vieran la Alianza como un medio a través del cual podrían encontrar la ocasión de vengarse. Decía que no podíamos permitirnos el riesgo de entrenarlos y enviarlos al combate sin haberlos sometido antes a un reconocimiento psiquiátrico previo.

- Por favor, explíquenos eso.

- Debería ser obvio. Un único vengador con un arma en sus manos podía hacer muchísimo daño. Él o ella podría intentar utilizar los recursos y el entrenamiento que les proporcionásemos para matar a tantos imperiales como le fuera posible, sin tener en cuenta las circunstancias, el riesgo para la misión, para su propia vida o la vida de sus compañeros, y los daños colaterales que pudiera causar. Si queríamos llegar a ser una alternativa al Imperio, un solo civil muerto a manos de un miembro de la Rebelión era mucho peor para nuestra causa que un centenar de imperiales que escaparan porque se abstuviera de disparar. Quiero dejar claro que estos tests no eran nuevos. Desde los primeros días de la Rebelión examinábamos a todos aquellos candidatos a los que sus reclutadores consideraban como potencialmente peligrosos o conflictivos. Después de lo de Alderaan, y siguiendo las instrucciones del general Riekan, hicimos que los reconocimientos psiquiátricos fueran obligatorios para todos los alderaanos.

- Comprendo. Imagino que el riesgo que se corría de no hacerse así sería directamente proporcional al poder de las armas puestas a disposición del posible vengador.

- Exacto.

- Así que, dependiendo de la especialidad para la que un candidato iba a recibir entrenamiento, los análisis deberían ser diferentes.

- Sin duda, y así es como lo hicimos.

- ¿Y qué cuerpo o grupo de combate requería los tests más exigentes?

- El Cuerpo de Cazas. Un caza estelar es el arma más poderosa que puede ser manejada por un único individuo.

El capitán Drinin asintió. - Uno de los acusados, el capitán Gregory, es alderaanano. Doy por sentado que tuvo que pasar por todos esos análisis antes de que se le entrenara para pilotar una de nuestras naves de combate.

- Sí. De hecho recuerdo muy bien su caso. Aunque no llegué a entrevistarle yo personalmente, sí que participé en la evaluación de sus resultados, y seguí todos los procedimientos con el mayor interés.

- ¿Y eso por qué?

- De todas las personas a las que sometimos a examen, el capitán Gregory era uno de los que tenía más poderosas razones para desear vengarse. Formaba parte de un grupo de universitarios de post-grado en viaje de fin de estudios, y la suerte quiso que su nave despegara de la ciudad de Aldera casi al mismo tiempo que la Estrella de la Muerte entraba en el sistema.

Él y sus compañeros presenciaron con sus propios ojos como explotaba su planeta, al igual que le sucedió a la consejera Organa. Muy pocos de los alderaanos supervivientes pueden decir lo mismo. Pero es que la pesadilla del capitán Gregory no acabó ahí, ni mucho menos. Su nave fue capturada por un transporte de soldados de asalto. Asesinaron al piloto y al profesor que los acompañaba, y a los estudiantes los enviaron como esclavos a diversas guarniciones imperiales. Los detalles son confidenciales y no revelaré ninguno aquí, pero las cosas por las que el capitán Gregory tuvo que pasar hasta que encontró la ocasión de escapar hubieran acabado con la mayor parte de la gente que conozco, yo misma incluida.

- ¿Y a pesar de eso pasó los tests?

- Sí, lo hizo. Su padre había sido piloto de bombarderos, y el capitán Gregory solicitó ser destinado al Cuerpo de Cazas, pero inicialmente lo enviamos a Infantería hasta que el servicio de Inteligencia verificó la veracidad de su historia y pudimos tomar una decisión. Los informes enviados por sus comandantes no hicieron sino reforzar la impresión positiva que habían causado sus tests, así que aprobamos su solicitud sin pensarlo dos veces.

- Debo admitir que estoy impresionado. Sólo una última pregunta, doctora Gomar. ¿Alguna vez han fallado sus tests?

- ¿Lo que quiere saber usted es si en alguna ocasión hemos cometido un error al enviar a alguien a las academias de entrenamiento?

- Sí, ése es exactamente el sentido de mi pregunta.

La anciana mujer suspiró lentamente. - Sí, cometimos algunos errores. Es inevitable.

- Muchas gracias, doctora. Esto es todo por mi parte.

Leia era perfectamente consciente de que el capitán Drinin había sido exquisitamente cuidadoso en su interrogatorio. Siendo precisamente ella la presidente de este tribunal, cualquier intento de generalizar los problemas que había experimentado la Alianza con un puñado de supervivientes alderaanos podría fácilmente volverse contra él. No obstante esos problemas habían existido, y eso era lo único que el fiscal necesitaba demostrar. *Sin necesidad de arriesgar nada más, ha conseguido que los miembros del tribunal nos preguntemos ahora si Gregory alberga un reprimido deseo de venganza por la destrucción de Alderaan y por lo que el Imperio les hizo a él y a sus amigos. Que dudemos acerca de si eso no podría acaso hacerle más propenso a disparar primero y preguntar después, aunque hasta ahora le haya ido bien así.* Había estado observando a Gregory mientras la doctora Gomar hablaba. Parecía ligeramente incómodo, pero no especialmente molesto por lo que oía. La única sensación digna de mención que había percibido en él había sido una de media sorpresa al enterarse de que la doctora Gomar había sido uno de los expertos psiquiatras que habían evaluado su aptitud para convertirse en piloto. Su mirada se cruzó brevemente con la suya. Leia lo vio con claridad en ese instante. *Ha vivido durante años con la carga de lo que padeció en su día y no ha hecho un secreto de ello. Ninguna de sus acciones ha estado motivada por la venganza, ni ahora ni cuando se unió a la Alianza. Ah, pero el daño ya estaba hecho. Sería muy difícil para la defensa arrancar la semilla de duda que había plantado el fiscal. A ella misma le iba a costar mucho trabajo convencer a Ackbar y a los demás si se veía en la necesidad de tener que hacerlo. De*

momento, no obstante, no estaba en absoluto segura de cuál iba a ser el sentido de su voto cuando tuvieran que discutir el veredicto.

Mientras tanto, el capitán Bel'aan no perdía el tiempo con preámbulos.

- Doctora Gomar, ha dicho usted que siguió el caso del capitán Gregory con gran interés. ¿Ha llevado a cabo, usted o alguno de sus colegas, un seguimiento de la conducta del capitán Gregory desde que se convirtió en miembro activo del Cuerpo de Cazas?

- Sí. El reconocimiento médico al que se somete cada piloto una vez cada seis meses incluye nuevos tests psicológicos. Hasta la fecha no hemos tenido ninguna razón para pensar que el capitán Gregory sea uno de esos errores que antes he mencionado.

- ¿Cree usted que las pasadas experiencias del capitán Gregory, por traumáticas que fueran, tienen algo que ver con su participación en los hechos que estamos juzgando?

- No, no lo creo. El capitán Gregory ha demostrado estar dotado con una psique realmente fuerte, la cual le ha permitido sobrevivir y seguir cuerdo allá donde otros hubieran perecido o se hubieran vuelto locos.

- Gracias, doctora, muchísimas gracias. No le haré más preguntas.

Cuando regresó a su asiento, el capitán Bel'aan le lanzó una airada mirada a su oponente. Para Alce el significado de esa mirada estaba bien claro: *estás jugando sucio*. Al quarren pareció no afectarle en absoluto. *Es una buena cosa para él que yo no esté poseído por las ansias de venganza*, pensó Alce con no poca ironía. Por un instante se preguntó si eso sería verdad, hasta que decidió que tenía que serlo. En caso contrario habría acabado mal mucho tiempo atrás, quizá ni siquiera habría pasado de Ten'see IV.

Drinin llamaba ahora al almirante Darfen. Alce torció el gesto al escuchar ese nombre, olvidando momentáneamente la irritación que la cuestionable maniobra del fiscal pudiera causarle. Se echó hacia atrás en el asiento para poder mirar a Llamarada por encima de la nuca de Bel'aan. Ella le devolvió la mirada y se encogió levemente de hombros. Sí, por supuesto que se acordaba de Darfen, ¿cómo podría olvidarle? Y sabía también que el asunto de KS-31 estaba a punto de salir a relucir. *Y no precisamente para felicitarnos por lo que el escuadrón Blanco consiguió hacer allí*.

Afortunadamente esto no era del todo inesperado. Llamarada le había contado a su abogado todo lo que tenía que saber de KS-31 de forma que pudiera contrarrestar cualquier intento de la acusación de perjudicarles con esa historia. Así mismo, la capitán de navío Gen'yaa le había permitido acceder a los bancos de datos del *Guarida del Lobo* para que obtuviera de ellos cualquier información adicional que pudiera precisar. Ojalá fuera suficiente.

Mientras estaban con ese tema, Llamarada le había preguntado a Bel'aan si Avalancha, su comandante y también amiga en los días del escuadrón Blanco, sería llamada a declarar. Bel'aan la sorprendió al decirle que no, que había hecho averiguaciones y que le habían dicho que la coronel Krenzel había abandonado la flota hacía tiempo ya y que nadie sabía de su paradero. Llamarada no había vuelto a hablar con Avalancha desde que ésta los dejó a todos perplejos al aceptar un puesto ejecutivo en el Mando de Cazas, poco después de lo de Endor. El único contacto desde entonces había consistido en un breve y más bien desagradable intercambio de notas a raíz de

la creación del escuadrón Cabeza de Lobo. Avalancha se había negado a cederle el mando del escuadrón Blanco, que aún retenía de forma nominal, agarrándose a una vieja cláusula del reglamento - databa de los primeros días de la Rebelión - que otorgaba a los comandantes de escuadrón el privilegio de conservar el mando de sus unidades de forma indefinida, siempre que no fueran oficialmente relevados de ellas. Lllamarada supuso entonces que la intención de Avalancha era agarrarse a ese mando para volver al servicio de vuelo cuando considerara que su labor en el Mando de Cazas estaba completa, o bien cuando simplemente se hartara de estar sentada en un despacho y empezara a añorar la cabina de su ala-B. Pero lo que sucedió fue que, para evitarse el tener que discutir con ella, relevarla a la fuerza - para lo cual hubieran tenido que inventar una razón -, o modificar el reglamento, sus superiores decidieron pasar a la reserva al escuadrón Blanco, constituir uno nuevo bajo el mando de Lllamarada, y permitir a todos los pilotos que desearan seguir en activo solicitar su transferencia a la recién creada unidad, cosa que como era de esperar prácticamente todos hicieron. Al parecer Avalancha no le había perdonado la triquiñuela al Mando de Cazas y había terminado marchándose dando un portazo, algo muy propio de ella y de su explosivo temperamento.

A Lllamarada le dolía que Avalancha la hubiera tratado como si todo hubiera sido responsabilidad suya, pero no había gran cosa que pudiera hacer al respecto. Ni siquiera seguir pensando en ella, porque ya el almirante Darfen, el moncalamari impecable como siempre en su immaculadamente blanco uniforme, ocupaba su lugar sobre el estrado y esperaba pacientemente a que el capitán Drinin le formulara su primera pregunta.

- Almirante Darfen, actualmente está usted a cargo de las unidades de la Armada asignadas a la defensa de Mon Calamari.

- Eso es correcto.

- ¿Puede usted decirnos cuál era su puesto hace dos años y medio, señor?

- Estaba al mando del crucero *Independencia*. Desde esa nave era responsable de las operaciones de la Alianza en varios sistemas del Anillo Medio y del Borde Exterior.

- ¿Fue una de esas operaciones el ataque contra las instalaciones imperiales secretas en el planetaide KS-31, en el sistema Kessel?

- Sí.

- ¿Tomó parte en ese ataque el escuadrón Blanco, señor?

- Sí, así es, junto con el escuadrón Azul.

- ¿Puede contarnos cuáles fueron las órdenes que le dio usted al escuadrón Blanco después de que llevaran a cabo esa misión?

- El escuadrón Blanco operaba desde una fragata Nebulon-B capturada poco antes, de nombre *Vigilante*, y que más adelante fue bautizada como *Joan d'Arc*. Yo personalmente ordené a la comandante Krenzel, por aquel entonces comandante del escuadrón, que llevaran esa nave a espacio controlado por la Alianza de forma inmediata, antes de que los refuerzos imperiales les hicieran imposible salir del sistema Kessel. Esta misma orden me fue comunicada a mí por el Alto Mando de la Alianza.

- ¿Obedeció la comandante Krenzel esta orden?

- No, no lo hizo. Se retrasó cuanto pudo bajo la excusa de esperar a que uno de nuestros agentes, infiltrado en KS-31, pudiera escapar de allí. Hoy

sabemos que la verdadera razón era que estaba buscando una oportunidad para intentar rescatar al grupo de colonos que habitaban el planeta, los cuales iban a ser sacrificados por el Imperio.

- ¿Fue la comandante Krenzel la única responsable por esa desobediencia?

- No, no la única. En el curso de un combate contra una patrulla imperial que estuvo a punto de descubrir a la *Vigilante*, la comandante Krenzel resultó gravemente herida y entró en coma. La entonces teniente comandante Schroeder tomó el mando del escuadrón Blanco y de la *Vigilante*. En lugar de obedecer mis órdenes, decidió quedarse allí y continuar con los planes de la comandante Krenzel. A pesar de mis instrucciones para que salieran de Kessel sin dilaciones y de que les prohibí expresamente el que intentaran llevar a cabo rescate alguno, ellas lo hicieron de todos modos en cuanto la comandante Krenzel se recobró.

- ¿Se sometió a consejo de guerra a la comandante Krenzel y a su entonces segunda en el mando, la teniente comandante Schroeder, por su repetida desobediencia?

- No. Contra toda probabilidad el rescate de los colonos fue un completo éxito, tanto que lo finalizaron sin sufrir bajas. La Presidente Mon Mothma y otros líderes de la Alianza decidieron que su falta merecía ser sobreseída en razón del heroísmo que habían demostrado y del ejemplo que suponía su hazaña para todos aquellos que dudaban de la sinceridad de ideales de la Rebelión. Quiero dejar bien claro que yo siempre me mostré en contra de esa decisión, aunque soy el primero en reconocer el coraje y la audacia de la comandante Krenzel, de la teniente coronel Schroeder y del resto de su escuadrón.

- ¿Así que fueron recompensadas por esa acción?

- No, no he dicho eso. La Presidente Mon Mothma y el resto del Alto Mando de la Alianza estuvieron de acuerdo, y en esto no discrepó nadie, en que no podíamos permitirnos conceder medallas a los oficiales que desobedecieran órdenes, por muy honorables y heroicas que fueran sus intenciones. Tanto la consejera Organa como el almirante Ackbar pueden confirmarle este extremo. Ambos estaban allí.

- Gracias, almirante. No tengo más preguntas para usted. Me gustaría que los miembros del tribunal tuvieran en consideración el hecho de que con anterioridad al incidente en Seibergia, la teniente coronel Schroeder ya había decidido ignorar o desobedecer la orden de un superior al menos en otra ocasión, aunque ésta es la primera en que va a ser juzgada por ello.

Llamarada puso los ojos en blanco. - Este capitán Drinin es de lo más encantador – le susurró a Alce por detrás del capitán Bel'aan. Alce asintió. Ignorando el comentario de Llamarada, que por supuesto había oído perfectamente, el bothan se puso en pie y caminó hasta el estrado.

- Almirante Darfen, ¿es cierto que no sólo los pilotos del escuadrón Blanco, sino todos y cada uno de los miembros de la tripulación provisional de la *Vigilante* se presentaron voluntarios para participar en el rescate de los colonos de KS-31?

- Sí, es verdad.

- ¿Y no les hacía eso compartir de algún modo la desobediencia de sus comandantes, señor?

Star Wars: Daños Colaterales

- En absoluto. La responsabilidad seguía siendo de ellas. Le di mis órdenes directamente a la comandante Krenzel primero, y a la teniente comandante Schroeder después. Su deber era cumplirlas, y asegurarse de que todos aquellos bajo su mando hacían lo propio.

- Entiendo, señor. ¿Pero no cree usted que las vidas de varios cientos de inocentes eran una razón bastante buena para cuestionarse al menos esas órdenes?

- No, no lo creo – El moncalamari negó vigorosamente con la cabeza. – Al hacerlo arriesgaron al menos un número similar de vidas, además de las naves que se les habían confiado. Naves que no les pertenecían a ellas sino a la Alianza Rebelde, que necesitaba hasta la última de las que disponía para poder mantener viva la lucha contra el Imperio. No olvidemos que el objetivo final de esa lucha era salvar a mucha, muchísima más gente que la que iba a ser sacrificada en KS-31. Por eso me opuse abiertamente a que se pasara por alto la grave falta cometida por la comandante Krenzel y por su segunda en el mando. Algunas de las consecuencias de esa, para mí, desafortunada decisión han quedado ahora en evidencia. El hecho de que no fueran castigadas sin duda reafirmó a la teniente comandante Schroeder, hoy teniente coronel, en su creencia de que su juicio era mejor que el de sus superiores. Una forma de pensar que ella heredó de su comandante de entonces, y que al parecer ha transmitido al menos a uno de sus subordinados.

- Con el debido respeto, señor – contestó el capitán Bel'aan, al tiempo que el vello de su nuca se le erizaba de forma notoria -, se le ha convocado a usted como testigo, no como juez.

- ¿Pretende usted que pida disculpas por pensar como lo hago, capitán?

- No señor. Simplemente me limito a...

- Bien – continuó el moncalamari sin dejar hablar al abogado defensor -, porque todavía tengo algo más que decir, con el permiso del tribunal – Darfen se volvió de lado para mirar a la consejera Organa. Ésta pareció considerarlo durante unos instantes y finalmente dio su aprobación. El almirante moncalamari se lo agradeció con una inclinación de cabeza.

- Gracias, consejera. Puede que los oficiales acusados, usted su defensor, y algunos otros se pregunten por qué la Presidente Mon Mothma, que fue indulgente con las comandantes del escuadrón Blanco tras los sucesos acontecidos en KS-31, se muestra ahora menos comprensiva. Algunos podrían pensar que la Presidente utiliza una balanza diferente ahora que ya no somos la Alianza Rebelde, un grupo de insurgentes amotinados contra el orden establecido, sino la Nueva República. ¿Por qué deberíamos condenar ahora a esas mismas personas por el mismo crimen que entonces les perdonamos? Puede parecer una decisión de carácter puramente político, y quizá lo es, pero hay mucho más que política detrás de esto. En KS-31, Krenzel, Schroeder, Gregory y el resto del escuadrón Blanco estaban desobedeciendo una orden, sí, pero al mismo tiempo se mostraban dispuestos a sacrificar sus vidas para salvar las de los colonos. Por eso y sólo por eso puedo aceptar que mirásemos hacia otro lado para no ver su delito, siempre que no hicieran un hábito del mismo. Pero yo no veo heroísmo alguno en disparar dos torpedos de protones contra una nave en fuga que no está devolviendo el fuego. Incluso si las sospechas del capitán Gregory hubieran demostrado ser correctas y esa nave hubiera transportado minas como las otras, aún creería que él y su superior deberían ser llevados ante un consejo de guerra, de forma que desgracias

como la que hoy lamentamos pudieran ser evitadas en un futuro. Si lo hubiésemos hecho después de KS-31, puede que esos refugiados balanos siguieran aún con vida.

- Comprendo su punto de vista señor, pero tengo que mostrarme en desacuerdo - El capitán Bel'aan tragó saliva antes de continuar. - Si hubiéramos hecho eso, muchos otros seres que hoy caminan y respiran estarían muertos casi con total seguridad. Me refiero a la gente a quienes la teniente coronel Schroeder, el capitán Gregory y el resto de su escuadrón han salvado en los dos años y medio que han transcurrido desde su acción en KS-31. No tengo más preguntas para usted, señor.

A pesar de la tensión que su lenguaje corporal no podía evitar revelar, el capitán Bel'aan no había perdido en ningún momento el control de su voz mientras contestaba al almirante Darfen. Esto le ganó el respeto de Lllamarada tanto como su compromiso con su misión como defensor.

Pero estaban perdiendo.

Incluso sin el testimonio de los dos ingenieros y de la doctora Gomar, el discurso probablemente ensayado del almirante Darfen había tenido el mismo efecto sobre sus probabilidades de salir indemnes de ésta que un misil de impacto al alcanzar una nave sin escudos. Lllamarada hizo una mueca al darse cuenta de lo desafortunada que resultaba esa comparación, pero no por eso era menos cierta. No tenía más que mirar la expresión de la consejera Organa.

Mientras el cabo alguacil escoltaba al almirante Darfen hasta el exterior de la sala, Leia reflexionaba acerca de lo que acababa de oírse allí. Descartada como parecía la posibilidad de un fallo técnico que exonerara al capitán Gregory, y por extensión a la teniente coronel Schroeder, el tribunal debía decidir entre las dos posiciones enfrentadas que el almirante Darfen y el capitán Bel'aan acababan de expresar de forma tan vehemente. No había punto intermedio. Técnicamente, no tenía más remedio que mostrarse de acuerdo con el almirante Darfen, pero el capitán Bel'aan tenía también su parte de razón. ¿Merecían los dos pilotos que se les mostrara clemencia en pago por todo lo que habían hecho hasta la fecha por la Alianza y por la Nueva República? Leia se inclinaba a pensar que sí, pero, ¿sería eso justo? ¿Cuál sería el mensaje para otros miembros de las Fuerzas Armadas, pilotos o no, que pudieran llegar a encontrarse en una situación similar a la que Gregory y Schroeder tuvieron enfrente? ¿Algo así como "al infierno con tus órdenes si crees que tienes razón"? Eso sería catastrófico. En el mismo instante en que un soldado o peor aún un oficial comienza a cuestionar sistemáticamente las órdenes de un superior cada vez que no está de acuerdo con ellas, deja de ser digno de confianza y pasa a convertirse en un peligro. Era bueno y digno de ser alabado el que cualquier militar fuera capaz de pensar por sí mismo, pero había un límite incluso para eso. Gregory y Schroeder estaban al tanto del por qué de las órdenes que habían recibido. Sabían que naves transportando refugiados abandonaban Seibergia a diario, pero a pesar de eso Gregory disparó y Schroeder no se lo impidió. Sí, de acuerdo, las circunstancias invitaban a pensar que aquel carguero constituía una amenaza que había que eliminar, pero ésa era precisamente la clase de situación en la que sus órdenes cobraban todo su sentido: no supongan nada, usen sus sensores. A cada momento que pasaba, y no sin un cierto grado de sorpresa por su parte, Leia

descubría que ya sabía cuál debía ser su voto. Había venido hasta aquí cuestionando el criterio de Mon Mothma en este caso, pero el almirante Darfen le había abierto los ojos. Había estado cometiendo el mismo error que perdió a los dos oficiales: creer que sabía más que su superior. Ésa era una dura lección para que la aprendiera alguien que había sido nombrada senadora al cumplir los dieciocho, pero Leia creía que al fin lo había visto claro.

Las puertas se cerraron tras el almirante moncalamari. Leia volvió su mirada hacia el fiscal.

- ¿Quiere llamar usted a otro testigo, capitán Drinin?

- No, consejera. el almirante Darfen era el último en mi lista.

- Muy bien. Declaro esta primera sesión concluida –dijo Leia solemnemente.- La segunda dará comienzo mañana a la misma hora. Los miembros de este tribunal nos retiraremos ahora a deliberar sobre el caso y los testimonios que hemos escuchado hoy. Si la acusación y la defensa no presentan nuevos testigos ni tampoco pruebas adicionales, mañana mismo leeremos nuestro veredicto.

STAR WARS - DAÑOS COLATERALES

Capítulo XXII

Alce y Lllamarada habían sido alojados en el cuartel general del Cuerpo de Cazas Estelares en Ciudad Coral, a cinco minutos escasos del lugar en el que se estaba celebrando el consejo de guerra. Cuatro infantes de marina moncalamari los escoltaron hasta sus respectivas habitaciones, situadas en diferentes plantas del edificio. Cuando Alce estaba a punto de entrar en la suya, la teniente que ostentaba el mando de la escolta le cogió por el brazo haciéndole detenerse.

- Espere un momento, señor.

- ¿Sí, teniente?- La voz de Alce estaba tan desprovista de emoción como la expresión de su rostro. La oficial le observó atentamente con sus enormes ojos durante unos instantes antes de volver a hablar.

- Me han dicho que ustedes dos volaban con uno de los escuadrones de caza que defendieron Mon Calamari hace un año, ¿es eso verdad?

Alce asintió. – Las cenizas de la segunda Estrella de la Muerte ardían aún sobre Endor.

La teniente inspiró profundamente. – Les debemos mucho entonces. Es una pena que tengan ustedes que pasar por esto, precisamente en este planeta.

- Caprichos de la Fuerza – La respuesta de Alce fue mucho más amable esta vez. *Al fin hay alguien que nos muestra algo de simpatía.*

- Puede. Estaré de guardia toda la noche, señor. Si hay algo que pueda hacer para aliviar su situación, aparte de dejarles que se escapen, me sentiría muy honrada si me lo pidiera.

- Muchas gracias, teniente - Alce se quedó mirándola un momento, y entonces se le ocurrió algo. – Bueno, puede que haya algo. No sé si usted...

- Si está en mis manos cuente con ello, señor, sea lo que sea.

- Me preguntaba si podría ir a la habitación de mi compañera, y quizá pasar allí la noche. Resulta que es algo más que mi jefa, ¿sabe usted?

La moncalamari sonrió abiertamente enseñando los dientes. – Tener una sola puerta que vigilar hará nuestro trabajo mucho más sencillo, señor. Síganos.

Un minuto más tarde, Lllamarada levantó la mirada, perpleja, al escuchar abrirse la puerta y encontrarse con Alce allí, de pie ante ella. Aún se sorprendió más al ver que la puerta se cerraba, Alce se quedaba dentro y los infantes de marina permanecían fuera.

- ¿Cómo te las has apañado?

- Tenemos más amigos en este planeta de lo que sospechábamos – explicó con una sonrisa, la primera que aparecía por primera vez en su rostro

desde hacía días -, y uno de ellos es la teniente que nos ha escoltado hasta aquí.

Llamarada le devolvió la sonrisa, sorprendida tanto por la circunstancia en sí como por lo que parecía un cambio de humor en Alce, un cambio al que ella daba su más sincera bienvenida. – No sabes cuánto me alegro de oírte decir eso. Ven y siéntate aquí conmigo. Esta cama la diseñaron para acomodar a un moncalamari muy grandote.

- El suelo sería lo suficientemente cómodo, si se trata de estar contigo.

Llamarada arqueó una ceja divertida. – Vaya, eso sí que ha sonado como el viejo Alce que yo conocía, antes de que todo se fuera a la porra. Casi no te reconozco.

Alce se encogió de hombros. – Tienes razón. He estado actuando como un zombi desde que nos fuimos de Campo Uno, pero la inesperada atención que ha tenido con nosotros esa teniente ha conseguido animarme. Me ha demostrado que no estamos solos, al menos no aquí. Quién sabe, puede que Mon Calamari resulte ser un buen lugar en el que quedarse, si es que no nos quieren en ninguna otra parte – Al decir eso, su mirada se posó sobre el gran ventanal que llenaba casi por completo una de las paredes de la habitación. Una luna comenzaba a alzarse sobre el horizonte, prácticamente en el centro mismo de la ventana. Probablemente habían construido el edificio con esa orientación a propósito, y Alce no podía por menos que alabar la intención y el buen gusto de los arquitectos. La luz reflejada por esa luna competía con la de las estrellas, arrancando un millón de destellos de la cresta de las olas, acompañándolas en su sereno avance hacia la costa. Alce se sintió inmediatamente relajado. Al parecer aquella vista tan espléndida resultaba ser un antidepresivo natural tremendamente efectivo.

- Hey, ¿te has fijado en esa ventana?

- Sí. No se puede abrir, y el cristal está hecho de un transpariacero de gran calidad, apto para ser utilizado en naves espaciales. En el improbable caso de que pudiéramos forzar la ventana y salir por ahí, hay una caída de unos doscientos metros hasta la superficie del agua. Aunque la base no se ve desde aquí, apuesto a que es puro arrecife.

- Espera un momento, no pretendía sugerir que...

- Yo tampoco, tonto – Llamarada soltó una carcajada. - Sí, he mirado a través de la ventana. La vista nocturna de este lugar es preciosa. Mucho más de mi gusto que la que teníamos en Seibergia, cuando la nieve y la niebla dejaban ver algo, quiero decir.

- Parece que tú también has recobrado el buen humor.

- Nunca lo he perdido del todo. Además, tenerte conmigo, cuando ya me había resignado a pasar la noche sola, me permite olvidarme de por qué estamos aquí.

Alce asintió. – Podría haber sido peor.

- ¿Tú crees? En la vida me he sentido tan indefensa como delante de ese tribunal. Y odio sentirme así.

- ¿No te sentiste más indefensa aquella vez en la que te capturaron los imperiales?

- No. Incluso con dos soldados de asalto sujetándome los brazos desde atrás, todavía pude morder a su capitán. Eso me hizo sentir mucho mejor, aunque me llevó tiempo y muchos lavados de dientes quitarme el mal sabor de boca.

Alce soltó una risotada. – Me alegro de que no se te ocurriera morder también al fiscal. No creo que nos hubiese granjeado sus simpatías.

- Al infierno con sus simpatías. Lo que pasa es que no me gusta el pescado crudo.

- Vigila tu boca, cariño. Hasta el último habitante de este planeta podría sentirse ofendido si te hubieran escuchado decir algo así.

- Si tuvieran que pasarse un día entero escuchando al capitán Drinin hablar sobre ellos y retorciendo cada una de las cosas buenas que hubieran hecho en su vida, estoy completamente segura de que se mostrarían comprensivos conmigo.

- Debo admitir que ahí te has anotado un tanto. Ahora en serio, sé a lo que te refieres cuando hablas de sentirte indefensa. Por nuestra profesión estamos más que acostumbrados a que nos disparen, pero también a devolver el fuego - Alce arrugó el gesto cuando su propia frase le recordó algo que el almirante Darfen había dicho. Aquel transporte no estaba devolviendo el fuego.

- Exacto – contestó Lllamarada, a quien el comentario de Alce no le había traído segundos pensamientos. – Esas cinco personas van a decidir nuestro futuro y no hay nada que podamos hacer. ¿Qué vamos a hacer pasado mañana? ¿Y si somos incapaces de encontrar un trabajo decente como civiles? Llevo dándole vueltas a lo mismo durante una semana por lo menos. No puedo dejar de pensar en qué pasaría si terminamos convirtiéndonos en contrabandistas, en piratas o en cualquier otra cosa por el estilo.

- Me quedo con lo de contrabandista. He oído decir que la consejera Solo siente debilidad por ellos. Eso podría ayudarnos.

Lllamarada se rió. – Sí, la verdad es que no me cuesta mucho verte como contrabandista. ¿Y tú? ¿Me ves como princesa?

- Por supuesto que sí.

- Vaya, definitivamente nos estamos poniendo románticos esta noche, ¿eh?

- ¿Y por qué no?

Sí, ¿por qué no? pensó Lllamarada. *Mañana volveremos a la realidad, pero en este instante todo es perfecto. Estamos solos, sin nadie alrededor, y aquí no es probable que suenen alarmas. Y si lo hicieran, serían otros quienes tendrían que hacerse cargo.* - ¿Cuándo fue la última vez?

- Hace décadas, o al menos eso me parece – Al pensar en ello, Alce reparó en el hecho de que había sido justo la noche anterior al incidente. La expresión de Lllamarada, repentinamente seria, le hizo ver que también ella acababa de darse cuenta del detalle. Alce sonrió, aunque en el gesto había un punto de tristeza. – Es hora de que empecemos a ser nosotros mismos otra vez, ¿no te parece?

Lllamarada asintió lentamente, la sonrisa de Alce reflejada en la suya. – Sí. Que sea lo que tenga que ser. No pueden quitárnoslo todo. No lo que verdaderamente importa.

- Para mí lo único que de verdad importa eres tú. Perdóname por no demostrártelo hace tanto tiempo.

Conmovida y aliviada, la sonrisa de Lllamarada fue cambiando hasta hacerse evocativa y sensual. – Te perdonaré si me lo demuestras esta noche.

Alce pensó que jamás una sonrisa le había resultado tan erótica. En el exterior comenzaron a aparecer nubes que, empujadas por la brisa marina,

ocultaban poco a poco la magnífica vista de la que habían disfrutado un instante antes. Ninguno de los dos se dio cuenta.

Ibero entró en el *Refugio Antibombas* con expresión sombría. Víbora se había puesto en contacto con él para contarle que la primera sesión del consejo de guerra había acabado ya, y que las cosas no pintaban nada bien para Llamada y para Alce. Poco después de eso le informaron de que Rúster y Mar Hanniuska venían de camino al *Guarida del Lobo* y acudió al hangar a recibirlos. Las dos mujeres confirmaron y ampliaron la impresión de Víbora. Rúster parecía especialmente deprimida. La lumi se retiró a su camarote de inmediato. En cambio, y para sorpresa de Ibero, Mar Hanniuska decidió cambiarse de ropa y ponerse a trabajar. Sólo durante un par de horas, dijo, aunque que él supiera aún seguía allí. Por la furia con la que se entregó a la tarea de descargar golpes contra el blindaje de un ala-B, supuestamente para enderezar una abolladura, estaba claro que el mecánico jefe estaba verdaderamente furioso tras su intervención como testigo en el consejo de guerra. Para completar la que estaba resultando ser una jornada de lo más irritante, todos sus intentos de enviar un mensaje a Iberya fueron infructuosos. Las comunicaciones entre el Borde Exterior y los sectores del Anillo Medio no estaban pasando esos días por su mejor momento. La ofensiva imperial en Pyria seguramente tenía algo que ver con las tremendas dificultades a las que uno se enfrentaba para conseguir una conexión decente, incluso si no se pretendía que fuera en tiempo real. La imposibilidad de hablar con su esposa o ver a su hija, añadida a todo lo demás, le hacían sentirse muy frustrado y de bastante mal humor. Incapaz de seguir concentrándose en tareas administrativas tales como la planificación de patrullas para los próximos días, la distribución equitativa de permisos en la superficie entre los miembros del escuadrón, o la formulación de solicitudes de todo tipo para que les enviaran los equipos y repuestos que pedían los mecánicos, Ibero había decidido pasar un rato en el bar del escuadrón. Quizá una cerveza - aunque fuera una sintetizada - y un rato de charla con algunos de los compañeros fuera de servicio contribuirían a calmarle un poco.

Lo primero que le llamó la atención fue que el *Refugio Antibombas* no estaba tan oscuro como era habitual. Al mirar, descubrió que la fuente de la iluminación extra era el holoreceptor instalado en un rincón, segunda circunstancia extraña en la que reparó. Ese holoreceptor no se encendía demasiado a menudo, casi nunca en realidad. Los pilotos acostumbraban a ir al *Refugio Antibombas* a tomar algo, a charlar y a echar una partida a algún juego, normalmente sabacc. En la nave había otros lugares en los que ver una película o ver las noticias que, salvo que se encontraran como ahora cerca de una base importante o de un mundo de la Nueva República como ahora, eran ya antiguas cuando las recibían. Además, el ambiente del pequeño bar solía ser demasiado ruidoso como para oír nada, y ésa fue la tercera cosa que le sorprendió. Solo, Raiven, Parody y Granito, los cuatro pilotos que en ese momento se hallaban allí, estaban inusualmente callados, con la mirada fija sobre el cubo visor. Ibero se acercó para comprobar qué podía ser aquello tan interesante. Cuando lo vio la boca se le abrió de par en par.

Un AT-AT disparaba contra las casas de una pequeña aldea. La mayoría ardían ya por los cuatro costados. A su alrededor se veían varios cadáveres.

Ibero no tuvo ningún problema para identificar la orografía de las montañas que rodeaban aquel lugar. Esas imágenes correspondían a la Región Balania.

- Bendita Fuerza - exclamó Ibero. - ¿Cuándo ha sido esto? ¿Han roto los seibergios el alto el fuego?

- No - respondió Solo con calma. - Esto lo grabaron unos reporteros de guerra hace tres o cuatro semanas.

- Cuatro - confirmó Raiven.

- Maldita sea - Ibero se sentó al lado de Parody. - Hace cuatro semanas todavía estábamos intentando saber a ciencia cierta qué estaba pasando en la Región Balania. Imagino que no les sería fácil a esos reporteros sacar este material de Seibergia.

Solo y Raiven intercambiaron una mirada. - No, no les fue fácil en absoluto - dijo Solo.

Ibero los miró con suspicacia. - Qué pasa, ¿sabíais algo de esto?

Solo asintió. - Afirmativo. El comandante de la guerrilla que nos ayudó a llegar a Campo Dos, un tal Ciric Baranka, nos dio unos cuantos discos de datos. Nos dijo que contenían el trabajo de tres reporteros que habían acompañado a su grupo durante varios días. Murieron todos mientras intentaban escapar del avance de los seibergios.

- Mira - interrumpió Raiven señalando hacia el cubo visor. Un hombre con barba que vestía un uniforme de camuflaje sin marcas hablaba mirando directamente hacia ellos. - Ése es Ciric Baranka.

- ... ahora lo habéis visto con vuestros propios ojos. Esto es lo que le están haciendo los seibergios a nuestro pueblo. Por esto se nos ocurrió la idea de pedir que nos dejaran unirnos a la Nueva República, para que nos protegieran de ese lunático de Somolovich y su ejército de asesinos y violadores.

- ¿No cree usted que fue precisamente esa petición lo que provocó la escalada de violencia que condujo a la actual situación? - preguntó el devaroniano que estaba entrevistando a Baranka, su rostro afilado apareciendo brevemente por uno de los laterales de la imagen.

- Sólo desde un punto de vista muy limitado, por no decir miope. No era más que una cuestión de tiempo el que los seibergios intentaran eliminarnos. El descontento a causa de su política xenófoba se estaba haciendo más y más grande entre nuestra gente. Nos estaban matando lentamente, estrangulando nuestras pocas posibilidades de tener una economía propia. Desde que el Imperio abandonó este sector los seibergios han estado impidiendo sistemáticamente que podamos seguir comerciando con el exterior. Nos obligaban a venderles a ellos nuestras cosechas y nuestros productos de artesanía, a unos precios tan ridículos que ni siquiera bastaban para cubrir nuestros gastos, y mucho menos para asegurar nuestra subsistencia. Tienen ustedes que entender que muchos de mis compatriotas estaban empezando a pasar hambre, y la peor parte, como es lógico, se la estaban llevando los niños. La mortalidad infantil, ya alta de por sí en una región en la que los hospitales brillan por su ausencia, se había multiplicado por dos. No nos quedaba otra opción que no fuera la de rebelarnos contra la situación, pero Somolovich nos hubiera aplastado con la misma violencia salvaje que acaban ustedes de presenciar. Antes de encontrarnos en un punto sin retorno decidimos buscar otra salida. Creímos que la Nueva República podría ofrecernos una, pero nos

equivocamos. Ojalá hubieran podido hacer algo más que someter el planeta a bloqueo...

- Este tío sabe hablar - comentó Granito. - Aquí escuchándole, empiezo a lamentar no haber machacado algunas cabezas más de seibergios cuando tuvimos la ocasión.

- Ayer - continuó Solo con su explicación -, cuando Raiven y yo bajamos a Mon Calamari, le dimos todos los discos a los periodistas locales. Como ves se han dado prisa con ello.

- Los moncalamari están enviando copias de todo el material a todos y cada uno de los servicios de noticias disponibles en esta mitad de la galaxia - añadió Raiven.

- Van a tener problemas para alcanzar muchos sistemas desde aquí - intervino Parody. - Las comunicaciones están hechas un desastre.

- Lo sé - respondió Ibero. - Llevo todo el día intentando enviar un mensaje a casa, pero no hay manera de establecer conexión con Iberyia.

- Les basta con poder contactar con una sola agencia de noticias - opinó Solo. - A partir de ahí se seguirá extendiendo. Mañana o pasado mañana, la gente estará viendo esto en todos los mundos libres.

Parody asintió. - Es verdad, tienes razón.

- Esto va a afectar las negociaciones en Seibergia - dijo Ibero. - No me extrañaría que la Nueva República empezara a exigir la dimisión de Somolovich y de su gabinete antes de seguir hablando, e incluso que Corellia se sumara a la demanda.

- Uno de los reporteros muertos era de Chandrila - dijo Solo. - Apuesto a que Mon Mothma va a encontrarse con un montón de presión interna para que se involucre personalmente en esto.

Ibero consideró aquello. - Puede ser. De todas formas, lo que he oído es que la voz de la Nueva República en la zona va a seguir siendo la de la consejera Organa. Viajará de vuelta a Seibergia tan pronto como termine aquí.

Parody volvió la cabeza para mirar directamente a Ibero. - ¿Tienes noticias del consejo de guerra?

- Víbora llamó hace un rato. Dice que después de lo que ha visto hoy no es demasiado optimista. Hanniuska y Rúster acaban de regresar. Rúster venía tan mal que se fue directamente a su camarote, y Hanniuska se quedó en el hangar buscando cosas que romper para desahogarse. Me ha dicho que el fiscal se las comió vivas a las dos.

- Si me llamaran a mí a declarar...- empezó a decir Granito.

- ... Llamada y Alce estarían definitivamente condenados - le cortó Raiven acabando la frase por él, al tiempo que mostraba una sonrisa torcida e irónica. - Ya les va lo bastante mal sin necesidad de que tú les ayudes.

Granito cogió un puñado de los frutos secos que estaban tomando de aperitivo y se los lanzó a Raiven.

Solo movió la cabeza de un lado a otro. - No sabes lo que acabas de empezar, compañero - dijo mirando a Raiven.

- Por cierto, ¿le has dicho a Rúster lo del doctor?- preguntó Parody ignorando el lanzamiento de proyectiles salados entre Granito y Raiven.

Ibero hizo un gesto de perplejidad. - ¿Qué pasa con el doctor?

- Anda, creí que lo sabías. Ben Al Saruff ha vuelto esta mañana.

- ¡Nadie me lo ha dicho! Ha tenido que ser mientras estaba fuera, pasándole un test de vuelo a mi ala-X. ¿Qué tal aspecto tenía?

- Yo no lo he visto, ha sido Groznik quien me lo ha contado. Dice que el doctor aún está convaleciente, que habla con cierta dificultad y que se apoya en una muleta para caminar, pero que aparte de eso no se le veía mal.

- No, muy mal no tiene que estar - dijo Granito a la vez que metía las dos manos en el bol de los frutos secos -, porque ha vuelto al trabajo. He recibido una citación suya para hacerme el reconocimiento periódico, que por lo visto me tocaba hace dos semanas.

- Hey, alguien debería decírselo a Rúster - propuso Raiven mientras hacía todo lo que podía por esquivar los misiles de Granito y montar un contraataque con los que estaba recogiendo del suelo.

- Tengo una idea - dijo Ibero enseñando los dientes en una sonrisa, sus preocupaciones personales olvidadas temporalmente. - Solo, por favor, quita el volumen un momento. ¡Granito, Raiven, vale ya, por favor! He dicho por-favor...

Una vez que se hizo el silencio, Ibero activó su comunicador, tecleó un código y esperó. - ¿Rúster? Soy Ibero. Hasta hoy no habías bajado nunca a Mon Calamari, ¿verdad? Perdóname por haberme olvidado. Antes de bajar tenías que haberte vacunado contra unos cuantos virus locales, inofensivos para los moncalamari y los quarren, pero bastante molestos para los humanoides. Sí, el Tijeras te está esperando.

Rúster se encaminó hacia el área médica sin poder quitarse el juicio de la cabeza. Quizá tendría que haber dicho que no desde el primer momento, cuando Bel'aan le propuso presentarse como testigo. Ella le avisó, pero el abogado opinaba que su genéticamente probada sinceridad sería una ventaja, ya que los miembros del tribunal no dudarían ni por un instante de su testimonio. - ¿Pero qué pasará si el fiscal me pregunta algo que hubiera sido mejor que callara? - le había preguntado. - Lo que creo, no lo que siento - En esos momentos pensaba en la ya famosa reunión, y en las cosas que les había dicho a Alce y a Lllamarada. Se lo contó todo a Bel'aan, pero el bothan había insistido. Dijo que ella era la mejor oportunidad que tenía para conseguir que no condenaran a sus amigos. *Si yo era su mejor oportunidad*, reflexionó Rúster con amargura, *podrían haberse ahorrado el consejo de guerra y declararles culpables directamente*. No podía evitar pensar como lo hacía, pero odiaba con toda su alma que algo que ella había dicho se usara contra sus amigos. Lo último que había querido cuando entró en la sala de reuniones aquel día era buscarles problemas con la justicia militar, y eso que por aquel entonces aún no había visto con sus propios ojos de qué material estaban hechos Lllamarada y Alce. Maldita sea, estaba orgullosa de ellos y de poder considerarse amiga suya. Ojalá pudiera volver atrás al día del incidente. Si no podía evitar el incidente mismo, al menos evitaría empeorar las cosas como lo hizo. Por muy furiosa que se sintiera en aquel momento, más le hubiera valido llenarse la boca de lubricante de motor antes que abrirla para decir todo lo que dijo y en presencia de tantos testigos. Rúster no podía evitar preguntarse por quién se habría enterado el fiscal de lo de aquella reunión. Estaba segura de que ninguno de sus compañeros le había contado nada al comité de investigación, pero los pilotos acostumbraban a hablar con sus mecánicos, éstos con otros miembros de la tripulación, y así sucesivamente. Rúster llegó a la conclusión de que cualquiera podría haberlo hecho, aunque no dejaba de sorprenderle la

exactitud con la que sus palabras le habían llegado al fiscal. Quizá había consultado varias fuentes hasta eliminar posibles contradicciones. Quizá había alguien fuera de la sala escuchándolo todo, o incluso grabándolo. Qué más daba. Daba igual quién y cómo.

Rúster entró en la sección médica buscando al androide con la mirada. Bastante mal recuerdo tenía de su primera visita a Mon Calamari como para hacerla aún peor contrayendo un virus. Molesto, había dicho Ibero. *Puede que se me llenara la lengua de ampollas y de llagas. Me lo tendría merecido.*

- ¿Busca usted a alguien, capitán?

- ¡Doctor Al Saruff!- Rúster casi se desmayó allí mismo por la impresión que le causó ver al ithoriano. - ¿Desde cuándo...?

- Desde esta mañana, según el horario de la nave - explicó Ben Al Saruff. Su voz sonaba más rasposa de lo normal, pero indudablemente mucho mejor que la última vez que Rúster la había escuchado, mientras le operaba en vivo dentro de una tienda de campaña. - Para mí era todavía la noche, pero me he echado una pequeña siesta para compensar la diferencia.

- Pero, ¿cómo está?

- Bastante bien gracias a usted, capitán. El bacto de los corelianos y los cuidados del equipo médico de la *Redención* me han puesto de nuevo en condiciones de trabajar, pero fue usted quien me salvó la vida. Siempre estaré en deuda con usted.

Rúster notó como sus labios se curvaban hasta formar una gran sonrisa, y no le hacía falta un espejo para saber que sus extensiones neurales se habían puesto de un rojo brillante. De repente se sentía feliz, más feliz de lo que había sido en mucho tiempo. No por el gran elogio que acababa de hacerle el doctor, sino por verlo vivo después de tantos días preguntándose por él. Bueno, quizá el hecho de que ella realmente había tenido algo que ver con su recuperación influía en su alegría. Y si era sincera consigo misma - cómo no serlo -, también le había hecho efecto el halago. Un poco.

- Hice lo que pude, y también el sargento Daboro de los comando Lince, que me ayudó muchísimo. Pero lo cierto es que fue usted quien se salvó a sí mismo.

Al Saruff negó lentamente con su masiva cabeza. - No sea usted tan modesta, capitán. Tiene usted las manos de un cirujano y el valor de un piloto de caza. Si alguna vez se plantea lo de convertirse en médico a tiempo completo, venga a hablar conmigo, por favor.

- Muchísimas gracias, doctor. Yo... Éste ha sido un día muy, muy duro, pero encontrarle a usted aquí lo ha cambiado todo. Estaba tan preocupada...

- Lo sé. Me han dicho que ha preguntado por mí a diario. Quería haberla llamado desde la *Redención*, pero el *Guarida del Lobo* estaba fuera de alcance la mayor parte del tiempo, viajando a través del hiperespacio. Cuando me enteré de que estaban estacionados en Mon Calamari pedí que me trajeran de vuelta. Con la excepción de mi planeta natal, no conozco ningún lugar mejor para terminar de recuperarme. Después de todo, aquí estaba mi médico personal.

El ithoriano guiñó uno de sus ojos a Rúster en un modo que ella encontró sorprendentemente humanoide. La sonrisa de la lumi se hizo más amplia aún. - ¿Le importa si le doy un abrazo? Ya sabe, es una costumbre humanoide.

- La cual encuentro muy interesante, e incluso estimulante - respondió Al Saruff a la vez que asentía pesadamente con su enorme cabeza. - Casi me atrevería a afirmar que tiene efectos beneficiosos para la salud, aunque la medición empírica de éstos resulta un tanto problemática... - Al Saruff se detuvo en mitad de la explicación cuando la lumi se arrojó contra su pecho. Las costillas que ella misma había colocado en su sitio se quejaron levemente por el abuso, pero él no dijo nada. En cambio trató de devolver el abrazo lo mejor que pudo. - Sí, le sienta a uno bien el volver a casa.

Rúster estuvo a punto de preguntar por las vacunas por las que había venido, pero entonces cayó en la cuenta. El *Guarida del Lobo* era una nave moncalamari, como también lo fue el *Libertad*. Había numerosos moncalamari y quarren entre la tripulación. Si realmente existía algún virus nativo de Mon Calamari que pudiera ser potencialmente peligroso para los humanoides, no cabía duda de que le habrían vacunado hacía ya mucho tiempo. Rúster sonrió. El doctor Al Saruff estaba en lo cierto. Para él como para ella, y también para muchos otros, esa nave era el único hogar posible. Al Saruff no podía regresar a Ithor después de haber prestado sus servicios a la Nueva República, uno de los bandos en una guerra en la que se estaban empleando armas. Eso hacía de él un exiliado. El precio que el bondadoso doctor tendría que pagar por ser fiel a sus ideales era muy alto: jamás sería admitido de nuevo entre su pacífico pueblo, a pesar de que jamás le hubiera hecho daño a nadie, sino todo lo contrario. Ella no podía volver tampoco a Luna Lumi porque aún estaba ocupada por el Imperio. Rúster se dio cuenta de que no eran otra cosa que refugiados, y que el *Guarida del Lobo* era su campamento de acogida. Pero incluso un campo de refugiados puede llegar a ser tu hogar, te guste o no, cuando no tienes ningún otro sitio a donde ir y cuando amas a la gente con la que estás. Eso lo había aprendido muy bien en Campo Uno.

No había un solo día en el que no pensara en Sdermila, en Deveralia, y en el resto de amigos que habían dejado atrás. Ojalá todos ellos pudieran volver pronto a sus verdaderos hogares. Ojalá pudieran volver también Lllamarada y Alce. Rúster se preocupaba por todos ellos, pero ahora, y solo por un instante, se olvidó de todo y de todos y se abandonó al bienestar que le causaba el estar allí con el doctor Al Saruff.

- Esto está yendo mucho más deprisa de lo que esperaba - le dijo Talina Gen'yaa a su congénere, el abogado Bel'aan. Ambos se encontraban de pie a unos cuantos pasos del resto de la gente que ocupaba sus asientos en la corte. Invierno, la asistente de la consejera Organa, estaba ya allí, sentada en silencio junto al comandante Stauber, jefe en funciones del escuadrón Cabeza de Lobo. Gen'yaa lo vio girarse para saludar con la mano a Gregory y a Schroeder, quienes entraban ahora en la sala escoltados por dos infantes de marina moncalamari. Schroeder vio el saludo de su compañero y le dirigió una amplia sonrisa. Gregory levantó un pulgar, el mismo gesto que antes de despegar le solían hacer los pilotos a sus mecánicos para indicarles que todo iba bien. La bothan los observó con curiosidad mientras acababa de hacer su comentario. - Pero usted no parece muy sorprendido.

- Es que no lo estoy - respondió Bel'aan, que también había visto entrar a los acusados. - Recuerdo haberle dicho que nuestras posibilidades eran más bien escasas, y recuerdo también que usted estaba de acuerdo conmigo.

- Un veredicto de culpabilidad serviría bien a los intereses de la Nueva República, eso es lo que dije. Pero creí que les llevaría algo más de tiempo llegar hasta ese punto - Gen'yaa desvió la vista de Gregory y Schroeder y volvió a fijarla en el otro bothan. - No se tome esto como una crítica a su trabajo. Creo que lo está haciendo muy bien, teniendo en cuenta las circunstancias.

- Gracias. Confío en que se lo mencionará así al consejero Fey'lya.

- Lo haré en cuanto surja la ocasión. Soy consciente de que ha asumido usted un riesgo personal al aceptar este caso, y me aseguraré de que ese riesgo se transforme en una oportunidad. Como mínimo ha conseguido mantenerme fuera del proceso, y eso es algo que le debo. No he recibido citación de la acusación, así que parece que no tendré que testificar después de todo.

Bel'aan se encogió levemente de hombros. - Drinin piensa que tiene ganado ya el juicio, y debo admitir que así es. El discurso del almirante Darfen fue definitivo. No creo que Drinin se moleste en llamar a nadie más hoy.

- ¿Y usted? ¿Guarda algún otro testigo en la manga?

- Sólo uno que no pudo llegar a tiempo ayer. Dudo mucho que su testimonio cambie nada, pero ya que se ha tomado la molestia de venir hasta aquí le llamaré a testificar.

- ¿De quién se trata?

- Del capitán de navío Orris, su predecesor.

- Ah, Orris. Me han hablado mucho de él, pero no he tenido oportunidad de conocerlo en persona.

- ¿En serio? Creí que se habrían visto ustedes para la transferencia de mando.

- No hubo tal transferencia. El escuadrón Blanco se disolvió cuando estaban aún a bordo de la *Joan d'Arc*. El escuadrón *Cabeza de Lobo* se constituyó oficialmente a la llegada del personal y de las naves al *Cueva del Lobo*, donde les esperaba yo. Orris partió de inmediato con la *Joan d'Arc* rumbo a Kothlis para que pusieran la fragata en dique seco y le hicieran una buena reparación, así que no llegamos a vernos, ni siquiera vía holograma.

- Entiendo - Gen'yaa arqueó una ceja. Bel'aan se dio cuenta de que no le estaba mirando a él y se volvió para echar un vistazo por encima del hombro. Gregory y Schroeder se habían sentado ya, y charlaban en voz baja sin dejar de sonreírse el uno al otro. - Uno pensaría que debería vérselos un poco más preocupados, ¿verdad? Después de todo hoy es el día en el que van a escuchar el veredicto de un consejo de guerra contra ellos.

- Los humanos son una fuente permanente de sorpresas para mí - respondió Gen'yaa. - Hace ya tiempo que he dejado de intentar comprenderles.

- ¿Sí? Entonces yo no lo intentaré siquiera. Bueno, será mejor que vaya a darles algunas instrucciones, por si se da el improbable caso de que el fiscal o alguno de los miembros del tribunal quiera pedirles que declaren de nuevo. Organa y los demás no tardarán en llegar.

- Haga lo que tenga que hacer, capitán - Gen'yaa caminó hasta su asiento sin dejar de observar discretamente a los dos pilotos con el rabillo del ojo. Gregory se levantó para dejar pasar a Bel'aan. Antes de que éste se sentara entre ellos, Gregory le lanzó una última mirada a su compañera y ella le respondió con una breve pero cálida sonrisa. *Así que se trata de eso*, pensó Gen'yaa. Sabía que había algún tipo de relación personal entre los dos, pero

hasta ese momento nunca le había concedido un segundo pensamiento a ese hecho. Ahora se acababa de dar cuenta de que Gregory y Schroeder realmente se querían el uno al otro, y eso era lo que les permitía sonreír ante la adversidad cierta a la que se enfrentaban. El amor era importante para los humanos, eso lo sabía. Se preocupaban mucho más por los sentimientos que a los bothan, que en general tendían a considerar el romanticismo como una debilidad carente de beneficio. Gen'yaa se preguntó por primera vez en su vida quienes eran más sabios, si los humanos o los bothan. Quizá fuera porque al contemplar a Gregory y a Schroeder había sentido un leve pinchazo de envidia, un deseo de que alguien a quien ella apreciara la mirase de esa misma forma... Gen'yaa suprimió de golpe esos pensamientos, repentinamente enfadada consigo misma por concebirlos siquiera. *Hay veces en las que simplemente no puedo aguantar mis genes humanos.*

La consejera Organa, el almirante Ackbar y los demás entraron y ocuparon sus lugares. Gen'yaa se fijó en cómo los dos pilotos se erguían mientras la preocupación volvía a sus expresiones faciales. La verdad era que tenían razones de sobra para preocuparse.

Todo apuntaba a que el consejo de guerra habría concluido en menos de una hora.

La zona de estacionamiento de cazas del *Guarida del Lobo* se encontraba inusualmente silenciosa ese día. El único sonido que llegaba hasta los oídos de Mar Hanniuska procedía de la unidad de soldadura que estaba manejando Phasx. El verpine trabajaba solo, fijando el estabilizador ventral de un ala-B medio desmantelado. La mayor parte del equipo de mecánicos y técnicos iba a disfrutar de un más que merecido permiso de tres días en Mon Calamari, donde la teniente Boradelis les esperaba para convertirse en su guía nativa. Hanniuska le echó una mirada a su cronómetro. Los demás tenían que estar ya ahí abajo, en la cubierta de vuelo, a punto de subir a la lanzadera que les llevaría a la superficie del planeta. Al levantar la mirada volvió a contemplar el maltrecho cazabombardero en el que estaba trabajando Phasx. Era el que acostumbraba a pilotar Torpedo, antes de su última salida. Phasx y ella habían desmontado ya todo lo que quedaba del equipo extra de sensores y comunicaciones que le habían permitido operar como centro táctico, así como los bancos de memoria del ordenador de vuelo. Mar se había propuesto reequiparlo hoy con componentes estándar, una vez que Phasx acabara de reparar los daños estructurales. Habían dejado esta nave para el final porque no había nadie que la estuviese esperando. Después de todo, había otros cuatro ala-B disponibles y sólo tres pilotos, Groznic, Parody y Granito, para volar en ellos. No había por tanto prisa alguna por terminar este trabajo, y de hecho tanto a Hanniuska como a Phasx les habían concedido el mismo permiso que al resto de mecánicos, pero ella no estaba de humor para vacaciones y Phasx no iría a ninguna parte si ella y Meggo no le acompañaban.

Meggo. El tozudo verpine había abandonado la unidad médica hacía cuatro días por su propia decisión, y en contra del consejo del androide médico que le atendía. El Tijeras quería que Meggo permaneciese ingresado hasta que el par de piernas biónicas que había pedido para él llegaran desde Korpil. Tan pronto como las prótesis estuvieran en el *Guarida del Lobo* el androide operaría a Meggo para hacer los implantes, pero el verpine se había negado a

permanecer en cama ni un solo día más. Solicitó un alta médica temporal bajo su responsabilidad, no dejando al Tijeras otro remedio que firmarla. Phasx le había construido una silla repulsora a su amigo utilizando componentes de ala-B descartados, con el fin de que pudiera ir de un lado a otro sin ayuda. En cuanto empezó a apañárselas con el improvisado aparato, Meggo le insistió a Mar para que le permitiera volver al trabajo. Ella le prohibió que intentara siquiera subirse a lo alto de un caza, pero cuando él le propuso dedicarse a analizar los componentes que habían retirado del ala-B de Torpedo, a ver si podía recuperar alguna pieza útil, ella cedió y le dio su permiso a regañadientes. Mar se preguntaba cómo podía Meggo aguantar el dolor. El Tijeras le había colocado unas protecciones sobre cada muñón, especialmente diseñadas para mantener vivos los terminales de su sistema nervioso - un requisito vital para que el implante de las prótesis biónicas fuera un éxito -. Lo malo era que dolían. Mientras aún se encontraba en la unidad médica, el androide médico podía evitarle la mayor parte del dolor, pero Meggo decía que no se había levantado de la cama para continuar sedado e incapaz de hacer nada provechoso, así que estaba aguantando como podía con meros analgésicos.

Mar resopló. En el fondo entendía perfectamente el que Meggo tuviera tantas ganas de volver a trabajar. Al menos así estaría entretenido, y se le haría más corta la espera hasta que llegaran sus nuevas piernas y finalizara por tanto su suplicio físico. Ella misma había estado haciendo todo lo posible por mantenerse tan ocupada que no le quedara tiempo de pensar prácticamente en nada que no fuera en la labor que tenía delante. Echaba mucho de menos a Dets, a Kllips y a los demás miembros de su equipo que ya no estaban, y también a los cuatro pilotos que ya no volverían nunca a quejarse de que les había dejado el asiento manchado de grasa, siempre de broma. El sentimiento de pérdida estaba fresco aún, y cada vez que su mirada se posaba sobre el mutilado Meggo, por ejemplo, todo se le venía otra vez a la cabeza.

Por si eso no fuera bastante, estaba también lo del juicio contra Alce y Lllamarada. Ayer se había sentido frustrada y airada, pero lo peor de todo había sido tener que admitir que ese fiscal quarren tenía razón. A pesar de la infinidad de horas que había dedicado a la tarea, no había encontrado absolutamente nada que pudiera servirles de ayuda a sus amigos. Sin pruebas que apoyaran su teoría, lo más sencillo era pensar que Alce se limitaba a mentir para salvar el cuello. Ella no creía eso ni por un segundo, pero lo que ella creyera o dejara de creer no cambiaba la realidad de las cosas.

La voz de Meggo a su espalda la sobresaltó. El repulsor gravitatorio que sostenía su silla en el aire apenas hacía ruido, así que no le había oído acercarse. Se volvió para mirarlo de frente, esforzándose para no arrugar el gesto por la consternación. Aunque el bacta había curado sus heridas, pasaría tiempo aún antes de que los injertos de piel que le habían hecho cubrieran del todo las cicatrices y se igualaran en tonalidad con el resto de su epidermis. El color suavemente rosado de los músculos y tejidos de Meggo contrastaba con el verde oscuro de su piel original en amplias zonas de su torturado cuerpo.

- ¿Qué pasa, Meggo?- preguntó tan casualmente como pudo, rogando como siempre para que su camarada y amigo no se diera cuenta del efecto que aún le causaba su aspecto. Para su sorpresa, el verpine comenzó a hablar inusualmente aprisa en su lengua nativa, tanto que tuvo que esforzarse para entenderle a pesar de que hacía años que comprendía perfectamente su

idioma. Phasx apagó su unidad de soldadura y se acercó para escuchar la excitada explicación de su congénere. Cuando terminó, Mar miró a Meggo con incredulidad.

- ¿Estás seguro de lo que dices? - Pero por supuesto que Meggo estaba seguro. Los verpines nunca hablaban por el simple gusto de hacerlo, como les pasaba a muchos humanos. Aquello lo tenía que ver Mar con sus propios ojos.

- Phasx, baja corriendo a la cubierta de vuelo y dile al piloto de la lanzadera que no despegue todavía - Mientras Phasx obedecía su orden al pie de la letra y salía disparado hacia el turboascensor que le conduciría al hangar principal, la propia Mar tuvo que correr también para mantenerse a la altura de la silla repulsora de Meggo. Lo siguió casi sin resuello hasta el almacén en el que había estado trabajando desde que obtuvo el alta, abarrotado de componentes descartados, herramientas e instrumentos de todo tipo, y un terminal de ordenador al que le había quitado la cubierta, dejando expuesto su interior. Meggo le dio una instrucción al ordenador y un holograma cobró vida sobre el cono de proyección. El área de visualización aparecía dividida en varias secciones, mostrando series de coordenadas, escalas de tiempo, flujos de datos - aceleraciones, velocidades instantánea, rumbos absolutos y relativos y lecturas de sensores y de escudos entre otros factores - pintados en vivos colores, todo ello rodeando a la imagen de dos naves a las que Mar reconoció de inmediato, vistas desde dos ángulos diferentes. La mecánico jefe tardó varios segundos en empezar a entender lo que estaba viendo, pero cuando lo hizo comprendió y compartió de inmediato la excitación de Meggo.

- ¿Tienes...?- Mar interrumpió la pregunta que apenas había comenzado a formular cuando vio que Meggo sostenía una tarjeta de datos frente a su cara. - ¡Muy bien, vámonos!

Menos de dos minutos después, y acompañados por Phasx, que casi les atropella en su camino de vuelta desde el hangar, todos subieron a bordo de la ya atestada lanzadera moncalamari.

- ¡Hey, la jefa se viene con nosotros! - exclamó uno de los mecánicos humanos más jóvenes.

- No te hagas ilusiones, Norky - le respondió uno de sus compañeros. - Se trae con ella a su escolta de verpines.

Ignorando las risas y las miradas de perplejidad, muchas de las cuales iban dirigidas hacia el maltrecho Meggo y su silla repulsora, Mar se metió directamente en la cabina e interpeló al moncalamari que pilotaba la lanzadera.

- ¿A qué estas esperando? ¡Despega!

En el estrado se sentaba el capitán de navío Rahne Orris, antiguo capitán de la *Joan d'Arc*, la que fuera nave nodriza del escuadrón Blanco. Ahora era instructor en la recientemente creada Academia Espacial de la Nueva República. Llamada había oído que se había casado con una doctora o algo así, poco después de dejar la *Joan d'Arc* para incorporarse a su actual destino. Quién lo hubiera dicho. Orris *La Piedra* casado. El caso era que el matrimonio parecía sentarle bastante bien. Llamada había notado que su antiguo jefe había cogido algunos kilos, pero aparte de eso estaba exactamente igual que como lo recordaba. Respondiendo a las preguntas del capitán Bel'aan, Orris fue relatando y desgranando detalles sobre algunas de las misiones más significativas que el escuadrón Blanco había llevado a cabo

bajo su mando. Desde la destrucción de una de las últimas armas dejadas como legado por el Emperador Palpatine, un endiablado ingenio conocido como la Voz del Emperador, al seguimiento de la flota del renegado y enloquecido almirante Garil y el rescate de su tripulación mucho más allá de las líneas enemigas, pasando por la destrucción del destructor estelar *Lobo Gris* y por supuesto la defensa de Mon Calamari inmediatamente después de lo de Endor. Escuchándole, Lllamarada sintió como la invadía un sentimiento de orgullo por todas las cosas que habían hecho juntos. Podrían acabar con su carrera y con la de Alce por razones políticas, para convencer a los banianos y a otros pueblos de que la Nueva República se preocupaba por ellos y no era insensible a sus demandas, o para sentar precedente y enseñar al resto de miembros de las Fuerzas Armadas que cierto tipo de cosas ya no eran aceptables como lo fueron en tiempos de la Rebelión. A Lllamarada le daba igual. Lo que no podrían quitarles nunca era su impresionante historial, y la firme convicción de haber actuado siempre con honradez y con valor. Habían marcado una diferencia, eso era lo que Orris decía, y ella le dio las gracias en silencio por decirlo allí en voz alta.

Lllamarada había respetado siempre a Orris mientras fue su oficial superior, pero lo cierto era que no había llegado nunca a apreciarlo como persona. Ahora que lo veía bajo otra luz, se preguntaba por qué. *Es curioso lo difícil que nos resulta estimar a aquellos que están al mando mientras aún están ahí. Debe ser porque en el fondo a nadie nos gusta cumplir órdenes o recibir broncas, a pesar de que no dudemos en impartir las unas y en repartir las otras cuando los jefes somos nosotros. Me pregunto que pensaré de Gen'yaa cuando hayan pasado unos años, o cómo me recordarán a mí los chicos cuando ya no esté con ellos.* Lllamarada volvió la cabeza para mirar a Víbora, que escuchaba con atención las explicaciones de Orris. *Víbora lo hará muy bien, estoy segura. He sido injusta con él, aunque no fuera ésa mi intención. El escuadrón seguirá haciendo grandes cosas sin Alce y sin mí, en realidad no somos tan imprescindibles. Tendremos que empezar en alguna otra parte, prácticamente desde cero, eso sí, pero tampoco es tan terrible. De un modo u otro saldremos adelante. Pero pase lo que pase no nos olvidaremos de quiénes somos ni de dónde venimos. Contrabandistas, quizá, aunque no en la Nueva República. Quién sabe, puede que transportar cargamentos prohibidos a través de espacio imperial sea divertido. Piratas o mercenarios no, eso nunca.*

Ensimismada con sus reflexiones, Lllamarada no se había dado cuenta de que el capitán Bel'aan había dado por finalizado su interrogatorio y que el capitán Drinin ocupaba ahora su lugar junto al estrado. El quarren parecía bastante confiado a pesar de todo lo que Orris acababa de contar. Héroe o no, ambos eran culpables, eso era lo que llevaba diciendo desde el principio, y su discurso no había cambiado en lo más mínimo.

- Poco después de su llegada a la Academia Espacionaval de la Nueva República - decía Drinin -, y refiriéndose al recién extinguido escuadrón Blanco, comentó usted lo siguiente a uno de sus colegas instructores, el capitán de navío Bahande: "Alejarme de esa banda de sinvergüenzas es lo mejor que me ha pasado en la vida". ¿Es cierto que lo dijo, señor?

- Es probable que sí, pero...

- También dijo usted que la mayoría de ellos no obedecerían una orden aunque sus vidas dependieran de ello. ¿También es cierto que lo dijo, señor?

- Era un comentario humorístico. Lo está sacando de contexto.
- Según el capitán Bahande usted no se reía cuando le hizo esas confidencias, pero aceptaré su palabra y creeré que simplemente estaba bromeando, señor. No tengo más preguntas para usted, señor. Muchas gracias por su colaboración.

Orris se puso en pie con expresión ofendida y miró hacia el tribunal. La consejera Organa negó con la cabeza, como si quisiera hacerle entender que sus comentarios al capitán Bahande - y que a saber cómo habían llegado hasta el fiscal - no serían tenidos en cuenta. De hecho, nada de lo que había dicho Orris cambiaría la decisión del tribunal, pues ya estaba más que tomada antes de que él declarara. Llamarada lo vio en la mirada de la consejera al cruzarse con la suya durante un instante. *Personalmente no me gusta*, sus ojos parecían decirle, *pero vais a ser declarados culpables y castigados en consecuencia*.

Orris se marchó. Llamarada se dio cuenta de que la consejera Organa se disponía a decir algo a la sala, quizá a leer el veredicto y la sentencia sin más preámbulos. Alargó la mano por detrás de la espalda de Bel'aan buscando coger la de Alce y se preparó para lo peor. De pronto se escucharon gritos por detrás suya. Todo el mundo se giró para mirar hacia las puertas y averiguar cuál era el origen del escándalo, que probablemente estaba teniendo lugar justo al otro lado. Por lo que Llamarada pudo entender, los guardias que controlaban el acceso a la sala intentaban impedir que alguien entrara en ella por la fuerza. La consejera Organa envió al cabo alguacil para que se enterara de lo que estaba pasando, pues así era imposible continuar con la vista. Cuando el cabo abrió las puertas para salir Llamarada llegó a vislumbrar a Mar Hanniuska vestida con un mono de trabajo y a un verpine. Abrió la boca sorprendida. ¿Qué estaba haciendo allí Hanniuska? ¿No había testificado ya y dicho todo lo que sabía o conjeturaba? Antes de que el cabo consiguiera volver a cerrar las puertas a su espalda, la voz de la mecánico jefe se dejó oír en toda la sala.

- ¡Por favor, consejera Organa, tienen que dejarnos entrar! ¡Tenemos nuevas pruebas!

Leia Organa frunció el ceño, pero no obstante asintió en dirección al cabo alguacil, que la miraba indeciso. Los dos guardias de la entrada se apartaron de mala gana para dejar pasar a la mujer humana y a los dos verpines que venían con ella. Uno de los insectoides utilizaba una silla flotante para moverse. Llamarada reparó en que no tenía piernas.

- Explíquese, teniente - dijo Leia Organa -, y más vale que tenga una buena razón para haber asaltado la corte de esta manera.

- Mis más sinceras disculpas, consejera - dijo una todavía sofocada Mar Hanniuska, inclinando la cabeza en señal de respeto hacia Organa y el resto de miembros del tribunal. - Estos son dos de los mecánicos que trabajan conmigo, los técnicos Phasx y Meggo. Como puede usted ver, Meggo resultó gravemente herido durante la batalla contra los corelianos allá en Seibergia. Hace cuatro días solicitó volver al servicio activo a pesar de que el androide médico le aconsejó que no lo hiciera. Temiendo que pudiera hacerse daño si intentaba subirse a una nave para repararla, le permití retomar su trabajo con lo que quedaba de los sensores y del ordenador de vuelo del ala-B del capitán Steinberg. Para sorpresa de todos, Meggo ha conseguido recuperar una parte sustancial de los datos que contenía uno de los núcleos de memoria dañados. El análisis de esa información le ha permitido comprobar que la hipótesis de un

fallo en el ordenador es muchísimo más probable de lo que habíamos creído hasta ahora. Si me permite usar un holoprojector le mostraré al tribunal lo que Meggo ha encontrado.

Un murmullo recorrió la sala. Leia Organa se inclinó hacia delante y pidió silencio. - Está bien. Proceda, teniente.

El holoprojector se alzó desde su nicho oculto bajo el suelo. Mar Hanniuska insertó una tarjeta de datos que sacó de uno de sus bolsillos y programó rápidamente el dispositivo con la ayuda de Phasx y de Meggo. En apenas un par de minutos ya estaban listos. Meggo hizo unos ajustes finales y Hanniuska activó el holoprojector. El resultado era una vista compuesta muy similar a la que Meggo le había enseñado a Hanniuska apenas una hora antes, sólo que a una escala diez veces mayor. La mecánico jefe comenzó a describir las imágenes tridimensionales con el tono de voz de una profesional explicando su trabajo, tras el que se adivinaba no obstante una emoción contenida a duras penas.

- Miren aquí. Ésta es la nave designada como Blanco Cuatro, a la que ahora conocemos como *Mano del Idiota*, y ésta es Blanco Cinco, la que abrió fuego contra Cabeza de Lobo Cinco, el ala-B del capitán Steinberg. Aquí Blanco Cinco lanza dos misiles de impacto, y aquí dos más, exactamente 0.8 segundos más tarde. Esa nave llevaba un lanzador de cabezas de guerra bastante bueno. Los primeros dos misiles tardan 0.535 segundos en alcanzar al cazabombardero del capitán Steinberg, reduciendo en un 45% la intensidad de sus escudos delanteros. Sólo 0.31 segundos después del primer impacto el capitán Steinberg inicia su maniobra evasiva, pero no puede evitar ser alcanzado también por los dos siguientes. Parte de la onda expansiva penetra a través de los ya debilitados escudos. Los sensores se quedan prácticamente cegados, como pueden apreciar en estas lecturas de aquí. Inmediatamente después Blanco Cinco abre fuego con su batería láser cuádruple superior, acertando al ala-B en el casco, en el domo que protege los sensores y en la zona de motores. Los sensores resultan dañados 0.157 segundos más tarde y dejan de enviar datos al ordenador de vuelo. Una segunda ráfaga vuelve a alcanzarle antes de que el capitán Steinberg consiga sacar a su aparato de la línea de fuego. El ordenador de vuelo no ha dejado de funcionar en ningún instante, pero los sensores ya no están operativos. El programa de análisis de amenaza intenta decidir cuál de las dos naves que el ala-B tiene a su alcance, Blanco Cuatro y Blanco Cinco, ha disparado la segunda ráfaga, pero no dispone de datos de los sensores que le permitan alcanzar una conclusión fiable al cien por cien. En un caso así, el programa está diseñado para extrapolar la información que necesita a partir de los últimos datos disponibles, y es entonces cuando se produce el error. Meggo ha ejecutado un clon del programa de análisis de amenaza que estaba instalado en el ordenador de vuelo del ala-B pilotado por el capitán Steinberg, alimentándolo con los datos almacenados en el núcleo de memoria recuperado.

- Como pueden ver aquí - continuó Hanniuska al tiempo que volvía a reproducir toma a toma las imágenes tomadas por la cámara de vuelo, utilizando el puntero láser del que estaba provisto el holoprojector para indicarle a los miembros del tribunal a dónde tenían que mirar exactamente para ver lo que les describía -, desde la perspectiva del cazabombardero del capitán Steinberg, las trayectorias respectivas de Blanco Cuatro y Blanco Cinco se cruzan 0.93 segundos después de que estallaran los misiles tres y cuatro, y

0.064 segundos antes de que los sensores, casi cegados ya por el efecto de la última detonación como acabamos de ver, dejen de funcionar del todo. Por un breve instante ambas naves se confunden en una sola señal, exactamente al mismo tiempo que Blanco Cinco, la más cercana de las dos, abre fuego con sus baterías por segunda vez. En todos los tests que Meggo ha llevado a cabo, el programa de análisis de amenaza ha alcanzado una conclusión equivocada, identificando a Blanco Cuatro como el origen de la segunda andanada de disparos de láser.

Tras unos instantes de expectante silencio, mientras todos los presentes digerían lo que acababan de escuchar, volvieron a oírse los murmullos, más alto si cabe que antes, pero esta vez Leia Organa no hizo nada por acallarlos.

La noche había sido larga para ella y para los demás miembros del tribunal. Los cinco habían estado discutiendo el caso prácticamente hasta el amanecer. Al final habían tomado una decisión que se mantendría siempre y cuando no se presentaran testigos o evidencias verdaderamente relevantes, cosa que ninguno de ellos creía probable. A pesar de que su corazón le dictaba lo contrario, Leia había hecho suyo el punto de vista de Mon Mothma, el cual parecían compartir tanto Ackbar como los otros. El veredicto de culpabilidad había sido unánime.

Pero ahora había razones de peso para dudar.

- Debemos estudiar estos datos - le susurró a Leia la general Boga Mun, la sulustana -, y hacer que nuestros técnicos lleven a cabo sus propios tests y verifiquen hasta el último bit de datos.

- Estoy de acuerdo - contestó Leia. - Y también el fiscal, me parece.

- Consejera Organa - dijo el capitán Drinin puesto en pie. - Solicito un aplazamiento hasta que nuestros expertos puedan confirmar esta información.

Leia volvió la mirada hacia ambos lados. Todos los miembros del tribunal, Ackbar incluido, asintieron con la cabeza mostrando su aprobación para que Leia concediera el receso. - Aplazamiento concedido. Teniente Hanniuska, cuento con que usted y su equipo cooperarán al máximo con el comité de investigación y les proporcionarán cualquier cosa que requieran.

- Por supuesto, consejera. Así lo hemos hecho hasta ahora.

- Muy bien. Ninguna de las personas implicadas en este caso, testigos incluidos, podrán abandonar Mon Calamari sin mi permiso expreso. Este consejo de guerra se levanta hasta nueva orden.

Mar Hanniuska volvió la cabeza hacia donde se encontraban Lllamarada y Alce y les sonrió radiante. Lllamarada fue incapaz de devolver el gesto hasta después de que la mecánico jefe hubiera sido conducida fuera de la sala. Estaba demasiado asombrada por el repentino e imprevisto giro de los acontecimientos.

A años luz de Mon Calamari y del *Guarida del Lobo*, la vida seguía su curso en Campo Uno. Allí aún era invierno. La nieve que seguía cayendo regularmente y el frío viento que la empujaba aún acompañarían a los refugiados, a los comandos y al personal de ayuda durante al menos dos meses más. Su situación general, no obstante, era bastante mejor de lo que lo había sido cuando se marcharon Lllamarada, Rúster y Alce. Los suministros no eran tan escasos, y disponían de varios procesadores de alimentos que transformaban los nutrientes básicos en platos nuevos cada día. Una pareja de

generadores de energía les proporcionaba iluminación por la noche y también calor de forma continua en algunas de las zonas comunes. Las cuevas subterráneas, que los comandos Lince habían terminado de excavar con la ayuda de los refugiados, se habían transformado exitosamente en más refugios y en el hospital de campaña que tanta falta les había hecho hasta entonces.

Pero a pesar de todas esas mejoras y de la dificultad que entrañaba intentar cruzar los pasos de montaña mientras aún siguiera nevando, la gente comenzaba a marcharse.

Ahora que el ejército seibergio y las pocas partidas de paramilitares que aún permanecían activas se habían retirado y que los caminos volvían a ser seguros - salvo por el clima -, la mayoría de los balanios deseaban volver y comprobar qué había sido de sus casas y de sus pueblos, de sus campos y de sus animales. La razón decía que lo más probable era que casas y pueblos hubieran sido saqueados e incendiados, los campos arrasados y los animales sacrificados para alimentar a los soldados seibergios. Pero cuando la desgracia se cierne sobre la tierra uno espera siempre ser la excepción, ser aquel a quien Dios o la suerte ha salvado milagrosamente del desastre, y esa esperanza le empuja a marchar en pos de lo que parece imposible, haciendo oídos sordos a las advertencias o bien decidiendo que, de comprobarse su triste certeza, será preferible vivir en una tienda plantada en mitad de lo que una vez fue el hogar que allí, en un deprimente campo de refugiados en el ya no podían soportar seguir ni un día más. El personal de la Nueva República, incapaz de convencer a los balanios para que no intentaran regresar a sus aldeas antes de tener alguna certeza sobre lo que les aguardaba en ellas, proporcionaba toda la ayuda posible a las familias que se iban facilitándoles tiendas de campaña, comida, medicinas y compuestos químicos para potabilizar el agua y para encender fuegos de forma rápida y sencilla.

Deveralia era una de esas personas que quería volver. Había oído decir a la gente que en Nurtina y sus alrededores la devastación no era tan severa como en el interior. Probablemente se encontraría con que habían entrado en su casa y se habían llevado todo lo que hubiera de valor, pero al menos tendrían eso, la casa. No obstante, no se atrevía a moverse de Campo Uno sin tener aún noticias de Sante. Momentos antes de marcharse con los guerrilleros, Sante le pidió que le esperara en el campo de refugiados con los niños, y le dijo que iría a buscarlos allí en cuanto le fuera posible. A esa promesa se agarraba con todo su ser, negándose a aceptar ni por un segundo que Sante pudiera estar muerto. Redina, ella y otras mujeres preguntaban a menudo a los soldados de la Nueva República y a los guerrilleros que seguían viniendo por allí. Sí, les decían, los seibergios han abierto las puertas de sus campos de concentración. Los pilotos de las lanzaderas aseguraban haber divisado desde el aire a columnas de hombres desarmados caminando hacia las montañas, y los comandos daban por seguro que se trataba de prisioneros recién liberados que se dirigían hacia sus pueblos o hacia los campos de refugiados para encontrarse con sus familias. De hecho, un grupo de veinte o más había llegado a Campo Dos hacía dos días, y otros quince más habían alcanzado Campo Tres durante la noche. Aquí todavía no habían visto a ninguno, pero quizá estuvieran ya cerca. Quizá Sante viniera con ellos.

Consumida por la ansiedad, Deveralia hacía cuanto podía por ocultarle sus sufrimientos tanto a sus niños como a Sdermila. Desde que llegaron aquí, Figor y Lía habían madurado deprisa, demasiado para su edad. Ella los veía

fingir que estaban contentos y despreocupados cuando sabían que ella los estaba observando, pero por las noches les oía llorar, Tan sólo la pequeña Katia permanecía al margen de los padecimientos de los mayores. A pesar de las dificultades que entrañaba criar a un bebé bajo esas condiciones, la salud de la criatura era sorprendentemente perfecta, hecho que suponía la única alegría de Deveralia.

Su amiga Sdermila parecía un espectro, fantasma apenas de la mujer que fuera. Parecía veinte años más vieja. En parte era a causa del pelo, que se le había vuelto completamente blanco en cuestión de días tras enterarse del terrible destino que había sufrido su familia, pero era en sus ojos donde la diferencia con la persona que Deveralia había conocido hacía tan sólo unas cuantas semanas era más notable. Los tenía hundidos, sin brillo, con los párpados hinchados y con grandes ojeras, rodeados de arrugas que parecían más profundas a cada día que pasaba. Ya nunca miraba a nadie de frente. Raramente hablaba. Únicamente mostraba una brizna de animación en presencia de Figor y de Lía, y cuando le echaba una mano con Katia. Deveralia no podía culparla por encontrarse tan profundamente deprimida. Algunas veces le daba por pensar que si ella se encontrara en su misma situación ya se habría suicidado. Ese pensamiento la aterrorizaba, al tiempo que le obligaba a vigilar a su amiga de cerca. Y sin embargo no parecía que Sdermila se dispusiera a quitarse su propia vida.

Sencillamente había dejado de vivirla.

Deveralia se dio cuenta de que Katia se había quedado dormida al fin sobre su hombro, y la colocó amorosamente sobre el montón de ropas que constituían la única cuna que hasta el momento había conocido. En el exterior, la ya de por sí mortecina luz de la tarde empezaba a declinar del todo. Sobre el campo caían pequeños copos de nieve, pero por fortuna no parecía que fuera a ponerse a nevar con más fuerza. Seguramente Lía y Figor estarían jugando con sus amigos, pero ya empezaba a ser hora de que regresaran a la tienda. Tendría que ir a buscarlos antes de que se repartiera la cena. Le echó una mirada a Sdermila, sentada al fondo de la tienda con la mirada distraída que se había vuelto habitual en ella, absorta en sus pensamientos, o en sus recuerdos. Había otras tres mujeres allí. Una era Redina, tan mustia y callada como Sdermila, aunque no tan deteriorada en su aspecto. Las otras dos charlaban en voz baja entre ellas mientras una acunaba a un bebé pocos meses mayor que Katia. Deveralia estaba a punto pedirle a Redina que le echara un ojo a Katia mientras ella se iba a por sus dos hijos mayores, cuando de pronto les escuchó gritar. Sobresaltada, abrió la entrada y salió. Figor y Lía venían corriendo como locos sin dejar de chillar ni por un momento. Detrás venían dos hombres. Parecía que les costaba trabajo seguir el paso de los dos niños, pero el caso era que los seguían. Por un momento Deveralia se asustó al creer que estaban persiguiendo a sus hijos, pero entonces comprendió lo que Figor y Lía venían gritando con toda la fuerza de sus jóvenes pulmones. La mujer abrió la boca casi sin darse cuenta y corrió a recibirlos, con paso inseguro al principio, mucho más deprisa después. El corazón le latía como el tambor de un loco.

- ¡Papá está aquí! ¡Papá está aquí!

Sdermila alzó la mirada. Redina se levantó de golpe y salió tras Deveralia. ¿Qué sucedía? ¿A qué venían esos gritos? Sdermila reconoció las voces de los niños. El miedo a que algo malo pudiera haberles sucedido a Figor y a Lía la sacó de su apatía. Intentó ponerse en pie, pero se encontró con

que tenía las piernas entumecidas después de horas de inmovilidad. ¿Cuánto tiempo llevaba allí sentada? Una de las dos compañeras de tienda que, movida por la curiosidad, se disponía a salir también, se dio cuenta las dificultades de Sdermila para levantarse y se acercó a ayudarla. Sdermila murmuró un “gracias” y se dirigió vacilante hacia la entrada.

Sollozando como una fuente rota, Redina estaba abrazada a un hombre que a Sdermila le recordó vagamente a Dimeter, el marido de Redina. Al mirarlo con más atención poco a poco fue cayendo en la cuenta de que no era que se pareciera a él, sino que realmente se trataba de Dimeter. Con un aspecto demacrado y lastimoso, una barba de varios días que cubría parcialmente sus facciones hundidas, y vestido con harapos que una vez pudieron haber sido alguna clase de uniforme, Dimeter estaba tan profundamente emocionado como su esposa. Cuando lo dejó caer, Sdermila se dio cuenta de que se había estado apoyando en un grueso bastón para poder caminar. Con tanta nieve eso no tenía por qué significar nada, pero entonces reparó en una tira de ropa, ligeramente menos sucia que el resto, atada en torno a la rodilla de Dimeter. Todavía confundida, Sdermila giró la cabeza siguiendo las excitadas voces de Lía y de Figor. El hombre que sujetaba a Deveralia entre sus brazos tenía que ser su marido, Sante. Parecía estar en unas condiciones tan deplorables como las de Dimeter, pero su rostro revelaba la misma alegría e idéntico alivio. Su hijo y su hija se aferraban a su cintura amenazando con tirarle al suelo, pero obviamente a él no le importaba. Ése era un hombre que acababa de recobrar a su familia. La escena era tan conmovedora que Sdermila sintió ganas de llorar, pero sus ojos estaban secos. Gente de todo el campo empezaba a congregarse alrededor, gritando enhorabuenas y aplaudiendo sin cesar. Sdermila había empezado a moverse hacia Redina y Dimeter, pero ahora dudó. Sin que nadie se fijara en ella, regresó a la tienda y volvió a entrar en ella.

El ruido procedente del exterior había despertado a Katia, que en ese momento empezaba a llorar. Sdermila la cogió en brazos y la meció suavemente intentando que volviera a dormirse, pero el bebé no se calmaba. Entonces entró Deveralia seguida por Sante, a quien llevaba de una mano, y por Figor y Lía, que agarraban a su padre por la otra. Sante sonrió.

- Mira, Sdermila – dijo Deveralia exhibiendo una sonrisa que no podía ser más amplia, sus ojos brillando intensamente por las abundantes lágrimas de alegría que aún seguía derramando. – Éste es Sante, mi marido. ¡Dimeter y él han vuelto! Dimeter está ahí fuera, con Redina. Sdermila, ¿estás oyendo lo que te digo?

- Ah, sí. Los he visto. Katia...Katia estaba llorando y entré a consolarla.

- Oh, Sdermila, muchísimas gracias - Deveralia extendió los brazos y cogió a la pequeña. – Sdermila ha sido como nuestra madre aquí – le explicó a Sante al tiempo que le pasaba al bebé. Sante besó la frente de la criatura y se le escapó una lágrima, que fue a caer sobre la mejilla de la niña. Parpadeando en un intento por contener el torrente que amenazaba con seguir a esa primera, Sante se puso a Katia sobre el hombro y le palmeó suavemente la espalda. La niña se cayó casi de inmediato.

- Parece que todavía me acuerdo de cómo se hace – Deveralia se rió y le besó en el pómulo, por encima de la barba. – Encantado de conocerte... ¿Sdermila?

Star Wars: Daños Colaterales

La pobre mujer asintió y estrujó su interior en busca de fuerzas para poder sonreír.

STAR WARS DAÑOS COLATERALES

Capitulo XXIII

Tres días después de que Mar Hanniuska sorprendiera a todo el mundo al comunicar los descubrimientos efectuados por el verpine Meggo, el consejo de guerra volvió a ser convocado. Para Alce y para Llamarada esos habían sido tres días de ansiedad y de nervios, durante los cuales habían sido incapaces de disfrutar de su mutua compañía por mucho empeño que pusieran en ello, e incapaces también de hacer otra cosa que no fuera contemplar el tiempo pasar, impacientándose cada vez más por la lentitud con que transcurrían las horas. Había momentos en los que a Alce le daba por pensar que hubiera sido preferible que les hubieran condenado ya, hasta eso sería mejor que esta interminable espera, pero la sensación pasaba enseguida. Como Llamarada le repetía con frecuencia, ahora tenían esperanza, una muy sólida, de que podían salir de ésta prácticamente indemnes. Ella tenía razón, por supuesto, aunque decidir cuál era el significado de la palabra indemne en esta situación podía ser objeto de una larga discusión. Quizá pudieran conservar el rango, sus posiciones en el escuadrón, e incluso mantener intactas sus posibilidades de promoción en un futuro. Se les permitiría recuperar sus vidas y volver a hacer lo que mejor sabían: volar y combatir. Alce, no obstante, no podía evitar preguntarse si todo eso no sería tan sólo la superficie, las apariencias, la parte de ellos que era menos ellos mismos. Las heridas que tenían en su interior tardarían más, mucho más en cicatrizar. Mientras que el recuerdo de Sdermila encogiéndose de dolor delante suya fuera tan vivo, la memoria le haría seguir sintiéndose como un miserable, avergonzado y culpable, incluso si el tribunal terminaba diciendo que no, que era inocente.

Aunque quizá no lo hicieran.

- ¿Me lo vas a decir ya?- le preguntó en voz baja el almirante Ackbar a Leia, mientras los llevaban a la corte a bordo de un hidrobote. A su alrededor, el mar no estaba tan calmado como en los últimos días. Los repulsores antigravitatorios del vehículo hacían el trayecto mucho más fácil de lo que lo hubiera sido en un barco más tradicional, pero por mucho que se esforzara el marinero quarren que lo guiaba algunas de las olas más altas les hacían botar de forma bastante incómoda. La general Boga Mun, la sulustana, era la que peor lo llevaba a pesar de las píldoras para el mareo que el general Sivari, el otro humano, había compartido con ella antes de salir. Leia, por el contrario, estaba disfrutando de veras con el paseo después de tanto tiempo encerrada en una habitación con esa misma gente. Su mirada seguía distraída el vuelo de

una pareja de aves marinas, las cuales parecían turnarse para zambullirse entre ola y ola en busca de los peces que nadaban más cerca de la superficie. Una de ellas había conseguido pescar uno en el último intento, pero después de tragárselo había vuelto enseguida a acompañar a la otra, llenando el aire con sus extraños chillidos.

- ¿Qué son esas aves?- preguntó.

- Gavirones. Pescan siempre así, en parejas, el macho y la hembra, ayudándose el uno al otro a localizar sus presas. ¿Has oído mi pregunta, Leia?

- Sí que lo he hecho - Hora tras hora habían escuchado las opiniones de los expertos, observado una y otra vez imagen por imagen las grabaciones que les había entregado la teniente Mar Hanniuska, y estudiado hasta el último detalle de las trazas que el software del ala-B había almacenado en el banco de memoria recuperado. Ayer, cuando por fin dieron por concluido el análisis de los datos, despidieron a los técnicos y comenzaron a debatir el veredicto. La realidad era que las nuevas evidencias seguían sin ser concluyentes. Sugerían, sí, que la explicación que la mecánico jefe del escuadrón Cabeza de Lobo daba de los hechos podía ser correcta, pero no terminaban de probarla. Estaban otra vez como al principio, obligados a tomar una decisión basándose en datos incompletos. A todos les dolían los ojos y la cabeza, pero ninguno de los miembros del tribunal pidió que parasen para descansar. Discutieron hasta tener la garganta rasposa y la boca seca sin remedio, pero los votos estaban aún estaban dos a dos más uno indeciso cuando, pasada ya la media noche, Leia decidió dejar las cosas como estaban y retomar el juicio por la mañana.

Incluso admitiendo que las pruebas no eran definitivas, la general Boga Mun y el general Tulan, el otro moncalamari, habían reconsiderado su voto anterior y defendían ahora la absolucón para Gregory y Schroeder. A Leia le había sorprendido un poco el cambio de Tulan, pero quizá el hecho de que haber sido piloto como los dos acusados había terminado por inclinar la balanza a favor de éstos. Sin duda eso le facultaba para comprender mejor que ninguno de los otros miembros del tribunal la complejidad de la situación en la que se habían encontrado los dos acusados, y por esa razón a Leia le parecía importante que hubiera cambiado de idea. Era como si reconociese que él también habría podido cometer el mismo error que Gregory y Schroeder.

Ackbar y Sivari se encontraban en el lado opuesto de la discusión. Sin dejarse convencer ni por los argumentos ni por las grabaciones de la teniente Hanniuska, ambos insistían en que el veredicto debía ser el de culpabilidad. Según ellos, y aún si se aceptara la validez de esas pruebas - se había comprobado que el ordenador de vuelo del capitán Steinberg *pudo* haber fallado, pero no que transmitiera el error al cazabombardero del capitán Gregory ni que ésa fuera la verdadera razón por la que el acusado había disparado sus torpedos -, el delito de desobediencia seguía existiendo, ya que las órdenes eran inspeccionar el objetivo antes de disparar sobre él.

Leia era la que aún faltaba por pronunciarse en uno u otro sentido. Su voto sería el que decidiera, pero ella se había negado a emitirlo hasta estar de nuevo sentada tras la tribuna. Aunque se había mostrado educado y cortés al respecto, Leia sabía que su amigo Ackbar estaba profundamente molesto por su silencio. Ella le sonrió a modo de disculpa.

- Te he escuchado, sí, pero no te puedo responder. Aún no sé qué es lo que voy a hacer.

Star Wars: Daños Colaterales

- Pero Leia, debes leer un veredicto en media hora. Sé que no es fácil, pero tienes que haber tomado ya una decisión. ¿Por qué si no habrías decidido convocar la reanudación del juicio? No lo habrías hecho si realmente no supieras qué hacer.

- No lo sé aún, pero lo sabré. Tendrás que confiar en mí. Todos hemos estado de acuerdo en que las pruebas con las que contamos son insuficientes para estar seguros de nada. Al final, para mí al menos, todo depende de si creemos lo que nos ha dicho el capitán Gregory o no. Si decidimos creerle, deberemos aceptar que la confianza que la teniente coronel Schroeder tenía en él estaba justificada, y por tanto exonerarles a los dos.

Ackbar asintió lentamente. - Muy bien. ¿Y tú le crees?

- Pronto lo sabré. Por favor, confía en mí.

El moncalamari dejó escapar algo que podría parecer un suspiro. - Sabes que siempre lo he hecho, Leia, aunque en este caso no puedo compartir tu opinión, a menos que... - Ackbar se volvió hacia ella y la miró fijamente a los ojos, recordando lo que ambos habían hablado pocos días antes durante el trayecto desde el *Guarida del Lobo*. - ¿Tiene esto algo que ver con la Fuerza?

- Sí, así es. Siempre, o casi siempre al menos, he sido capaz de distinguir cuándo alguien miente y cuándo dice la verdad. Hasta que Luke me lo explicó no supe que era a causa de mi sensibilidad a la Fuerza.

- Pero entonces ya debes saber si Gregory miente o no.

- Ojalá fuera tan fácil. Muchos seres inteligentes tienen problemas para decidir qué es cierto y qué falso para ellos, en qué creen y en qué no. Los humanos en concreto son un caso clínico en eso. He estado percibiendo sensaciones contradictorias procedentes de Gregory desde que comenzó el juicio, pero hoy le haré descubrir cuál es la verdad para él, y entonces yo también la sabré.

- ¿Y cómo vas a conseguir hacer eso?

- Le formularé dos preguntas. Una de ellas le obligará a sincerarse consigo mismo.

Ackbar movió la cabeza de un lado a otro, sin saber con seguridad si había entendido bien a Leia, o más bien seguro de que no lo había hecho, pero en cualquier caso no dijo nada. De hecho nadie volvió a hablar hasta que llegaron a la sala de justicia, y para entonces Leia y sólo Leia era quien debía tomar la palabra.

- Este tribunal ha estudiado con detenimiento las nuevas evidencias presentadas por la mecánico jefe del escuadrón Cabeza de Lobo, teniente Mar Hanniuska, en el curso de la anterior sesión de este consejo de guerra - recitó la consejera Organa. - Por desgracia creemos que no son concluyentes. El comité de expertos ha confirmado que el software de análisis de amenaza instalado en el ordenador de vuelo del capitán Steinberg pudo efectivamente haber fallado, como consecuencia directa de los daños sufridos por los equipos sensores de la nave y los algoritmos de decisión implementados en el mencionado software. No obstante, no pueden confirmar ni descartar la validez de la hipótesis formulada ante este tribunal por la teniente Hanniuska, es decir, que ese error pudiera haber provocado que el ordenador del capitán Gregory identificara como hostil a la nave en la que viajaban los refugiados. El capitán Gregory ha declarado aquí que disparó sus torpedos contra la nave que huía

en base a esa supuestamente errónea identificación, entendiendo que dejaba sin efecto la orden de inspeccionar el objetivo antes de disparar sobre él. Su palabra es todo lo que tenemos. Capitán Gregory, póngase en pie.

Alce obedeció. Las miradas de sorpresa tanto de su abogado como del fiscal probaban que esto no era el procedimiento normal.

- Capitán Gregory, sé que se le ha preguntado ya esto con anterioridad, pero quiero que vuelva a contestar. ¿Identificó su ordenador de vuelo al *Mano del Idiota* como hostil?

- Sí – respondió Alce sin dudar.

Leia Organa pareció satisfecha con la contestación. - Muy bien. Las pruebas sugieren que es posible que así sucediera, así que teniendo en cuenta su excelente hoja de servicios hasta la fecha, este tribunal aceptará su palabra para dar por cierto este hecho. Ahora voy a hacerle otra pregunta, una mucho más importante si cabe, que deberá contestar usted para que podamos tomar una decisión final sobre este caso. Por favor, tómese todo el tiempo que necesite antes de darme una respuesta.

Alce podía sentir sobre él las miradas de todos los presentes en la sala, con la única excepción del almirante Ackbar, que por alguna razón miraba a la consejera Organa. Alce no entendía qué estaba pasando. Tenía la absoluta convicción de que su futuro y el de Lllamarada dependían por completo de lo que contestara a la aún no formulada pregunta de la consejera, pero eso no era todo. De alguna forma, sabía también que no podría mentir aunque quisiera o, más exactamente, que si lo intentara no le serviría de nada. No sabía como estaba tan seguro de eso, pero el hecho era que lo estaba. Alce asintió sin dejar de mirar fijamente a la consejera Organa, preparándose para lo que fuera.

- Capitán Gregory - comenzó Organa -, considerando que las circunstancias realmente invitaban a pensar que el piloto del *Mano del Idiota* mentía, y que debía transportar minas espaciales como lo hacían las otras cuatro naves que sus compañeros consiguieron inspeccionar con éxito, ¿habría disparado usted si su ordenador de vuelo hubiera seguido identificando a esa nave como neutral?

Alce abrió la boca y se llenó los pulmones de aire. Él ya se había preguntado eso mismo antes, la primera vez inmediatamente después de enterarse de que había matado a un grupo de civiles, y luego muchas más en los días que siguieron. Siempre se había respondido a sí mismo que sí, que habría disparado de todas formas. Por todo lo que sabía en aquel instante, era la acción correcta. Se lo había repetido una y otra vez, preguntándose por qué era tan difícil de entender para aquellos que le juzgaban. Pero ahora, de pronto, no estaba en absoluto seguro acerca de sí él mismo lo creía o no. No dudaba porque entendiera lo que estaba en juego, porque fuera perfectamente consciente de lo mucho que Lllamarada y él podían perder si contestaba de forma afirmativa. Quizá vacilaba porque ya no era la misma persona que había disparado esos torpedos. El tiempo que había pasado junto a los refugiados balanos en Campo Uno le había cambiado. Descubrió que le resultaba muy difícil pensar como lo hacía antes, cuando nada de todo aquello había sucedido aún. Responder que no era sumamente tentador, no sólo porque ésa parecía ser la forma de escapar de esto, sino porque sería probablemente verdad si alguna vez volviera a encontrarse en una situación similar. ¿Pero qué habría hecho entonces, en aquel instante por el que le estaban preguntando ahora?

Leia Organa lo miraba sin ni siquiera parpadear, y Alce se encontró con que no podía mirar a ninguna otra parte que no fuera a aquellos ojos tan oscuros y al mismo tiempo tan brillantes. Descubrió que deseaba con todas sus fuerzas decir la verdad, pasara lo que pasara luego, y al infierno con las instrucciones de la capitán de navío Gen'yaa. Necesitaba decir la verdad porque mentir acerca de algo tan importante no era en absoluto propio de él. Necesitaba decir la verdad para liberarse por fin del sentimiento de culpa que, justificado o no, le había acompañado cada segundo desde el incidente.

¿Pero cuál era la verdad? ¿Realmente habría disparado, como siempre había creído? ¿Por qué ahora le costaba tanto estar seguro, cuando antes le había parecido tener la absoluta certeza? Aunque ni siquiera se dio cuenta de ello, un músculo de su mejilla empezó a latir de forma involuntaria, un tic nervioso que hasta ahora jamás se le había manifestado. Separó los labios para hablar y volvió a juntarlos sin haber emitido sonido alguno. Haciendo un gran esfuerzo de voluntad, intentó verse de nuevo dentro de la cabina, esperando a que Llamarada le autorizase para abrir fuego, con el dedo índice de su mano derecha ejerciendo una suave presión sobre el gatillo oculto en el reverso de la palanca de mandos, preparado para finalizar el movimiento y disparar de una vez por todas los dos torpedos que se encontraban ya armados en el interior de los lanzadores. Justo frente a sus ojos, el proyector holográfico del ordenador de vuelo representaba la imagen ampliada del carguero coreliano sobre la palabra "desconocido" impresa en caracteres de un rojo intenso, el mismo color de la señal que aparecía prácticamente en el centro de su pantalla sensora delantera, situada en la esquina superior izquierda de la carlinga. Los contadores indicando la distancia al objetivo y la estimación de la distancia que le quedaba a éste para alcanzar su supuesto punto de salto decrecían rápidamente a ambos lados de la imagen, urgiéndole a disparar si eso era lo que iba a hacer. Justo encima, el indicador del sistema de seguimiento brillaba también en color rojo, mientras el pitido que el ordenador de vuelo emitía a través de los auriculares del casco le informaban que los sensores tenían perfectamente localizado al blanco y que, una vez lanzados, los torpedos sabrían encontrar perfectamente el rumbo hasta la nave en fuga, si es que todavía se encontraba allí en lugar de haber desaparecido ya en el hiperespacio. Quería disparar. Tenía ganas de hacerlo. Debía disparar los torpedos, incluso si Llamarada le decía que no, que no lo hiciera. Entonces cambió mentalmente los colores, e imaginó la palabra "desconocido" escrita en azul en lugar de en rojo, y también en azul la señal en la pantalla sensora. Una nave neutral.

Alce apartó el dedo del gatillo. La escena había tenido lugar únicamente en su imaginación, pero ésta se la había presentado de forma tan vívida que llegó a mover realmente el dedo. Leia Organa se dio cuenta del gesto y frunció el ceño muy levemente. Alce dejó salir el aire que tanto tiempo llevaba reteniendo y que ya le quemaba en los pulmones, utilizándolo para pronunciar una única palabra.

- No.

Frente a él, la consejera Organa asintió con la cabeza. La vio girar el rostro hacia el almirante Ackbar y mover los labios en un susurro. Imaginó que había sido un susurro porque no había oído ningún sonido, pero entonces se dio cuenta de que la consejera acababa de activar la pantalla acústica que permitía a los miembros del tribunal hablar entre ellos sin ser escuchados por

nadie más en la sala. Hasta ahora no la habían usado nunca, pero Alce recordó que el capitán Bel'aan le había mencionado su existencia. No importaba. Para su sorpresa, comprobó que podía leer en sus labios. Había dicho sólo dos palabras: "Le creo."

El almirante Ackbar miró a la consejera Organa en silencio durante algunos instantes y finalmente asintió muy despacio. El moncalamari le dijo algo al general Sivari. El hombre se encogió de hombros. Alce volvió la cabeza y se encontró con la mirada de Lllamarada fija en la suya. Ella intentó sonreír.

- Hemos decidido un veredicto - dijo Leia Organa con voz solemne sobresaltando a Alce. El capitán Bel'aan les tocó en el hombro a Lllamarada y a él para indicarles que se levantaran. Alce no recordaba haberse vuelto a sentar. Con el rabillo del ojo vio como el capitán Drinin, moviendo sin cesar los pequeños tentáculos que cubrían su boca, se ponía también en pie.

- Declaramos al capitán Gregory inocente de todos los cargos que pesan contra él. Considerando que su confianza en el capitán Gregory estaba plenamente justificada, y que por tanto hizo bien en no negarle el permiso para disparar, declaramos también a la teniente coronel Schroeder inocente de todos los cargos que pesan contra ella. Ambos volverán de inmediato a sus destinos y posiciones anteriores a su suspensión temporal del servicio. Este incidente no aparecerá en sus hojas de servicio. Declaro este consejo de guerra cerrado sin posibilidad de apelación.

Como en un sueño, Alce estrechó la mano del capitán Bel'aan y recibió el abrazo de Lllamarada. Víbora saltó de su asiento y corrió a unirse a ellos, mientras que la capitán de navío Gen'yaa, poniendo todo su empeño en no enseñar los colmillos en una amplia sonrisa, les felicitaba sobriamente a ellos y a su abogado. - Se acabó - le dijo Lllamarada al oído. Se acabó, se repitió Alce a sí mismo. Realmente quería creerlo. Cuando volvió la mirada hacia la tribuna descubrió que la consejera Organa le estaba mirando. Alce estuvo a punto de decir "gracias", pero antes de que llegara a mover los labios ella efectuó una inclinación de cabeza hacia delante, como si ya supiera lo que iba a decir. Alce devolvió el gesto y vio como Organa y los otros cuatro miembros del tribunal se levantaban y salían de la sala. Un momento después, mientras la capitán de navío Gen'yaa salía también discretamente, acompañada por la mujer de pelo blanco que había seguido todo el juicio sentada junto a Víbora, entraron de golpe los que parecían ser todos y cada uno de los pilotos del escuadrón que se encontraban fuera de servicio, junto con Mar Hanniuska y varios de sus otros amigos entre la tripulación del *Guarida del Lobo*, todos corriendo hacia ellos pasillo abajo.

Lllamarada y Víbora los recibieron gritando de júbilo. Rúster fue la primera en llegar hasta ellos, sus extensiones neurales brillando con un color naranja intensísimo, y se estrujó contra los tres en un abrazo. El cabo de Infantería que había actuado como alguacil durante el consejo de guerra se acercó con la intención aparente de pedirles que dejaran de gritar de ese modo hasta que no salieran de ese lugar, pero pareció reconsiderar su posición al reparar en que prácticamente todo el mundo le superaba en rango. Rodeado por semejante grupo de amigos, intentando evitar en vano que Granito y que Parody le levantaran en hombros, Alce sonrió por vez primera. Desde lo alto de Araña y de Reek, Lllamarada se reía. Cuando se encontraron sus miradas, ella movió los labios en un silencioso "te quiero". Alce sopló un beso en su

dirección y le guiño el ojo como antaño solía. Con no poco asombro por su parte, descubrió que se sentía bien, muy bien.

A lo mejor era verdad que ya se había acabado todo.

Leia encontró a Invierno esperándola en su habitación de la Residencia del Almirantazgo. Su amiga sonreía.

- Ahora ya puedo decírtelo: me alegro muchísimo de que los absolvieras.

- No fui sólo yo. La votación quedó cuatro a uno. Ackbar fue fiel a su promesa de que confiaría en mí y votó también a favor de la absolución.

- Tú ya me entiendes. Hubiera odiado pensar que pudieras estar de acuerdo con lo que dijo esa psiquiatra, la doctora Gomar, el primer día del consejo. Resulta que los alderaanos no somos del todo dignos de confianza porque destruyeron nuestro planeta, y el deseo de venganza puede nublar nuestro juicio.

- Venga, Invierno, eso no es lo que dijo.

- Ésa era la esencia. Recuerda que tengo el don, o más bien la maldición a veces, de contar con una memoria perfecta. Puedo recitarte cada palabra que ella o cualquier otra persona ha pronunciado en la sala desde que empezó el juicio.

- Ya lo sé - Leia se sentó sobre la cama. - Y sé también cómo te sientes. No ha sido fácil juzgar a un alderaano por hacer lo que la mayoría de nosotros habríamos hecho en su lugar.

- Pero tú estabas a punto de condenarle a él y a su comandante.

- Porque eso era lo correcto. Probablemente era injusto, pero era lo que había que hacer. Cuando esa mecánico, la teniente Hanniuska, nos demostró que el ordenador de vuelo del capitán Gregory realmente pudo haberle suministrado una información incorrecta volví a cuestionármelo todo. Al final decidí que no me quedaba otro remedio que preguntarle directamente y confiar en mi capacidad para saber si era sincero o no al responder. Ahora tengo la certeza de que sí.

Invierno parecía confundida. - Pero eso podrías haberlo hecho desde el principio, ¿no?

Leia negó con la cabeza. - Ackbar también me lo preguntó. Pero incluso si hubiera sido capaz de extraerle esa información por la fuerza, que no lo soy, ¿cómo hubiera convencido al resto de la galaxia? ¿Debería acaso ir por ahí diciendo que soy una jedi, que puedo leer la mente y todo eso, y que por tanto todo el mundo debe creerme?

- Eso suena más bien al viejo Emperador Palpatine.

- Exacto. Y yo no tengo ni siquiera una fracción de su poder. Probablemente ni siquiera Luke habría podido saber desde el primer momento si Gregory decía o no la verdad. No se trataba de una pregunta directa, del tipo "¿se apellida usted Gregory, sí o no?", sino de algo mucho más complejo que eso. Cuando declaró el primer día pude percibir que dudaba, como si a un nivel subconsciente no tuviese del todo claro por qué hizo lo que hizo. Una parte de él creía saberlo, pero la otra aún seguía preguntándose. Estoy convencida de que no descubrió cuál era la verdad en la que él mismo creía hasta el ultimísimo momento, cuando se vio enfrentado a la obligación de responderme. Creo que tanto él como yo necesitábamos pasar por el juicio entero para poder llegar hasta ese instante. Gregory ha estado soportando una carga muy grande

sobre sus hombros desde que tuvo lugar el incidente, pero cuando respondió por fin a esa última pregunta se sintió liberado y en paz consigo mismo.

- ¿Percibiste todo eso?

- Sí que lo hice. Al final.

Invierno frunció los labios por un instante y después asintió con la cabeza. - Gracias por explicármelo, Leia. Sé que estás cansada, pero tenía que preguntártelo.

- Ya sabes que para ti siempre estoy disponible, cansada o no. Y ahora, ¿puedes contarme qué ha estado pasando ahí fuera durante estos días? Mientras ha durado el juicio me he aislado de todo a propósito, pero ahora se supone que tengo que volver a Seibergia.

- En las principales ciudades se están produciendo manifestaciones organizadas por la, hasta ahora, clandestina oposición al gobierno de Somolovich. Se rumorea que el dictador está empezando a perder el control, pero ya te contaré los detalles durante el viaje. Tu transporte está ya dispuesto - Invierno sonrió brevemente, pero se puso serio de nuevo al darse cuenta de que a Leia se le iba la mirada de repente. - ¿Leia? ¿Estás bien?

- ¿Qué? Ah, sí, no es nada. Te estaba escuchando, pero es que por un instante he sentido como si... - Leia miró a Invierno a los ojos. - ¿Está Luke aquí?

Invierno exhibió una amplia sonrisa. - Y todavía dices que tus poderes no son gran cosa - En ese mismo instante se escuchó el llamador de la puerta.

- Adelante - dijo Leia poniéndose en pie. Su corazón saltó de alegría cuando sus ojos le confirmaron lo que en su interior había ya presentido.

- ¡Hola, Leia! - dijo Luke Skywalker mientras cubría la distancia que les separaba en dos cortos pasos. Leia lo abrazó encantada.

- ¡Hola, Luke! ¡Estoy tan contenta de verte! ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Tres meses?

- De hecho han sido cuatro. Eres una mujer ocupada, mi querida hermana melliza.

- ¿Yo? ¿Y que hay de ti, mi encantador hermanito? Ya era bastante difícil ponerse en contacto contigo cuando eras comandante del escuadrón Pícaro, pero desde que has decidido asumir la responsabilidad de reconstruir la Orden Jedi tú solito... Pero déjame que te vea bien. ¿Es un traje de vuelo de piloto de caza lo que llevas debajo de ese viejo poncho?

- Sí. Vine directamente desde la plataforma de aterrizaje y me encontré con Invierno por el camino. No he tenido tiempo de cambiarme.

Leia adoptó una expresión divertida. - No pretenderás llevarme a Seibergia a bordo de tu ala-X, ¿verdad? Cuando Invierno me ha dicho que ya tenía transporte no he pensado en un crucero de lujo, pero sí al menos en algo lo suficientemente grande como para poder permanecer de pie en su interior. No te ofendas, pero hacer el viaje sentada sobre tus rodillas está por debajo de mis expectativas.

Invierno y Luke soltaron una carcajada los dos a la vez. - Yo no soy tu transporte, Leia, sólo la mitad de tu escolta. Mon Mothma pensó que sería una buena idea.

- Y lo es - Leia se rió de nuevo y le dio a Luke otro abrazo. - Ojalá se le ocurrieran ideas como ésta más a menudo.

- Ah, pero es que sí que se le ocurren.

- ¿Qué quieres decir?

Luke sonrió con expresión traviesa. - Tu transporte es el *Halcón Milenario*.

Leia se quedó de una pieza. - ¿Han está aquí también?

- Dijo que si aguantar tu compañía durante unos días era el precio que tenía que pagar para que le concedieran un permiso de sus labores como general, y poder darse así un garbeo con el Halcón, lo pagaría gustoso.

Leia puso los ojos en blanco. - Sí. Es muy propio de él haber dicho algo por el estilo.

- Bueno, ya sabes, también dijo que se estaba muriendo por verte, aunque un instante después amenazó con pedirle a Chewie que me arrancara la piel a tiras si se me ocurría repetírtelo a ti.

Leia sonrió radiante. - Te guardaré el secreto. ¿Y dónde está exactamente?

- En algún lugar por encima de nuestras cabezas. Primero iba a acompañar a Chewie a hacerle una visita a su sobrina, que sirve como cocinera en el *Guardia del Lobo*. Mañana bajarán a recogerte a primera hora.

- Bien - dijo Leia, esforzándose por ocultar la decepción que le producía saber que iba a tener que esperar aún para ver a Han - ¡y que al parecer él no tuviera tanta prisa como decía por verla a ella! -, y esperando que Luke, con Fuerza o sin ella, no se hubiera dado cuenta. - Eso nos deja todo el resto del día para charlar nosotros. Invierno, ¿tienes planes para hoy?

- La verdad es que sí, así que por mí no os preocupéis. Desde que oí hablar de esas formaciones de coral que los mon camalari utilizan como bancos de datos orgánicos, he estado esperando a tener una ocasión para verlos con mis propios ojos. Uno de los asistentes del almirante Ackbar se ha presentado voluntario para acompañarme. Volveré a tiempo para pilotar el otro ala-X de tu escolta.

- Así que tú eras la otra mitad - dijo Leia sorprendida sólo a medias.

- Para mí será un placer tener a una mujer ala tan encantadora - dijo Luke, enrojando al instante por su propio atrevimiento. Leia sonrió. En algunos aspectos si hermano no dejaría jamás de ser un joven granjero de un planeta tan rural y apartado como pocos.

- El placer será enteramente mío, aunque lo has entendido al revés - repuso Invierno con un guiño dirigido tanto a Luke como a Leia. - *Tú* serás mi hombre ala.

- Todo el tiempo has sabido que iban a venir los dos - dijo Leia riéndose por la broma de su amiga -, ¿verdad?

- Por supuesto que sí, pero no quería estropearle la sorpresa. Y ahora disculpadme, tengo que encontrar un equipo de buceo de mi talla y luego salir disparada. ¿Estarás a salvo en la compañía de tu hermano jedi?

- Si pudo sacarme de la Estrella de la Muerte, digo yo que podrá enfrentarse a cualquier cosa que se nos ponga por delante aquí, en Mon Calamari.

- Han y Chewbacca también ayudaron - dijo Luke con humildad. - Y también Ben...

- Sólo bromeaba, hermanito. No puedo hablar por el general Kenobi, pero lo que sí es seguro es que ni tú ni esos dos contrabandistas de medio pelo con los que te presentaste habríais salido de allí con vida si no llega a ser por mí - Los tres se rieron a carcajadas. Invierno abrió la puerta para irse y les dijo adiós con la mano.

- Diviértete mucho - le dijo Leia. - Y en cuanto a ti - añadió volviéndose hacia Luke -, ¿habías estado aquí alguna vez?

- ¿En Mon Calamari te refieres? Sólo en la órbita, un par de veces. Al planeta no había bajado hasta ahora.

- Pues entonces ve y ponte alguna ropa decente. No tenemos todo el tiempo que haría falta para enseñarte esto como es debido, pero pensaré en dos o tres cosas que podamos hacer de aquí hasta la cena.

- Estoy en tus manos, Leia - respondió Luke sonriendo de oreja a oreja. Te veo en quince minutos.

- Perfecto - Leia le observó mientras se marchaba y consideró comenzar a preparar el equipaje. Abrió su bolsa de viaje pero al momento cambió de idea y volvió a cerrarla. Tendría tiempo de sobra más tarde. Leia se tumbó sobre la cama con las manos bajo la nuca y una gran sonrisa en la cara. Se encontraba realmente bien. El cansancio y la tensión se habían evaporado como por arte de magia. Sólo ahora empezaba a ser consciente de la falta que le hacían unas vacaciones, por pequeñas que fueran, aunque al parecer Mon Mothma lo había pensado por ella. En cuatro días o algo así - suponiendo que no tuviera problemas con sus caprichosos hiperimpulsores, el *Halcón* podía hacer el viaje a Seibergia en tres días - volvería a asumir sus responsabilidades y el trabajo diplomático. Pero antes de que volviera a sentarse a una mesa de negociación podría pasar algún tiempo con su hermano y con sus mejores amigos, especialmente con Han. Luke e Invierno podían turnarse para acoplar sus ala-X al *Halcón Milenario* y entrar a descansar un poco, refrescarse y comer algo decente, pero probablemente pasarían la mayor parte del viaje en la cabina de los cazas. Han y ella tendrían ocasiones de sobra para estar a solas - ahora le daba las gracias a la Fuerza por no haberse traído con ella a Trespeó - mientras Chewbacca se encargaba de pilotar la nave y vigilar que ninguno de sus sistemas se rebelase como de costumbre. Tendrían tiempo para hablar de cualquier cosa, pero sobre todo acerca de ellos y de la caótica relación que mantenían. Tiempo para pelearse, eso seguro, y tiempo para reírse de sí mismos y reconciliarse. Su cuerpo temblaba ante la perspectiva de volver a hacer el amor en una de las estrechas literas del *Halcón*. La última vez terminó con una buena colección de golpes y cardenales, y sin embargo estaba deseando repetir la experiencia... La galaxia seguiría girando y convulsionándose a causa de la guerra, pero durante tres días ella se sentiría muy lejos de todo eso. Leia suspiró. Sí, esos tres días los iba a aprovechar.

A bordo de la nave nodriza del escuadrón Cabeza de Lobo había llegado la hora de las celebraciones. En una semana o poco más se marcharían de Mon Calamari, una vez que las reparaciones en *el Guarida del Lobo* estuvieran todas terminadas y se hubiesen realizado las pertinentes pruebas, pero de momento y para casi todo el mundo aquello eran vacaciones. Pilotos, mecánicos y miembros de la tripulación habían llorado sus pérdidas durante demasiado tiempo, y habían estado sometidos a una presión inmensa durante más tiempo aún. La noticia de que Llamarada y Alce habían sido absueltos se propagó como llevada por el viento, y a todos les pareció que la ocasión y las circunstancias bien merecían que se montase un buen jolgorio. La capitán de navío Gen'yaa ordenó al personal de seguridad que mantuvieran una discreta vigilancia sobre las diversas fiestas que, de modo más o menos espontáneo,

iban surgiendo en las distintas dependencias de la nave - de forma que no tuvieran que nada que lamentar al día siguiente -, pero también les instruyó para que hicieran la vista gorda ante cualquier exceso siempre que la seguridad del *Guarida* no se pusiera en peligro. La capitana sabía muy bien que su gente necesitaba una válvula de escape para airear la tensión largamente acumulada. *Después trabajarán mucho mejor*, pensó para sí mientras se encerraba en su camarote para no ver ni oír nada de nada durante las próximas horas.

Una vez a solas consigo misma se permitió esbozar una sonrisa de satisfacción. Las cosas habían salido bastante bien, mucho mejor de lo que se hubiera atrevido a soñar cuando estaban metidos hasta las cejas en el conflicto seibergio. Con ese pensamiento en mente, se sentó frente a su consola y solicitó una conexión segura con Bothawui, la cual obtuvo sin problemas. Sin duda se podía confiar en los bothan para que mantuvieran operativas sus comunicaciones. Gen'yaa introdujo un código y esperó pacientemente. Diez minutos más tarde el rostro del consejero Fey'lya apareció sobre la pantalla.

- Saludos, capitán de navío Gen'yaa, ya me han informado de todo. Mi más sincera enhorabuena.

Gen'yaa inclinó la cabeza en señal de deferencia. - Gracias, consejero Fey'lya. Todo el mundo se ha esforzado al máximo. Por cierto, debo señalar que el capitán Bel'aan, particularmente, ha demostrado ser un recurso muy valioso cuando el campo de batalla es la sala de un tribunal - *Promesa cumplida, capitán*.

- Tomaré buena nota de su recomendación, capitán. Y ahora dígame, ¿en qué estado se encuentra su nave? ¿Está usted satisfecha con las reparaciones?

- Sí, consejero, de hecho pronto habremos terminado aquí. Su influencia ha sido realmente notoria. Los moncalamari se han mostrado de lo más colaboradores, dispuestos incluso a escuchar mis propuestas de modificaciones sobre el diseño original. Entre otras cosas, se nos ha equipado con una coraza blindada retraíble que protegerá nuestro nuevo cañón de iones cuando no lo estemos usando. Eso hará mucho más difícil que vuelvan a hacerlo pedazos con un misil de impacto como nos pasó en Seibergia. Los generadores de escudos han sido también actualizados, y será posible reconfigurarlos de modo mucho más eficiente durante el combate.

- Excelente. Cualquier otra cosa que necesite, hágamela saber.

- Gracias de nuevo. ¿Puede anticiparme algo sobre cuál va a ser nuestra próxima misión?

- Una que le satisfará sobremanera, capitán. El *Guarida del Lobo* no va a volver al cúmulo Viayak, sino al frente imperial. Puede que el Imperio nos haya expulsado de Pyria, pero vamos a hacerles la vida imposible mientras permanezcan ellos allí. Su tarea, capitán, será la de infiltrarse en el sector como solía hacer usted con la *Mynock Curioso*, espiar los movimientos del enemigo y recoger datos de inteligencia, pero también lanzar ataques relámpago contra cualquier objetivo que usted estime conveniente y siempre que le surja la oportunidad. Como en los buenos viejos tiempos de la Alianza, ¿verdad?

Gen'yaa sonrió. - Adivino que esta vez no tendremos que preocuparnos demasiado por la posibilidad de causar daños colaterales.

Star Wars: Daños Colaterales

- Exacto. No encontrarán a demasiados civiles allí, sólo bases imperiales, estaciones de avituallamiento y convoyes militares. Ah, se le pedirá que intente usted capturar algunos TIE intactos. Al parecer su viejo amigo, el general Crix Madine, nunca tiene suficientes para sus operaciones encubiertas.

- He ahí un coreliano con el que no me importa trabajar. Será un placer para mí servirle de ayuda.

- Lo está haciendo muy bien, capitán. Llegué a estar realmente preocupado por usted y por su futuro cuando la situación en Seibergia nos explotó en la cara, pero ha conseguido salir reforzada de la crisis. Es usted un orgullo para el pueblo bothan. Siga haciendo su trabajo como hasta ahora y yo me aseguraré de que su nombre salga a relucir cuando se discutan nuevos ascensos a almirante en el Consejo.

Talina Gen'yaa sintió que se ruborizaba - aunque muy levemente -, lo cual era extremadamente raro en ella. Tan raro como el recibir semejantes elogios por parte del consejero Fey'lya. - Muchísimas gracias, consejero. Me honra usted.

Fey'lya hizo una ligera inclinación de cabeza. - Hasta la próxima, capitán de navío Gen'yaa. Por favor, manténgame usted informado de sus hazañas.

- Lo haré - respondió ella mientras la imagen del político se desvanecía. Gen'yaa se recostó contra el respaldo de la silla y dejó escapar una breve carcajada. - Sí señor. Las cosas han salido *muy* bien.

- No creo que aceptar la oferta de Ivonne para que nos preparara un banquete haya sido una buena idea - le iba diciendo Raiven a Solo. Los dos pilotos iban camino de las cocinas del *Guarida del Lobo* para cumplir la última orden de Víbora como comandante en funciones del escuadrón - ésas habían sido sus palabras exactas -. Habían sido honrados con la misión de ayudar a Groznik y a Ivonne a llevar la comida al *Refugio Antibombas*.

- Tienes que admitir que fue la mar de amable por su parte.

- Oh, sí, pero mi estómago ya tiene suficientes problemas intentando digerir la comida *supuestamente* humana que suele preparar. Un festín al estilo wookiee promete ser mucho más de lo que puedo aguantar sin pasar por la sección médica.

- Quizá debería añadir lo persuasiva que fue también. Como tú no estabas allí, te diré que parecía hablar en serio cuando amenazó con arrancarle los brazos a cualquiera que declinara la invitación.

Raiven casi se atragantó. - Eso es lo que pasa cuando aceptas a una wookiee por cocinera. Y digo yo, ¿qué tienen de malo los procesadores de alimentos que hemos conocido durante toda nuestra vida adulta?

Solo se rió. - Al menos tenemos de vuelta al doctor Benny. Sus remedios herbales para la indigestión y otros dolores semejantes van a estar de lo más solicitados esta noche. Bueno, ya llegamos. Intenta que no se te caiga nada, o no tendrás que preocuparte por no comer lo suficiente para el gusto de Ivonne. Te arrancará los brazos aquí y ahora y Groznik le ayudará a hacerlo.

- Pues entonces ten cuidado tú también con esas torpes manos tuyas, amigo mío.

Cuando la puerta de las cocinas se deslizó a un lado para dejarles entrar, Solo y Raiven se encontraron a tres wookies conversando animadamente en torno a lo que parecía una montaña humeante de comida,

algunos de cuyos ingredientes parecían seguir aún con vida – al menos estaba claro que se movían -. Groznik llevaba apagado su traductor, así que los dos pilotos humanos no podían entender nada de la cacofonía de gruñidos y rugidos procedentes del grupo. Raiven tragó saliva ante la visión del banquete que les esperaba.

- Oye, compañero - dijo Solo en voz baja, casi inaudible por los gritos de los wookies -, creí que sólo había dos wookies a bordo del *Guardia del Lobo*. Esos son Groznik e Ivonne, ¿pero quién es el otro?

- No lo sé, pero me pone los pelos de punta. Míralo, es todavía más alto que Groznik.

- Hey, oficiales - dijo alguien detrás de ellos -, ¿podéis ayudarme a encontrar el bar de los pilotos? Me estoy cansando de escuchar las historias familiares de estos tres.

Solo se volvió y abrió la boca para contestar, pero su conmoción al reconocer al hombre que tenía ante sí, a pesar de que no vestía de uniforme, casi le hizo tragarse la lengua.

- ¡General Solo, señor!

- Tranquilo, piloto, que esto no es nada oficial. Se supone que estoy aquí de incógnito. Podéis tutearme y llamarme simplemente Solo. ¿Y vosotros sois...?

- Solo, señor, quiero decir, capitán Charbel Tengroth, señor, eh, Solo - Raiven estaba haciendo visibles esfuerzos para no soltar una carcajada. - Y éste es mi compañero, el teniente Mike Rovardi.

- Encantado de conocerte - dijo Raiven. - Nos estábamos preguntando quién era el enorme wookie, pero creo que ya lo sabemos.

- Ah, sí, Chewbacca estaba loco por ver a su sobrina y degustar lo que ella llama comida de verdad.

- Parece que no era casualidad el que a Ivonne le diera por preparar un festín wookie precisamente hoy - dijo Solo.

- El secreto está en mezclarlo todo bien con sus licores. Vuestro estómago sufrirá mucho menos por el abuso, aunque probablemente estaréis borrachos mucho antes de llegar al postre. Eso también ayuda, por supuesto. - Han Solo se echó a reír. - No, ahora en serio. Pegáos los dos a mí y comed lo mismo que yo coma. Procuraré elegir sólo los platos más seguros.

- Muchas gracias. Tu ayuda en esto será de lo más apreciada, te lo aseguro - contestó Raiven con una sonrisa de alivio.

- No hay de qué. Ah, por cierto, estoy un poco confundido. Cuando os he preguntado el nombre, tú has dicho primero Solo y luego has cambiado y has dicho... ¿Tengroth? Ése es un apellido coreliano, y tu acento me suena al viejo hogar, también.

- Cierto. Me llamo Tengroth, pero mi apodo es Solo. Y desde luego que sí, soy coreliano.

- Tu apodo, ¿eh? Eso lo explica. Por un momento creí que éramos parientes o algo así. O sea, que tú eres ese Solo del que he oído hablar tanto, el que resolvió la crisis seibergia con su compañero... Ah, ¿ése eras tú, Rovardi? Vaya, pues tenéis que contarme la historia completa. Remojándola con unos tragos de Whyren Reserva, claro.

- Será un placer - dijo Raiven. - Se suponía que teníamos que ayudar a Ivonne y a Groznik a llevar la comida, pero me parece que ya tienen toda la ayuda que necesitan.

Star Wars: Daños Colaterales

- Sin duda.
- Es una pena que ya no nos quede Whyren Reserva a bordo - comentó Solo con una expresión súbitamente apenada.
- ¿Estás seguro de eso?- preguntó Han Solo abriéndose la chaqueta. Los cuellos de dos botellas asomaban de un bolsillo interior realmente grande. Solo reconoció las etiquetas al primer vistazo. - Realmente tengo que compartir este cargamento, ¿sabéis? Mañana tengo que ver a una chica y no quiero enfrentarme a ella con algo que supere a una resaca clase media.
- Me parece estupendo, Solo.
- Acabo de convertirme en Han para ti y para tu amigo. Y Dime, Mike, ¿tú también juegas al sabacc como tu compañero? También me he traído una baraja y un campo aleatorio portátil...

Llamarada y Alce disfrutaban de la fiesta en el Refugio Antibombas, de la música, de los chistes e incluso de la exótica cena - después de un mes de sopa nutritiva se habían vuelto mucho menos exquisitos en lo referente a la comida, si es que alguna vez lo habían sido -, pero sobre todo de la compañía de los amigos. Algunos de ellos, no obstante, recordarían esta celebración en particular con algo menos de alegría, puesto que Han Solo estaba dejando en cueros a todos los que se atrevían a sentarse a su improvisada mesa de sabacc, empezando por "el otro Solo". El verpine Meggo era el invitado estrella del escuadrón, por su decisiva acción que culminó con la absolución de Llamarada y de Alce. Phasx y él parecían pasárselo bien, aunque era difícil estar seguro con ellos salvo por el ocasional movimiento de antenas. Si no se producían retrasos, las nuevas piernas de Meggo llegarían en un par de días, y entonces el doctor Al Saruff le operaría para realizar los implantes él personalmente.

En un momento dado, cuando el nivel de ruido comenzaba a descender ya gradualmente - con la única excepción de la mesa ocupada por los tres wookies - aunque todavía no se había ido nadie, la risa alegre de Llamarada se fue transformando en una sonrisa de melancolía mientras miraba a su alrededor.

- ¿Pasa algo, cielo?- preguntó Alce a su lado.
- Nada. Es sólo que me estoy acordando de otras fiestas como ésta.
- Y echando de menos a los que ya no están, ¿verdad?
- Sí, algo así. Ha sido un largo viaje, ¿no crees? Quizá no en el tiempo, ¿cuánto? ¿Tres años? Pero la cantidad de cosas que han pasado, las aventuras, las tragedias, tantos buenos y malos momentos... - Llamarada miró de reojo el vaso medio vacío que sostenía en la mano e hizo una mueca. - Debes pensar que se me está subiendo esto a la cabeza.
- No te digo que no - Alce sonrió. - Pero lo cierto es que yo estaba pensando más o menos en las mismas cosas. Sabes, durante bastante tiempo he sido el oficial de Entrenamiento del escuadrón. He visto un buen puñado de rostros jóvenes llegar y perderse en un fogonazo. Si me pusiera a contarlos... Siempre he intentado evitar este tipo de pensamientos. Son peligrosos cuando lo que debes hacer es concentrarte en mantenerte vivo a ti mismo y a aquellos a tu cargo - Llamarada asentía -, así que haces todo lo posible por intentar que no te afecte. Pero siento como si todo lo que ha pasado, lo bueno y lo malo,

hubiera derribado de algún modo todos los muros que había erigido para protegerme.

- Eso no es necesariamente malo.

- No he dicho que lo sea. Pero ahora soy consciente de un montón de cosas que antes solía ignorar, o que hacía como si no las viera. Cosas que ahora me parecen más importantes que nuestro trabajo, más importantes que la guerra.

- Sé lo que quieres decir. Yo solía pensar no hace tanto que ser comandante de escuadrón era lo mejor que me había pasado nunca. Estaba orgullosa de haber llegado hasta aquí, era mi vida. El resto de cosas parecían venir en el mismo lote. Todos mis mejores amigos eran pilotos del escuadrón. El hombre del que me había enamorado también era otro piloto...

- ¿Se puede saber de quién estás hablando? - bromeó Alce.

- Ciertamente no de ti - respondió ella, aunque al tiempo que lo decía desmintió sus propias palabras apretando la mano de Alce con la suya. - No, en serio. El escuadrón era la razón y el origen de todo. Pensaba que si perdía eso, perdería mi vida entera. Pero ahora ya no pienso de ese modo. Tú y toda esta banda de impresentables, vosotros sois mi vida. No el escuadrón, no ser comandante, ni siquiera ser piloto. Os guiaba al combate y me olvidaba de quiénes erais mientrasuviésemos una misión que cumplir. Quizá es así como debe ser, pero ya no sé si podría hacerlo de nuevo. He descubierto que no soy tan infalible. No es que antes creyese que lo era, pero confiaba por completo en mi capacidad para decidir qué era lo que había que hacer en cada momento. Ya no estoy tan segura. Era consciente de que podía conducirnos a todos a la muerte si me equivocaba, o causar la muerte de otros que no lo merecían. El saberlo formaba parte de mi trabajo. Pero ahora me he dado cuenta de que me importáis demasiado, no sólo vosotros, sino también aquellos a los que podríamos causar algún daño por accidente, como esos refugiados, como para no preguntarme a cada segundo si estoy tomando la decisión más correcta. Rúster tenía razón: los tiempos han cambiado, pero nosotros hemos cambiado también.

- Cada palabra que has dicho refleja mis propios pensamientos. Llevo dándole vueltas a esto desde el mismo instante en el que Organa dijo que éramos inocentes. También he pensado en lo que me dijo Gen'yaa el otro día, ya sabes, eso acerca de la gente a la que aún podemos ayudar. Creo que Gen'yaa dio en el blanco. Tenemos una responsabilidad por ser quienes somos y por lo que somos. Siento que tengo el deber de seguir volando y peleando para hacer de esta galaxia un lugar mejor, pero siento también que no quiero hacerlo desde una posición de mando, ni siquiera el de un grupo de vuelo. Quiero volver a ser un piloto más, uno que obedezca sus órdenes y lo haga lo mejor que pueda para llevarlas a cabo. Inocente o no, la próxima vez que le dispare a algo, quiero que sea porque alguien me lo ordena. A lo mejor es un poco egoísta por mi parte, pero no puedo evitarlo.

Llamarada asintió. - Estos días me he estado preguntando si estaría dispuesta a renunciar al mando del escuadrón, y si eso era realmente lo que quería. Ahora lo sé.

- ¿Estás segura?- Alce la miró con sorpresa y preocupación. - Para mí es más fácil decir que no quiero una posición de mando, sólo soy el oficial de Operaciones. Lo mío es un mando técnico más que otra cosa, ¿pero tú? Mira, eres una de las mejores comandantes que he conocido nunca, y he conocido a

unos cuantos. ¿Puede que sea por la bebida, cómo tú misma has dicho antes? ¿O quizá por mi enorme bocaza?

- No - respondió Llamrada mirando a Alce directamente a los ojos. Sonreía, pero su mirada era tan seria como sus palabras. - Soy una piloto estupenda, y quizá también una buena comandante, pero de lo segundo ya he tenido bastante. Yo tampoco puedo evitar ser egoísta en esto. Que sean otros los que decidan a partir de ahora, yo me limitaré a hacer lo que me digan y a intentar hacerlo lo mejor posible, como tú decías.

- Tendrán que entenderlo.

- Y si no lo entienden me da igual, puedo vivir con ello.

Ambos miraron a Víbora, que estaba charlando animadamente con Mar Hanniuska. Ella se reía por algo que él le estaba contando. Después de darles la enhorabuena por el resultado final del consejo de guerra, lo siguiente que había dicho Víbora era lo feliz que le hacía poder devolverle el escuadrón a Llamrada. De hecho ahora se le veía aliviado y relajado como nunca.

- No le va a gustar - dijo Alce.

- Lo hará, con el tiempo. Ahora al fin, una vez que ya no estoy estúpidamente preocupada por la posibilidad de que me esté intentando quitar mi escuadrón, me doy cuenta de Víbora que está hecho para ser comandante.

- ¿Esperamos hasta mañana? Odiaría estropearle lo que queda de fiesta.

- Yo también, pero mañana puede que sea demasiado tarde. Esto es algo que no quiero reconsiderar. Venga, vamos.

Desde el mismo instante en el que los vio levantarse y venir hacia él, Víbora tuvo un mal presentimiento. *Por una vez que me lo estaba pasando bien de verdad*, pensó Víbora mientras caminaba hacia el camarote de Ibero, muy próximo al suyo. Allí lo encontró, aparentemente muy ocupado sentado frente a su consola.

- No te lo vas a creer - dijo cuando la puerta se cerró a su espalda.

- ¿Creerme qué?

- Que Llamrada ha dimitido como comandante del escuadrón. Tanto ella como Alce están dispuestos a aceptar que los degraden en rango con tal de no tener que volver a ocupar sus antiguas posiciones.

- Pero yo creí que ahora... Quiero decir, les han declarado inocentes, ¿no?

Víbora se encogió de hombros incómodo. - Si quieres saber por qué lo hacen tendrás que preguntárselo a ellos.

Ibero resopló. - Olvídalo. ¿Significa eso que tú y yo vamos a seguir siendo comandante y oficial ejecutivo?

- Sí, pero ya no sólo en funciones. A Gen'yaa no le han informado todavía, pero lo más probable es que apruebe el cambio. A ella en el fondo le da igual, aunque estoy seguro de que no le es fácil entender que alguien quiera ser degradado a propósito. Por favor, no me digas que piensas rechazar el ascenso cuando te lo ofrezca. Bastante tentado estoy yo de hacerlo.

Ibero se tomó su tiempo para responder, lo que hizo a Víbora temerse lo peor. - No podría hacerte eso - dijo el iberiano al final. Víbora casi suspiró de alivio. - Pero... oh, mierda. Me gustaba más trabajar con los temas de Inteligencia, ya sabes.

- A mí también. Pero entonces se fue Avalancha y Lllamarada me eligió como su oficial ejecutivo.

Ibero sonrió entre resignado e irónico. - Y ahora vas y me haces lo mismo tú a mí, ¿eh?

- Algo así - respondió Víbora devolviendo la sonrisa. - Yo tampoco quería esto. De hecho, jamás he pretendido llegar a mandar un escuadrón, era algo que sencillamente no me planteaba.

- Lo sé. En los días en los que me uní a vosotros, eras el arquetipo del cazador solitario con una vena suicida. Todavía no se me ha olvidado la vez aquella en que atacaste a un portanaves de escolta por tu cuenta, solos tú y tu ala-A. La bronca que te echó Avalancha se oyó dos cubiertas más abajo... Ah, y aquella otra en que...

- De memoria estoy bien todavía, gracias.- Víbora sonrió para suavizar la aparente rudeza de su respuesta. - Pero tienes razón. Solía verme a mí mismo exactamente así, como un cazador solitario. Incluso prefería volar sin hombre ala para no tener que preocuparme por nadie más.

Ibero asintió con la cabeza. - Pero empezaste a cambiar después de aquella excursioncita que hicimos hace ya casi dos años, ¿recuerdas? Cuando descubriste que tu antigua novia seguía viva y que su muerte fue un engaño, como casi todo lo que te rodeaba mientras estuviste en el otro bando. Y no has dejado de cambiar desde entonces.

- ¿Eso crees? Sí, supongo que sí que he cambiado. He dejado el pasado atrás, donde debe estar, y me he ido acostumbrando a confiar otra vez en la gente. A necesitarles y a que ellos me necesiten a mí. Pero aún así, esto no entraba en mis planes. Ni para hoy ni para el futuro inmediato.

- En estos tiempos no se pueden hacer planes, ya lo sabes - Víbora notó algo extraño en el tono de Ibero, aunque no sabía muy bien qué. El iberiano dejó escapar un suspiro. - ¿Qué te ha dicho Lllamarada?

- Que tengo todo el entrenamiento y la experiencia que necesito. Que prefiere cederle el mando a alguien de dentro del escuadrón en quien confía que a alguien venido de fuera. También dijo que el hecho de que no quiera el cargo me hace más indicado aún para ostentarlo.

- Sólido argumento, si lo piensas bien. Significa que no utilizarás el escuadrón como medio para seguir consiguiendo ascensos.

- Por supuesto que no. Pero aún me cuesta verme en esta posición. La primera vez que entramos en combate conmigo al mando perdimos a cuatro pilotos.

- Y en la última no perdimos a ninguno. Lo que le pasó a Torpedo y a los otros no fue culpa tuya. Tal y como estaban las cosas, alguien tenía que caer ese día. Yo mismo estuve a puntito de que me picaran el billete.

- Lo sé, y eso es precisamente lo que me quita el sueño. Supongo que tendré que acostumbrarme. ¿Se lo contaste a tu mujer, por cierto?

- No, qué va. Esto ya es bastante duro para ella. Prefiero que no se entere de que he estado a punto de cruzar la línea. Otra vez.

Víbora asintió. - A veces me pregunto cómo lo aguantas. Me refiero a que el tener tu propia familia tiene que hacerte ver el peligro bajo una perspectiva muy diferente.

Ibero apretó los labios. - Así es. Sobre todo cuando la palabra familia incluye hijos o hijas. A veces resulta difícil ignorar el impulso de salir huyendo.

Ibero apartó la mirada por un instante y Víbora siguió su recorrido. Sobre su terminal rotaban lentamente los esquemas de una nave de un modelo desconocido, mostrando la disposición de varios sistemas en el interior de la estructura principal.

- ¿Qué es eso? - preguntó por curiosidad, y también un poco por cambiar de tema de conversación.

- Una oferta de trabajo, uno civil. La recibí hace una semana, cuando ya estábamos aquí.

- ¿Qué? ¿Así que has estado pensándote lo de dimitir?

Ibero volvió a suspirar al tiempo que negaba con la cabeza. - Admito que he jugado con la idea, pero acabo de responderles con una negativa. Por eso me he ido pronto de la fiesta. No quería retrasarlo más.

Víbora tardó algunos instantes en terminar de digerir aquello. - Pero, ¿de qué iba la oferta?

- Era de Incom Corporation. Están en las primeras fases del desarrollo de una nueva generación de caza estelar. De momento lo llaman ala-E por la forma. Esto que ves aquí son unos diseños preliminares que me han enviado junto con la oferta. Piensan tener a varios equipos trabajando a la vez en distintos subproyectos, y lo que me proponían era ser el ingeniero jefe del grupo encargado de desarrollar el software del ordenador de vuelo. Dicen que mi experiencia militar me permitiría saber en cada momento qué es lo que un piloto de caza necesita realmente de su ordenador y qué no, y asegurarme por tanto de que eso sea exactamente lo que se encuentren cuando se sienten a los mandos del nuevo modelo.

- Desde luego tiene sentido.

- Muchísimo. Lo tienen todo pensado. El trabajo en sí es como un sueño hecho realidad, el sueldo una maravilla, sobre todo al compararlo con lo que ganamos como pilotos, y encima podría hacer la mayor parte del trabajo sin moverme de Iberyia, si eso es lo que quiero. Pero eso no es todo, tenían incluso una oferta para mi mujer. Es matemática, ya sabes, y según ellos la Incom estaría encantada de añadir una más a los muchos que ya tiene en nómina. Ah, y cuando mi hija fuera lo bastante mayor, se comprometían a pagarle una beca de estudios para que fuera a la universidad que eligiera.

Vyper silbó con incredulidad. - ¿Entonces dónde está el pero?

Ibero asintió con tristeza. - El pero es que no puedo aceptar este trabajo ni ningún otro. Aún no, quiero decir. No puedo irme tranquilamente y dejar que seáis otros los que os encarguéis de seguir luchando contra el Imperio, de mantenerlo a raya para que mi familia y yo podamos disfrutar de una vida pacífica y segura. Maldita sea, la Nueva República liberó mi planeta hace apenas unos meses. Todos vosotros estabais allí, y hubo mucha gente que se dejó la piel en el intento. Luchando por mi familia y por mí mismo, entre otras cosas.

- Tú también estabas allí.

- Sí, pero es que era *mi* planeta, ¿no es así? Siento que he contraído una deuda que no he pagado aún. Con la Nueva República y con este escuadrón. Y contigo también.

- Venga, me has salvado el trasero más de una vez.

- No las suficientes como para estar empatados - Ibero sonrió. - Quizá algún día, cuando tomemos Coruscant o algo así, y si no me han matado todavía, me sentiré libre para decir adiós a esta clase de vida.

- Tomar Coruscant... Qué bien suena. Para entonces yo también podría pensármelo. Antes de entrar en la Academia, me quedaba sólo un curso para terminar mi carrera. Ingeniería fotoeléctrica.

- ¿Estudiabas ingeniería?- preguntó Ibero con expresión sorprendida, y quizá un tanto dolida. - Nunca me habías hablado de eso...

Víbora se encogió de hombros a modo de disculpa. - No creo que lo sepa nadie aquí. Es una de esas cosas que parecen olvidárseme a mí mismo la mayor parte del tiempo. Tenía tantas ganas de convertirme en piloto de caza que cuando vi que por fin habían aprobado mi solicitud lo dejé todo para salir volando hacia Carida. Familia, amigos, estudios, todo.

- ¿Te arrepientes de haberlo hecho?

Víbora negó con la cabeza. - No, en realidad no. Para empezar, si no me hubiera marchado, estaría tan muerto como el resto de la colonia... Pero ahora que te he oído hablar de lo de ese trabajo para Incom, mira, eso es algo que me puedo imaginar haciendo para ganarme la vida.

- ¿Sí? Pues si quieres puedo enviarles un mensaje, decirles que conozco a alguien que encajaría seguro para el puesto.

Víbora se echó a reír. - No me tientes, no me tientes, hoy no. No, como tú dices, a mí tampoco me ha llegado la hora para dejar esto. Yo también tengo una deuda que saldar, una bien alta, por el tiempo que pasé luchando para el Imperio y la gente a la que maté en su nombre.

- Así que estamos juntos en esto.

- Exacto, amigo mío.- Víbora le ofreció la mano extendida a Ibero y éste se la estrechó sin vacilar. - Me alegro mucho de poder contar conmigo.

Ibero asintió pero no dijo nada. Víbora decidió que era momento de hablar de otra cosa antes de que a los dos les entraran ganas de volver al *Refugio Antibombas* a emborracharse y a llorar juntos.

- Muy bien. Ahora ponme al día de todo lo que ha pasado mientras he estado en tierra. Ya me han dicho que el doctor Al Saruff está de vuelta, pero eso es casi todo lo que sé.

- Bien, la otra buena noticia es que todos nuestros cazas están reparados y a punto. Las malas que no tenemos bastantes pilotos para volar en todos ellos.

Víbora frunció el ceño. - Creí haberte dicho que enviaras una solicitud al Mando de Cazas pidiendo candidatos para cubrir nuestras bajas.

- Y eso hice. Sólo hemos recibido un nombre, un tal Erebus. Antes de que me lo preguntes te diré que a nuestros dos sulustanos los ha reclamado el Mando de Defensa de Sullust. Vienen a buscarles mañana.

Víbora puso los ojos en blanco. - ¿Ese Erebus es lo bastante bueno, al menos?

- Oh, sí, por lo que he visto en su informe nos servirá. Pero es sólo uno de cinco, y me han dejado bien claro que no habrá más por el momento. La Nueva República tiene que cubrir demasiados frentes estos días, y el número de pilotos bien entrenados es limitado.

- No hace falta que me lo digas... Vaya, me temo que no vamos a poder mantener nuestra organización actual. Tres grupos de vuelo es demasiado para un escuadrón con menos de quince o dieciséis pilotos.

- Parecía una buena idea en su momento, pero supongo que tienes razón. Adiós a los Sombras, los Colmillos y los Zarpas.

- Es una verdadera pena. En fin, ¿alguna cosa más?

Star Wars: Daños Colaterales

- Raiven y Solo vinieron hablando acerca de la posibilidad de intentar recuperar el *Al'yin'ia*.

- Creí que se estrellaron con él.

- Sí, pero dicen que los daños se podrían reparar. Pidieron una lanzadera, piezas de repuesto, y que les prestásemos a Hanniuska unos días. ¿Crees que Gen'yaa lo aprobaría?

- No lo sé. Veré qué puedo hacer. - Víbora arrugó la frente. - Imagino que más me vale irme acostumbrando a tener que hablar a menudo con Gen'yaa.

- Sí, cuanto antes te hagas a ello mejor.

- Bueno, vale, pero puede esperar hasta mañana. Lo más urgente es cubrir las vacantes en los puestos de mando. Afortunadamente Llamarada se compadeció de nosotros y se ofreció como oficial Táctico por el momento. Eso nos deja Inteligencia y Operaciones.

- ¿Has pensado ya en alguien?

- De hecho, lo he estado considerando desde que nos enteramos de lo de Torpedo. Por aquel entonces había muchas posibilidades de que a Llamarada y a Alce no les dejaran volver al servicio, así que decidí ponerme en lo peor y me fui preparando para tener esta conversación más pronto o más tarde.

- Así que lo viste venir, ¿verdad?

- Supongo que sí. No deja de ser sorprendente cómo han conspirado las circunstancias para llevarnos hasta el mismo punto por un camino diferente. Bueno, volviendo al tema, ¿qué te parece Araña como oficial de Inteligencia?

Ibero reflexionó sobre eso. - Tiene cerebro y el grado adecuado de paranoia que requiere el trabajo. Sería un digno sucesor. Y apuesto a que le encantará lo de tener acceso a la información clasificada. Aunque sólo sea por eso estoy seguro de que aceptará.

- Araña entonces. ¿Y para Operaciones?

- A lo mejor te parece una locura, pero creo que se me ocurre alguien para ese puesto.

- ¿En serio? Yo también he pensado en alguien, pero dime tú primero.

- Rúster. Ya sé que no es combatiente, pero ya somos cuatro dentro del grupo de mando, ¿no? Quizá deberíamos plantearnos incluir a alguien más acostumbrado a pensar en cómo salvar vidas que en cómo quitarlas. Alguien que estará atento para señalarnos los posibles daños colaterales que podamos causar con nuestros planes para cada misión. ¿Se puede saber por qué sonrías así?

- Porque yo también había pensado en Rúster. Por las mismas razones.

Ibero se echó a reír. - Ya tengo ganas de ver la cara que pone cuando se lo proponemos y... - Ibero se interrumpió sobresaltado por la súbita aparición de un icono de aviso en la consola, parpadeando sobre los esquemas del ala-E.

- Anda, ¿y esto? ¿Te importa si echo un vistazo?

- Claro que no, haz lo que tengas que hacer - Víbora observó como Ibero entraba en el sistema y buscaba la razón para la señal de aviso. Su expresión fue de sorpresa cuando al parecer dio con la respuesta.

- ¿De qué se trata? - preguntó Víbora acercándose.

Ibero se acarició la barbilla durante unos instantes, mirando la pantalla como si no terminase de creerse lo que mostraba. - Cuando estaban aún en el

campo de refugiados - comenzó a explicar -, justo la noche después de que se resolviera todo, Alce me llamó y me pidió que buscara a alguien por él en la Holored, según él un pariente de una de las refugiadas. Parecía muy importante para él, así que hice todo lo que pude.

- ¿Y lo encontraste?

- No exactamente. Según los datos que pude recuperar resultó que el tipo, un tal Tedanian, fue uno de los ingenieros que participó en el proyecto Estrella de la Muerte...

- ¡Sangre del Emperador!

- Ésa fue mi misma reacción. Las pistas que encontré me llevaron a pensar que había muerto en Endor, a bordo de la segunda de ellas, o asesinado poco después por agentes imperiales. No obstante, con la ayuda de mi unidad R2, programé varias rutinas autónomas y las solté en la Holored para que mantuvieran una búsqueda pasiva, alertas a cualquier rastro de ese hombre diferente a lo que ya había encontrado. Les añadí un parámetro para que se autoborrarán al cabo de tres meses... En fin, lo que pasa es que uno de esos programas ha dado con su paradero. Tengo que decírselo a Alce.

- Espera un momento. Si has encontrado a uno de los ingenieros de la Estrella de la Muerte y está vivo...

- ...lo más probable es que tengamos que entregarlo.

- Exacto.



EPILOGO

- ¿Estás segura de que no quieres venirte con nosotros? - preguntó Deveralia. Ella y su familia miraban con aprensión hacia lo que quedaba de la casa de Sdermila. Uno de los muros laterales se había derrumbado por completo, y había importantes grietas en los otros tres. Grandes porciones del tejado se habían hundido, y el resto mostraba claros indicios de que se había producido un incendio. En muchos lugares, la sencilla pintura blanca con la que habían estado cubiertos las paredes aparecía ennegrecida por el humo, cuando no se había consumido por completo. No quedaba ni un solo panel de cristal intacto en las ventanas. Una de ellas tenía el marco totalmente arrancado, fuera de su sitio. La puerta estaba abierta, al parecer desvencijada. Por comparación, el establo parecía en mucho mejor estado que la casa. Deveralia miró alrededor. Las otras que había alrededor tampoco presentaban mejor aspecto.

Sdermila sonrió con tristeza mientras negaba con la cabeza. - No, Deveralia. Os lo agradezco, pero prefiero quedarme aquí. Ahora es una ruina, pero todavía es mi casa, la misma en la que viví felizmente con mi marido y en la que nacieron y crecieron mis hijos - Una vez más, la desgastada mujer sintió como si acabaran de clavarle una daga en el pecho. Su marido, sus hijos, su familia entera había desaparecido para siempre. Esa casa quemada era todo lo que le quedaba de ellos. Su ausencia dolía horriblemente, más incluso aquí que cuando estaba en el campo de refugiados, pero no existía ningún otro lugar en el que quisiera estar.

- Pero es que parece a punto de venirse abajo - objetó Sante. - Los niños estarían encantados si aceptaras venir a vivir con nosotros, a nuestra casa... - El hombre acabó la frase con mucha menos convicción que con la que la había empezado. Por todo lo que sabían, su casa podía estar aún en peores condiciones que ésta, o no existir ya en absoluto. De repente, el vivir cerca de Nurtina no parecía garantía suficiente de que fueran a encontrar un hogar más o menos intacto al que regresar.

- Sí, Sdermila, por favor, ven - imploró Lía, incapaz de imaginar como su padre que su casa pudiera estar en tan mal estado como ésta. A su lado, el inquieto Figor asentía vehementemente mostrándose de acuerdo con su hermana.

- Sería maravilloso vivir con vosotros. Pero no puedo ir, de verdad.

- Tienes nuestra dirección - dijo Deveralia. Siempre puedes venir si más adelante cambias de idea.

- No te digo que no - respondió Sdermila. - A lo mejor en unos días me canso de barrer esto y me voy para allá - Ella sabía perfectamente que no iba a ir, pero dejar la posibilidad abierta serviría para hacer el adiós más fácil, sobre

todo para los niños. No podía dejar que adivinaran lo que realmente tenía en mente.

Redina y Dimeter habían insistido también para que les acompañase a Vina Bosolia. En ese medio devastado mundo se estaba llevando a cabo un proceso de reconstrucción bajo el patrocinio de la Nueva República, y ésta había ofrecido a los refugiados balanios la posibilidad de emigrar allí sin coste alguno. El personal de ayuda del campo les había dicho que en Vina Bosolia tendrían muchas oportunidades de encontrar un trabajo decente y poder empezar una nueva vida. Redina y Dimeter se contaban entre aquellos que habían decidido aceptar la, a priori, generosa oferta, pero Sdermila había dicho que no. No quería ir ni a Vina Bosolia, ni a Nurtina, ni a ningún otro sitio. Se sentía demasiado vieja como para empezar otra vez, y no quería convertirse en una carga para nadie. La verdad era que no tenía deseo alguno de seguir viviendo. Había venido con Deveralia y los suyos sólo porque tenían que pasar cerca de su pueblo en su camino a casa.

Una vez aquí, se limitaría a esperar que le llegara la muerte.

Sdermila volvió la mirada hacia la pequeña Katia, que dormía plácidamente en brazos de su madre, felizmente ignorante de las tribulaciones de sus mayores. Sdermila sonrió con ternura. - Por favor, déjame cogerla un momento.

Deveralia le devolvió la sonrisa y le pasó la niña. Sdermila la acunó suavemente en sus brazos, como tantas veces había hecho en el campo, sabiendo que ésta sería sin duda la última vez. - Duerme, mi niña, duerme. Aún te queda un largo viaje hasta casa, pero ya estás un poquito más cerca. Voy a echarte de menos - Al decirlo en voz alta se dio cuenta de hasta qué punto era cierto. El corazón se le encogió todavía un poco más al pensar en la inminente separación, pero eso no disminuyó su resolución. Sdermila le dio un beso al bebé en la mejilla y se lo devolvió a su madre. - Y también voy a echaros de menos a vosotros, mis queridos Lía Y Figor. ¿No vais a darle un gran abrazo a la vieja Sdermila antes de despedirnos?

Los dos niños se arrojaron a los brazos de Sdermila, lo más parecido a una abuela que habían conocido nunca. Demasiado consciente de sí mismo como para ser tan pequeño, Figor hacía visibles esfuerzos por no ponerse a llorar. Los niños no lloran, parecían decir sus labios apretados, pero al final no pudo aguantarse más. Sdermila le consoló lo mejor que pudo. Lía, por el contrario, parecía mucho más calmada que su hermano. Como si su falta de lágrimas requiriese alguna explicación, la niña decidió ofrecerla. - Mi papá dice que cuando estemos en casa volverá para ver si estás bien, y que si no lo estás te traerá con nosotros.

- Por supuesto que lo haré - se apresuró a confirmar Sante después de un primer instante de vacilación. Deveralia asintió sin dar muestras de haberse sorprendido por la idea, aunque sí un poco por el hecho de que Lía lo supiera. Sdermila se dio cuenta de que realmente habían tenido que hablarlo, y seguramente Lía les había oído.

- Eso es muy amable por tu parte, Sante. Pero no... - Sdermila tragó saliva, sintiendo que se estaba emocionando a su pesar. Tenía que hacerles cambiar de idea. No quería que Sante volviera para encontrarse su cadáver acurrucado en un rincón de la casa derruida. Era mejor que nunca lo supieran. - No, no hace falta, de verdad. Estaré bien, en serio.

- No es por ti, testaruda mujer - dijo Deveralia, sonriendo a pesar de que los ojos empezaban a llenársele de lágrimas. - Es por nosotros.

Sdermila sonrió como pudo y asintió en silencio. Incapaz de decir nada más, le dio un corto abrazo a Sante y a Deveralia y comenzó a caminar hacia la casa sin volverse a mirar atrás ni una sola vez. No quería que la vieran llorar.

Entró por la puerta principal, aunque el muro derruido la hacía completamente innecesaria. Dentro era aún peor. No había energía, como era de suponer, pero a través de los agujeros en el tejado - visibles gracias a que parte del suelo de la planta alta también se había venido abajo - y de las ventanas rotas entraba luz más que suficiente. Sdermila jadeó, viendo en lo que se había convertido su casa. La mayor parte de los muebles los habían destrozado a hachazos o algo así. Habían usado la madera para encender una hoguera en mitad de lo que solía ser el salón. Los pocos objetos de adorno que tenía, la mayoría pequeños regalos hechos a mano por Taigor y por los niños, estaban rotos y esparcidos por el suelo. A pesar de la ausencia de cristales en las ventanas el hedor era tremendo. Aquí y allá, en cualquier parte, se veían montones de comida podrida e incluso excrementos humanos. Sdermila sintió ganas de vomitar, pero la estancia en el campo de refugiados le había endurecido el estómago. Se preguntó si los que habían ocupado su casa se consideraban a sí mismos personas civilizadas. Su viejo kala'ballo se hubiera comportado muchísimo mejor si alguna vez le hubieran permitido entrar dentro.

Subió las escaleras que conducían a la parte de arriba con gran precaución, temiendo que cada crujido significara que iban a derrumbarse. En su habitación no intentó entrar siquiera. Daba al lado por donde se había caído el muro y también la mayor parte del techo. El incendio, accidental o provocado, había empezado sin duda allí. Afortunadamente la nieve debía haber apagado las llamas, o la casa entera hubiera ardido hasta los cimientos como otras que había visto. La habitación que durante años habían compartido Lania y Jeiran estaba un poco mejor. Sucia, muy sucia, pero más o menos intacta si se la comparaba con el resto de la casa. Dormiría allí esa noche, suponiendo que fuera capaz de dormir algo.

Bajando con el mismo cuidado que había tenido al subir, Sdermila regresó a la planta baja y entró en la cocina. Aquello era un completo desastre, aunque después de lo que había visto ya no se sorprendió. Alguien se había estado divirtiendo a costa de romper platos, vasos y tazones, dejándolos caer al suelo o incluso lanzándolos contra las paredes. Los utensilios con los que había cocinado día tras día para su familia desde que Taigor y ella entraron a vivir en esa casa estaban tirados por todas partes, imposiblemente sucios y grasientos, algunos abollados o dentados por los golpes. El olor era aún peor allí que en el salón. Sdermila se estiró por encima de un asqueroso montón de ollas y sartenes, sobre las que aún quedaban restos de comida en plena descomposición, y probó los dos grifos. Uno de ellos escupió ruidosamente una especie de barro durante algunos instantes pero nada de agua digna de ese nombre, y finalmente se paró. El otro no dio ni siquiera eso. Sdermila suspiró y miró alrededor. Encontró un cubo bajo lo que solía ser su mesa de cocinar, ahora cubierta de basura. Cogió el cubo y salió con él al exterior por la puerta de la cocina, que al menos seguía apoyada sobre sus bisagras.

Aún había nieve más que de sobra, aunque aquí y allá empezaban a asomar algunas calvas. Vacío el contenido del cubo - parecía orina y desde luego olía como tal - a cierta distancia de la casa, y después se quitó la

pequeña mochila que llevaba a la espalda, de la que no se había desprendido en ningún momento. La abrió y sacó una de las pastillas para hacer fuego que le habían dado en el campo. Apiló unos cuantos trozos de madera procedentes de los muebles que le habían roto y con ellos y la pastilla de ignición química hizo una pequeña hoguera. Llenó el cubo de nieve y lo colocó sobre el fuego hasta que se derritió, y después volvió con él a la casa. Entre los medio destrozados armarios encontró algo de ropa que utilizó para hacer trapos.

Así se pasó el resto del día. Alimentando el fuego con más leña de cuando en cuando para que no se apagara, fue llenando cubo tras cubo, empapando trapo tras trapo hasta que estaban tan sucios como todo lo demás, limpiando lo que se podía limpiar y arrojando lo demás por las ventanas, y aprovechando el cubo al salir para ir sacando la pestilente basura de la casa. En ningún momento se le ocurrió mirar camino abajo, hacia la parte principal del pueblo. Si lo hubiera hecho se habría dado cuenta de que había un puñado de casas prácticamente intactas, como si los soldados se hubieran olvidado de ellas o las hubieran respetado a propósito. De haberse fijado, Sdermila habría sabido enseguida que se trataba de lo segundo, pues ésas eran las casas en las que vivían seibergios. Ahora todas estaban vacías, abandonadas por las familias que las habitaban por temor a las represalias que contra ellos pudieran tomar sus propios vecinos. Otra tragedia más a añadir a la historia del castigado pueblo, aunque aquellos a los que les habían quitado mucho más que la casa difícilmente podrían conmoverse por ella.

Sdermila había perdido por completo la noción del tiempo cuando escuchó algo que le hizo apartar los ojos de su tarea. Tras el tráfico constante de lanzaderas que se había visto en Campo Uno durante las últimas semanas, el ruido que hacía una de ellas al aproximarse le resultaba de sobra conocido. Salió a la parte frontal de la casa con más curiosidad que miedo. El sol estaba ya bastante bajo. Sdermila se desconcertó un poco al comprobar que casi se había acabado la tarde y ella ni siquiera se había dado cuenta. Claramente definida contra el color anaranjado que tenía el cielo entre nube y nube, vio una de esas naves de tres alas que al parecer venía directa hacia el pueblo. La lanzadera redujo su velocidad y plegó hacia arriba sus alas laterales. Sdermila comprendió con sorpresa que iba a aterrizar allí mismo, en un área despejada que había a unos cuarenta o cincuenta metros de su casa, y que al fijarse mejor y hacer memoria resultó ser el lugar donde había estado la casa de los Divanian, de la que apenas quedaban ya unos escombros. El polvo y la nieve que levantaron los repulsores ocultaron la nave por unos instantes, obligándole a volver la cabeza para que no se le metiera nada en los ojos. Cuando se desvaneció la polvareda y pudo volver a mirar, vio como, por debajo del morro de la nave, la rampa de abordaje descendía lentamente hasta tocar el suelo. Poco después bajó un hombre por ella y se quedó allí de pie, mirando a su alrededor, aparentemente desorientado o confuso. Sdermila entrecerró los ojos intentando verlo mejor. Era delgado, muy delgado, y casi calvo. Estaba segura de no haber visto a ese hombre nunca antes, y sin embargo había algo en él que le resultaba familiar.

El hombre la vio a ella. Incluso a esa distancia, Sdermila pudo ver cómo le cambiaba la expresión. El hombre comenzó a caminar hacia ella con decisión, y de pronto Sdermila sintió miedo. Por un instante consideró la posibilidad de echarse a correr para escapar de él, pero el hombre parecía joven. La alcanzaría en seguida. Con el corazón latiéndole desbocado,

Sdermila se quedó donde estaba sin moverse, observándolo con aprensión. Desde luego no le asustaba la muerte, a la que esperaba, pero sí que pudieran pegarle y hacerle daño. Entonces se dio cuenta de que el hombre no llevaba armas, ni siquiera un palo, y eso la calmó un poco. De hecho, la actitud del hombre no parecía amenazadora, sino más bien vacilante ahora que se encontraba más cerca de ella. Casi como si fuera él el que tuviera miedo de ella. Más allá de él, a su espalda, vio que alguien más descendía de la lanzadera, esta vez una mujer. Una mujer que tenía cosas de colores sobre la cabeza. Estupefacta, Sdermila reconoció inmediatamente a Rúster. Era imposible de confundir con sus extensiones neurales - aún se acordaba de cómo se llamaban -. ¿Qué estaba haciendo Rúster allí? Pero no pudo seguir preguntárselo por mucho tiempo, pues el hombre desconocido se hallaba ya ante ella. Se detuvo a un par de pasos, frunciendo los labios. Su frente y los alrededores de sus ojos estaban surcados de profundas arrugas, la corta perilla que lucía en la barbilla estaba salpicada de canas. Sus mejillas estaban hundidas. Ésas eran características inusuales para un hombre al que por lo demás se veía que era bastante joven aún, treinta y pico años como mucho. Sdermila identificó en esos síntomas de prematuro envejecimiento las señales de alguien que ha pasado hambre y que ha sufrido, como la gente con la que había convivido durante los últimos dos meses. Como ella misma, sin duda, aunque no recordaba la última vez en la que se había visto en un espejo. Los ojos del hombre estaban tristes al mirarla. Las lágrimas que amenazaban con escaparse de ellos les devolvieron el brillo del que habían carecido antes. Fue entonces cuando Sdermila se dio cuenta de a quién estaba mirando.

- ¿Lania?

- ¿Mamá? Yo... casi no te reconozco, oh, mamá. Tu cara, tu pelo... ¡tan blanco!

- ¡Lania!- Sdermila se lanzó a los brazos de su hijo tanto tiempo perdido, y él enseguida le devolvió el abrazo. - ¡Mi hijo, mi hijo! ¡Estás vivo, y estás aquí! Me dijeron que habías muerto, y tu hermano... - Sdermila no pudo continuar. Lágrimas que no eran todas de pena inundaron su cara. Sollozos que no eran todos de dolor se le quedaron en la garganta, impidiéndole decir una sola palabra más. Lania lloró junto a ella, con los ojos cerrados para no ver la devastación que les rodeaba. Él siempre había pensado que el día en el que volviera a casa sería brillante, alegre y feliz. Lo que se había encontrado en lugar de eso iba más allá de sus peores pesadillas, en las que en realidad nunca había aparecido este lugar. Su madre estaba allí, y eso era lo único que no había cambiado. Su hermano y la familia de la que había oído hablar y a la que había visto incluso en un par de pequeños hologramas, pero a la que nunca había tenido ocasión de conocer, estaban todos muertos, como lo estarían también, probablemente, muchos de sus vecinos, sus amigos de la infancia, la gente que conocía. *Pobre, pobre mamá*, pensó. *Cómo tiene que haber sufrido*. Y él que había creído que su propia historia de terror, de persecución y de miseria era la más terrible que nadie pudiera contar. - Mamá... - comenzó a decir, pero lo que le salió fue un estrangulado sollozo. Lania apretó los dientes y se esforzó para recobrar el control de su voz.

- Sé lo de Jeiran, mamá. Ellos... ellos me lo contaron todo.

- ¿Ellos? ¿Quiénes? ¿Quiénes te lo dijeron? ¿Rúster? ¿Están Alce y Llamrada también en esa nave?

Star Wars: Daños Colaterales

- Sí, esos son los nombres que usan. Ellos dos, y esa mujer lumi que hay allí, vinieron a buscarme...

- Mataron a Jeiran, y a Voeda, y a Drivan, y a Mila...

- Lo sé, lo sé todo. Fue un accidente.

Sdermila apartó la cara del pecho de su hijo lo justo para poder mirarlo a los ojos. - ¿Cómo puedes decir eso?

- He visto cosas horribles, mamá. Me avergüenzo de haber trabajado para quien lo hice, por no haber hecho nada cuando me enteré de lo que estaba ayudando a construir. Eso me hace cómplice de la masacre. Mis manos... mis manos están también manchadas de sangre.

- ¿De... de qué... de qué estás hablando?

- ¿Has oído hablar alguna vez de las Estrellas de la Muerte, mamá?

Sdermila asintió, nuevas lágrimas corriendo por sus mejillas y empapándole el cuello del abrigo. - Alce me lo dijo. Me contó que habían destruido su planeta, y también me dijo que tú estabas dentro de una de ellas cuando ellos...

- Trabajé para el Imperio, mamá. Ayudé a construir esas cosas y... - Lania meneó la cabeza de un lado a otro. - Es una larga historia. Te lo contaré todo, sólo si tú quieres, pero no ahora. Lo único que importa es que no me encontraba a bordo de la segunda Estrella de la Muerte cuando explotó, y que esta gente me encontró y me han traído hasta aquí, contigo.

- Oh, Lania, mi Lania...

Desde la cabina de la lanzadera, Lllamarada y Alce contemplaban como madre e hijo se abrazaban. Rúster volvió a entrar y se sentó en el asiento del piloto. Miró hacia Sdermila y Lania a través del panel visor y se secó con un dedo la lágrima que le rodaba por la cara. - Estoy tan contenta por ella - dijo la lumi. Aunque ni Lllamarada ni Alce contestaron, ella continuó. - Quiero decir, al final ha recobrado a uno de sus hijos. Eso le dará algo por lo que vivir. Y él, el pobre, se le veía tan avergonzado todo el tiempo. Nada le diferencia de otros de nosotros que en su día sirvieron al Imperio, como Víbora, Raiven y los demás. Me alegro muchísimo de que al final nouviésemos que entregárselo a los de Inteligencia. Ha sido todo un follón, pero desde luego ha merecido la pena, ¿verdad?

La necesidad de probar en vuelo la nueva *Compasión* había supuesto la excusa perfecta para hacer un viaje rápido a Ord Mantell, el mundo en el que Ibero había localizado a Lania. Desesperado por llegar a Seibergia tras enterarse de lo que estaba pasando allí, el hombre había utilizado su verdadero nombre para pedir un salvoconducto de la Nueva República, pensando que su nacionalidad seibergio-balanía supondría una diferencia para los funcionarios a los que se dirigió, pero éstos se habían limitado a archivar su solicitud. Eso era lo que uno de los programas autónomos de Ibero había detectado. Una vez en el *Guarida del Lobo*, Víbora había tenido que hacer uso de todo su ingenio y sus influencias para mantener la presencia de Lania a bordo oculta para el personal de seguridad y para la propia capitán de navío Gen'yaa. En el mayor de los secretos, sin sacarle jamás de la *Compasión*, Ibero y él lo interrogaron acerca de los años que había pasado trabajando para el Imperio. Sabían que si poseía algún conocimiento que el servicio de Inteligencia de la Nueva República necesitara saber, se verían obligarlos a informar sobre él. Pero

resultó que Lania no había estado implicado ni en el diseño ni en el desarrollo del superláser, sólo en la instalación de los campos magnéticos que protegían los numerosos puertos y hangares de las dos inmensas estaciones. Para gran alivio de Alce, Lllamarada y Rúster, ambos estuvieron de acuerdo en que no había razón para entregarlo, comenzando así los preparativos para la siguiente fase de la operación.

Víbora consiguió el permiso de la capitán de navío Gen'yaa para enviar un equipo a la Región Balania con el fin de intentar recuperar el carguero *Al'yin'ia*, y pronto la *Compasión* volvió a despegar. Tras otros cuatro días de viaje, esa misma mañana Rúster había dejado a Solo, a Raiven, a Mar Hanniuska y a Phasx junto al bosque en el que los dos pilotos habían llevado a cabo su aterrizaje forzoso. Después el resto de la expedición continuó hasta Campo Uno. Una vez allí les dijeron que Sdermila había partido con un grupo de refugiados la semana antes, supuestamente de vuelta a casa. También se enteraron de la últimas noticias por uno de los miembros del personal de ayuda: acompañado por varios de sus más cercanos colaboradores, y no sin antes haber transferido una fortuna de los fondos públicos a sus cuentas en varios bancos imperiales, Doinos Somolovich había huido de Seibergia rumbo a un destino desconocido. Aunque no había evidencias de esto, se decía que había sido el Diktat de Corellia quien le había ayudado a escapar, con el fin de evitarse problemas con ciertos sectores de su población en el caso de que Somolovich fuera depuesto y llevado a juicio por sus excesos por el nuevo gobierno, o peor aún, por la Nueva República. Leia Organa estaba en la capital, reuniéndose con los líderes de la oposición seibergia. Por lo visto les había ofrecido la ayuda de la Nueva República para empezar a reconstruir su economía, incluso si rechazaban afiliarse, con la única condición de que se garantizase la seguridad de la minoría balania y se aprobase un estatuto de autonomía limitada para la Región Balania. El nombre de Ciric Baranka sonaba cada vez más como un posible presidente de esa región autónoma.

Pero no habían venido a Seibergia a comprobar como evolucionaba la situación política, sino a cumplir una misión muy específica. Guiada por Lania, Rúster había pilotado la *Compasión* hacia el pueblo natal del ingeniero. Al acercarse desde el aire, todos se quedaron consternados al contemplar aquel lugar medio quemado y al parecer completamente abandonado, pero Lania les había pedido que descendieran de todas formas.

Y para sorpresa de todos, resultó que Sdermila sí que estaba allí.

- Despega, Ru - dijo Alce de repente. Su rostro reflejaba la tremenda ansiedad que sentía, ansiedad que había ido aumentando cada segundo de esos últimos días, desde que se enteró de que el hijo mayor de Sdermila estaba vivo.

- ¿Despegar? Pero...

- Despega, Rúster, por favor. Ya hemos terminado aquí, ¿no lo ves? No hay ninguna necesidad de seguir imponiéndoles nuestra presencia. Despega.

Rúster, vacilante, miró a Lllamarada para ver qué opinaba ella. Lllamarada asintió sin decir nada. - De acuerdo, ajustad vuestros atalajes.

Mientras Rúster ponía en funcionamiento los motores de la lanzadera, Lllamarada se giró para mirar a Alce. - Estoy bien - dijo él -, de verdad. Es sólo que no puedo aguantar estar aquí ni un momento más.

- Está bien - respondió ella. - Lo comprendo.

- Dejemos que disfrute con la vuelta de su hijo - continuó Alce, hablando casi para sí -, y no sigamos recordándole que le quitamos al resto de su familia.

Sdermila alzó la mirada cuando escuchó el sonido de los motores cobrando vida. Siguiendo un impulso, se soltó de Lania y empezó a caminar hacia la nave, que ya había comenzado a elevarse del suelo, protegiéndose la cara con el brazo.

- ¡Esperad!- gritó, aunque era más que dudoso que los ocupantes de la lanzadera pudieran oírlo por mucho que se desgañitara. Sdermila cerró los ojos y agitó los brazos por encima de la cabeza.

- ¡Eh, esperad! - chilló Lania viniendo detrás de su madre y moviendo los brazos como ella. - ¡Esperad!

Rúster los vio desde la cabina y sin pensárselo dos veces hizo descender otra vez a la *Compasión*.

- Sdermila nos está llamando - explicó. - Seguramente quiere darnos las gracias.

- Alce - dijo Lllamarada -, tenemos que salir y hablar con ella. Creí que era eso lo que querías.

- Quería traerle a su hijo. No se me ocurrió que tendría... que podría hablar con ella. Avery, yo... me da pánico hacerlo.

Lllamarada inspiró profundamente. - Rúster tiene razón. Lo más seguro es que Sdermila simplemente quiera darnos las gracias. Por si te sirve de algo, te diré que yo también estoy muy nerviosa.

Ambos se levantaron de sus asientos y siguieron a Rúster, quien había descendido ya por la rampa. Alce hizo una mueca de dolor cuando vislumbró a Sdermila y se dio cuenta de los cambios que se habían producido en ella desde la última vez que la había visto. El nudo que desde hacía unos instantes sentía en medio de la garganta pareció crecer hasta prácticamente ahogarle. Lllamarada le puso la mano sobre el brazo. Alce la miró y tragó saliva. No podía volverse atrás ahora. Sin soltarle, Lllamarada salió al exterior y Alce se dejó llevar.

- Gracias, muchas gracias - le estaba diciendo a Rúster la mujer, cuyo aspecto era ahora el de una anciana. - Por todo.

- De nada, Sdermila. Nosotros sí que tenemos que darte a ti las gracias por todo lo que hiciste por nosotros - se lanzó a decir la lumi, efusiva -, empezando por cuando nos ayudaste a sacar al doctor Al Saruff de la lanzadera. ¿Sabes que se puso bien? Pues fue gracias a ti, y luego en el campo no sé que hubiéramos hecho sin ti. Yo, desde luego, me siento en deuda contigo, por eso y por lo mucho, muchísimo que he aprendido de ti.

Sdermila asintió y agachó la cabeza.

- Yo también tengo que daros las gracias - dijo Lania. - No habría podido llegar hasta aquí de no ser por vosotros.

- La Nueva República va a enviar ayuda - dijo Lllamarada -, aunque no sé cuándo, ni si será suficiente para reparar todos estos daños.

- No te preocupes, nos las apañaremos - respondió Lania. - Nos las hemos apañado con menos durante siglos.

- Espera un momento - dijo Rúster. - Puede que tenga...- El resto de la frase se quedó flotando en el aire mientras corría de vuelta al interior de la lanzadera. Sdermila se acercó entonces a Llamarada y a Alce.

- Gracias también a vosotros dos por traer aquí a Lania.

Llamarada se encogió de hombros, intentando sonreír como si no pasara nada. - Era lo menos que podíamos hacer. Como bien ha dicho Rúster, te debíamos eso y más.

- Sí - dijo Alce, notando que le fallaba la voz -, aunque nunca podremos compensarte por todo. Sdermila, intenté decírtelo... Lo siento, lo siento tanto por...

- Sshhh, calla - Sdermila negó con la cabeza mientras ponía un dedo sobre los labios de Alce. - No lo digas. - Los ojos de la mujer estaban enrojecidos, pero de ellos no brotaron nuevas lágrimas. Alce tuvo la impresión de que sencillamente no podía llorar más.

En ese instante apareció Rúster acarreado una gran caja de herramientas, sujetándola con las dos manos. - La nave es prácticamente nueva, así que no creo que nos haga falta todo esto en el viaje de vuelta. Nuestra mecánico jefe me conseguirá otro juego - dijo entregándole la caja a Lania. - Eres ingeniero, ¿no? Seguro que sabrás encontrarle uso a estas cosas. Hasta que llegue más ayuda.

- Gracias - contestó Lania aceptando la caja. - Eres muy amable.

- Si hay cualquier otra cosa que podamos hacer...- dijo Alce.

- Ya habéis hecho bastante - respondió Sdermila. - Marchaos ya si tenéis que hacerlo - La mujer miró a Llamarada a los ojos por unos instantes y después a Alce, deteniéndose en él por más tiempo. Finalmente dijo - Os perdono.

Antes de que pudieran decir nada, Sdermila les dio la espalda y echó a andar hacia su casa. Alce se quedó allí de pie, inmóvil, intentando no ahogarse bajo la cascada de sentimientos que le asaltaban todos a un tiempo.

- Vámonos - dijo Llamarada, con los ojos brillantes por la emoción a duras penas contenida. - Ahora sí que hemos terminado aquí.

Mientras despegaban, los tres dirigieron una última mirada hacia el pueblo devastado y hacia las dos figuras que lentamente caminaban hacia lo que quedaba de su hogar. - Buena suerte - dijo Rúster, dando voz a lo que todos pensaban. Sdermila, Lania y el resto del pueblo seibergio-balanio iba a necesitar muchísima suerte, sí, pero como Lania había dicho, se las habían apañado antes con menos. La propia Sdermila, con su iniciativa y capacidad de improvisación desplegadas durante su estancia en Campo Uno, se había encargado de demostrarles hasta qué punto era cierto eso. Si se les daba la oportunidad, los balanios de Seibergia sobrevivirían y lo reconstruirían todo de nuevo, como siempre habían hecho.

- Ahora me siento libre - dijo Alce en voz baja, lo justo para que sólo Llamarada le oyera. - No me sentí realmente así cuando la consejera Organa nos declaró inocentes, no del todo al menos, pero ahora sí.

Llamarada le pasó el brazo a Alce por encima del hombro y recostó la cabeza sobre él. Acababa de darse cuenta de que había estado equivocada todo el tiempo. Lo que Alce había estado buscando desde aquel infortunado día en el que sus caminos se cruzaron con el de una nave llamada *Mano del Idiota*, no era su propio perdón, sino el de aquellos seres inocentes a los que sin quererlo había matado. Las palabras de Sdermila le habían dado lo que

necesitaba, pues si alguna voz les quedaba a las víctimas era la de los seres queridos que lloraban su pérdida, aquellos a los que el dolor hacía víctimas también. De algún modo, el perdón de Sdermila venía a significar la absolución por parte de todos ellos.

- ¿Lamentas ahora haber aceptado la degradación de rango? - preguntó Lllamarada.

- No, qué va. Eso no tiene nada que ver con esto. ¿Y tú?

- No, no te preocupes. Con cada día que pasa me voy convenciendo más y más de que eso era lo mejor que podía hacer. Ahora tendré tiempo para pensar en otras cosas que no sean la próxima misión del escuadrón.

- ¿Por ejemplo?

- Lo que voy a hacer después, si algún día vemos acabarse esta guerra. Durante este tiempo, me he dado cuenta de que ser un piloto de caza es todo lo que he hecho hasta ahora, y no estoy segura de que me guste cerrar con eso mi biografía.

- ¿Estás pensando en lo de tener niños otra vez?

- ¿Qué? – Lllamarada se giró hacia Alce desconcertada, y de pronto recordó aquel día en Campo Uno, cuando fue ella la que, siguiendo un impulso, le preguntó a él por esa cuestión. También se acordó de la expresión de su cara, y de lo mal que le había hecho sentir. – No, no me refería a nada en particular.

- Yo sí que he estado pensando en ello.

- ¿Lo dices en serio? – Lllamarada se sorprendió de su propia reacción. Parecía como si llevase toda la vida esperando a que Alce quisiera hablar de ese tema, cuando ella misma no se lo había empezado a plantear hasta muy poco antes. Le había cogido tan por sorpresa que le había respondido en voz alta, lo suficiente para que Rúster la oyera.

- ¿Decías algo, Lllamarada?

- No, Ru, nada. ¿De verdad has pensado en ello? – volvió a preguntar, esta vez en un tono mucho más bajo.

- Sí. Quizá no mañana, ni pasado mañana, pero definitivamente tener un hijo contigo es algo que quiero hacer en la vida.

Lllamarada se sintió conmovida en lo más profundo de su ser, emocionándose como muy pocas veces le había sucedido hasta hoy mismo. - ¿Sabes, piloto? Eso ha sido lo más bonito que me has dicho jamás.

Alce sonrió. - Mi intención es seguir diciéndote muchas cosas bonitas, siempre que tengas ganas de oírlas. Yo... me siento como si acabara de despertarme después de haber tenido una pesadilla. Los recuerdos siguen ahí, pero ahora me veo capaz al fin de vivir con ellos. Y también de pensar en el futuro.

Lllamarada miró a través del panel visor lateral. Bajo ellos, el paisaje cambiaba y se cubría por completo de nieve a medida que se acercaban a las montañas y al lugar en el que habían dejado a Solo y a los otros. El contemplarlo le hizo acordarse de la primera vez que vio esa tierra, de la columna de refugiados avanzando en dirección opuesta a los grupos que ocasionalmente divisaban ahora. Recordó cuando Rúster y ella se habían encontrado con Sdermila, todavía bajo la impresión del ataque del AT-ST y del tiroteo que vino después, y comparó esa imagen con la de la anciana a la que había visto hacía apenas unos minutos.

Star Wars: Daños Colaterales

- Debe ser terrible concebir un hijo y darle a luz y enterarte algún día de que alguien lo ha matado... - Lllamarada se interrumpió de golpe, temerosa de cómo podía reaccionar Alce ante ese comentario, pero él se limitó a asentir con la cabeza.

- Es verdad. Pero el hecho es que gente de un extremo al otro de la galaxia corre ese riesgo cada día y aún piensan que merece la pena.

- Después de haber visto a Sdermila abrazar a su hijo estoy mucho más cerca de creerlo.

- Yo también. A pesar de todo.

Lania observó cómo la lanzadera de la Nueva República desaparecía a lo lejos y volvió la mirada hacia su casa y las otras que había alrededor. - Hay muchísimo trabajo por hacer.

Sdermila levantó la cabeza para mirarlo - ¿Te quedarás a hacerlo?

- Sí. Sólo ahora me doy cuenta de lo mucho que echaba de menos mi hogar, y sobre todo a ti y a Jeiran - Lania encogió el gesto, afligido al pronunciar el nombre de su hermano, pero siguió hablando. - Quería hacer grandes cosas y me fui muy lejos a buscarlas. Ahora regreso, avergonzado y dolorido, y descubro que lo más grande que puedo hacer es trabajar el resto de mi vida para hacer que este lugar vuelva a ser como fue, y luego continuar desde ahí.

Sdermila sintió que el corazón se le aligeraba. - Entonces tu vieja madre estará a tu lado para ayudarte.

- Como lo has estado siempre - contestó Lania besándola en la mejilla. Dejó la caja de herramientas en el suelo para abrirla y seleccionó algunas cosas entre su contenido. - Pero ahora, por favor, espera aquí mientras apuntalo un poco el tejado. No llegaremos a hacer gran cosa si se nos cae encima durante la noche.

- Muy bien. Yo iré a echarle un vistazo a los campos, a ver si queda algo de lo que planté para pasar el invierno.

Sdermila contempló a su hijo mientras se alejaba, caminando con determinación hacia la casa, y una ola de orgullo maternal la inundó por dentro. Por primera vez en muchos días, la inmensa congoja que sentía por la muerte de Jeiran y su familia pasó a un segundo lugar, por detrás del alivio y de la alegría que le causaba el tener a su otro hijo con ella, vivo.

Le había mentado a Alce y a Lllamarada. Aunque era verdad que les agradecía lo que habían hecho buscando a Lania y trayéndolo aquí, eso no significaba que les hubiese perdonado. Lania podía aceptar que lo que pasó hubiera sido sólo un accidente, pero a ella le llevaría mucho más tiempo, quizá la vida entera, llegar a hacer lo propio.

Pero no era imposible.

Del mismo modo en el que había terminado perdonando a su viejo kala'ballo por matar a Taigor, podría llegar un día en el que el rencor que sentía llegara a desvanecerse del todo, y poder perdonar así al hombre que, accidentalmente o no, había matado a sus seres queridos, y también a la mujer que pudiendo haberlo prevenido no lo hizo. El pensamiento se le vino a la cabeza en el preciso instante en el que escuchó a la nave que partía, y fue consciente de pronto de que nunca más volvería a ver a Alce o a Lllamarada. Si alguna vez llegaba a perdonarles de verdad no tendría ocasión de decírselo,

por lo que decidió hacerlo aquí y ahora. Si eso les ayudaba a ser o no mejores personas ya no le preocupaba. Que esa Fuerza de la que hablaban estuviera con ellos, y Dios con Lania y con ella.

El ruido de una cortadora láser rompió el silencio. Sdermila miró hacia atrás, sobresaltada, pero entonces se dio cuenta de que era Lania comenzando a trabajar. *Es cierto*, se dijo a sí misma, *Lania ha vuelto y va a reconstruir el pueblo otra vez*. Se sentía sorprendentemente feliz y llena de esperanza. Le entraron ganas de poder llamar a Deveralia y contárselo todo, pero había alguien con quien siempre podía hablar cuando lo necesitaba, aunque hacía ya algún tiempo desde la última vez que se había dirigido a él.

- Ya ves, Taigor, me estaba preparando para irme contigo, pero ahora resulta que no puedo hacerlo todavía. Lania ha vuelto, y le voy a hacer más falta a él aquí que a ti allí. Después de todo ahora tienes a Jeiran, a Voeda y a los niños, todos contigo. Te echo de menos muchísimo, con toda mi alma, pero aún tengo una familia de la que cuidar. Quizá no por mucho tiempo, porque no puedo negar que me voy haciendo vieja, pero lo que pueda. Al menos hasta que el chico se asiente. A lo mejor también él encuentra a una buena chica, como Jeiran. Nunca he renunciado a ver a Lania casado y con hijos, ya lo sabes. Quizá Dios me conceda esa dicha antes de llamarme. ¿Me esperarás? Pues claro que sí, tú siempre me esperarás...

Absorta como estaba, Sdermila no reparó en un grupo de gente que en esos momentos entraba en la aldea por la vieja ruta hacia las montañas, la misma por la que se había ido ella y por la que había regresado. Venían mirando a su alrededor como si no pudiesen creerse del todo lo que veían sus ojos, pero ninguno se dio la vuelta. Como Sdermila, algunos de sus antiguos vecinos habían vuelto a casa, y de una forma u otra aspiraban a quedarse. Atraídos por el ruido de la cortadora encontraron a Lania y se acercaron a él. Lo hicieron con recelo al principio, pero éste fue sustituido enseguida por la alegría cuando una de las mujeres lo reconoció y lo llamó por su nombre. Inmediatamente, mientras una parte del grupo partía a inspeccionar el resto de casas, los demás se unieron a Lania para ayudarle en su trabajo.

Cuanto antes acabasen allí antes podrían empezar con otro tejado.

FIN